





CARLOS SEPÚLVEDA LEYTON nació en Santiago en 1885 y pasó su infancia en el barrio Matadero, uno de los más populosos del siglo XX en Chile. En 1909 ingresa a la Escuela Normal N°1 José Abelardo Núñez, primera institución encargada de la formación de docentes primarios de su tipo en Chile y Latinoamérica. En 1914 se gradúa en la Escuela Normal y se desempeña como profesor en Chillán y Quillota. Durante 1922 fue uno de los fundadores de la Asociación General de Profesores (AGP), y en 1925 participó en la asamblea constituyente que reunió masivamente a obreros y maestros para la redacción de una nueva Constitución Política que fue rechazada por el presidente Arturo Alessandri. Ese mismo año fue exonerado junto a otros dirigentes de la AGP. Aun cuando fue reincorporado a las aulas en Rengo al año siguiente, durante 1928 el gobierno volvió a exonerarlo para evitar su actividad política. A partir de ese año debió trabajar como boticario, repartidor de pan y vendedor de revistas culturales. También intensificó la labor como cronista y columnista iniciada en 1915 en *El Mercurio de Valparaíso*, que ejerció desde 1921 en los diarios *El Día*, *La Discusión* y, desde 1922, en la revista de la AGP *Nuevos Rumbos*. Murió en Santiago en 1941.

La presente *Trilogía normalista* integra por primera vez la totalidad de su obra narrativa publicada: las novelas *Hijuna...* (Linares, 1934), *La Fábrica* (Santiago, 1935) y *Camarada* (Santiago, 1938).



# TRILOGÍA NORMALISTA

RESERVA DE NARRATIVA CHILENA, 10

CARLOS SEPÚLVEDA LEYTON

**TRILOGÍA  
NORMALISTA**

**HIJUNA..., LA FÁBRICA, CAMARADA**



**SANGRÍA**

Agradecemos a Raquel Sepúlveda y a Jacqueline Tamblay Sepúlveda, hija y nieta del autor, por su apoyo y ayuda en el proceso de este libro.

© Herederos de Carlos Sepúlveda Leyton,  
N° 3.299, 3.922 y 6.613 del Registro de Propiedad Intelectual de Chile.  
ISBN: 978-956-8681-30-2.

© Derechos para esta edición:  
2013, Sangría Editora, Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes,  
Santiago de Chile; [www.sangriaeditora.com](http://www.sangriaeditora.com), [sangriaeditora@gmail.com](mailto:sangriaeditora@gmail.com)

© De los textos de los anexos documentales: Belén Fernández Llanos.  
Las imágenes de los anexos provienen del Archivo fotográfico del Museo Histórico Nacional, el Archivo fotográfico del Museo de la Educación Gabriela Mistral, Memoria Chilena y el Archivo Histórico La Revuelta.

Este libro contó con el financiamiento del Fondo de Fomento del Libro del Consejo del Libro y la Lectura de Chile, 2012.

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, de Martín Centeno y de Mónica Ríos.  
Diagramaron el libro Joaquín Cociña y Carlos Labbé.  
El diseño de colección, de la cubierta fue realizado por Joaquín Cociña.

Esta edición digital se terminó de imprimir en abril de 2013 en Andros Impresores, Santiago de Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

## ÍNDICE

<b>Nota de los coeditores.....</b>	<b>11</b>
<b><i>Hijuna.....</i></b>	<b>13</b>
Anexo documental.....	185
<b><i>La fábrica.....</i></b>	<b>223</b>
Anexo documental.....	446
<b><i>Camarada.....</i></b>	<b>487</b>
Anexo documental.....	814



## NOTA DE LOS COEDITORES

Este volumen reúne íntegramente la obra narrativa publicada por Carlos Sepúlveda Leyton: las novelas *Hijuna...* (Linares: Ciencias y Artes, 1934), *La Fábrica* (Santiago: Ercilla, 1935) y *Camarada* (Santiago: Nascimento, 1938).

En el proceso de transcripción y edición intentamos intervenir lo menos posible el texto original. En pocos casos introdujimos cambios donde era evidente la carencia de un criterio de corrección unificado dentro de cada una de las ediciones originales, y también entre los libros entre sí. Las novelas de esta *Trilogía normalista* que publicamos son editadas por primera vez según una unidad de criterios editoriales, que son los criterios para la publicación del castellano chileno al año 2013 según Sangría Editora.

Aunque se trata de obras independientes entre sí, juzgamos que en conjunto forman un solo proyecto literario. En las tres se consolida el uso de una sintaxis tan lacónica como repetitiva, del montaje y del perspectivismo como estrategias de composición novelesca, también de la reivindicación de un léxico con oídos abiertos a la tensión entre oralidad y registro formal. Estos recursos en su conjunto distinguen la escritura de Sepúlveda Leyton de otras del denominado

realismo social chileno, desde donde tradicionalmente se ha querido entender su narrativa.

Tomando en cuenta que cada novela presenta a su protagonista Juan de Dios en edad diferente –se ha especulado sobre una identificación biográfica entre su autor y su personaje–, y también que en todo este ciclo novelesco es motivo fundamental la educación normalista que marcó a niños y profesores durante trece décadas en Chile, complementamos el volumen con breves secciones de contextualización documental a cargo de la historiadora Belén Fernández Llanos.

**HIJUNA...**



## I

Mi buena madre, la señora Rosario, no era precisamente mi madre: era más bien mi tía. Aunque a decir verdad tampoco era mi tía: era la tía de mi padre.

Mi piadosa abuelita, la señora Micaela, santa entre las santas –resistía tres misas en ayunas–, no era precisamente mi abuelita: era verdadera y simplemente sólo y nada más que la madre de mi padre.

Para el caso, Juan de Dios –me digo ahora–, da lo mismo. Pero de niño...

Porque yo, a pesar de todo, también –¡hace tanto tiempo!– he tenido una almita de niño.

Yo mismo, ¡tan grandote como soy!

La verdad: de niño me habría gustado cabalgar al apa de mi padre y que éste dijera:

–¡Upa! ¡Upa!

De niño me habría gustado que la madre mía...

Bueno, para el caso –me digo ahora– da lo mismo, Juan de Dios.

Alta y robusta mi buena madre, emprendedora y dádívosa, gustadora del mejor comer posible, todo su cariño lo dejaba caer enérgicamente en mis espaldas: en cada azote ponía todo su carácter enérgico.

Yo no podía dejar de reírme cuando me azotaba: recogía alientos y hacía tantas figuras y producía tanto estruendo que copiaba ridículamente a los gigantones arrancados de los cuentos de los malos gigantes: de aquellos que echan abajo a los robles enhiestos, pero que no pueden con la doblada yerba que pisan.

Mi buena madre, la señora Rosario, pegaba fuerte; pero lo hacía con tan hondo convencimiento que el hacer otra cosa habría sido negarse a sí misma.

Por eso la quería yo entrañablemente, y si me reía era sólo porque me daba risa el verla afearse sin necesidad: los palos duelen de la misma laya, sean dados con gesto asesino o no.

Era mi buena madre una mujer sincera, y nunca engañó a nadie. Creo que sí una sola vez en su vida engañó a alguien; pero fue a mí: por eso digo que nunca en su vida engañó a nadie, y digo la verdad. Y todo fue un poco cosa.

Parece que ya en aquella circunstancia la pobre vieja estaba francamente en camino de pobreza, es decir, de mayor pobreza aun; algo así como si dijera de mucha estrechez. Me resisto a escribir la palabra miseria porque es demasiado grande, demasiado noble, demasiado triste.

Y así las cosas, llenó la casa toda una familia.

Llegó un señor español y sentó sus reales en la casa nuestra. Pero el señor español no venía solo. Un hombre honesto y muy cargado de espaldas tenía que ser, forzosamente, muy cargado de familia. Casado con una mujer flaca, casi esquelética, ¡pero qué fecunda! La mujer flaca, en sus ratos –raros– de bondad o en sus momentos –frecuentes– de necesidad, decía al dirigirse a mi buena madre:

—Tiíta, mire tiíta.

La tiíta respondía con brusquedad:

—Que yo no soy tu... Eso que dices. ¡Ya se lo han comido todo!

Pero la mujer flaca mimaba gimiendo:

—¡Tiíta! ¡Tiíta!

Mi buena madre, entonces, con gesto desesperado de hombre a quien no queda más camino que transformarse en héroe, estrujaba el pobre bolso sucio de tela de buque, levantada la amplia pollera azul.

Así pues aquel señor español, tan honesto y tan cargado de espaldas, se había dedicado en Chile, quizás en obediencia a qué imperativos resabios de herencia, a procrear a todas sus fuerzas.

Empecinado en su denodada empresa, embistió con bríos y en aquella mujer flaca y casi esquelética hubo trece hijos, no más.

Trece hijos pataleantes y gruñones; pero muy fidalgos, eso sí.

Tan fidalgos que pretendieron procurarse un rato a mi costa.

Porque sabían ellos, los chiquillos y las chiquillas, muchas historias de indios salvajes y mal avenidos con el señor Dios de la cristiandad y con el señor Rey de las Españas: vale decir, estar en desgracia irremediable con el Dios del Cielo y con el Dios de la Tierra: sin posibilidad alguna de salvación. Caballos fogosos, corazas refulgentes, indios en cuero, capitanes donairosos y terribles, marquesados y condados áureos, todas esas palabras las sabían de corrido los trece vástagos del señor español.

Todo eso lo sabían, lo contaban y trataban de revivirlo. Intentaban, en sus juegos, actualizar las escenas heroicas de *sus* antepasados.

Claro: yo debía hacer el indio.

El indio debe huir, y yo debía huir.

El indio debe esconderse, y yo debía esconderme: la casa nuestra, y la calle nuestra y lo que pudiéramos abarcar, serían la selva, la montaña, el río, el refugio desesperado del indio.

El pendón de España, airoso, señalaría el camino a los bien garridos caballeros, y el indio en cueros, a mansalva, apuntaría su flecha envenenada.

Avanzaría el ejército: un gran capitán a la cabeza, todo escamado en la soberbia coraza, y yo debía hacer el sordo y el ciego, agarrado a mi escondite sin moverme.

Confiado en la ley del juego, me escondí en el hueco de una puerta sin gran empeño de ocultarme.

Los bellacos —ahora lo sé—, con falsía de raza superior, abusaron de mí y, en mí, de la ingenuidad de toda raza primitiva, de todo rebaño.

Atisbaron mis pasos y, de a poco de dada la señal convenida, caía yo en la triste condición de un prisionero de guerra. Eso sí que no me guardaron respeto alguno. El derecho de gentes... No. Era sólo un juego de niños, demasiado bien imitado del de los hombres.

Y lo tomaron tan a lo serio, y tan a lo serio me iban a aplicar la ley de los hombres, que no me quedó otro camino que pedir auxilio a mi hermano único; es decir, a mi único perro. ¡A mi perro!

Mi Perro.

¡Mi soberbio perro amarillo, mi buen caballito capaz de galopar llevándome triunfalmente en su lomo blando, mi Ñato, hermano mío, indudablemente!

Clamé:

–¡Ñato! ¡Ñato!

Mi perro entró en batalla, y recuerdo bien que intentó jugar haciendo de niño.

Éramos dos indios mi perro y yo, dispuestos a pelear de firme y con buen ánimo.

Los muchachos caían revolcados en el abrazo poderoso y amigo de mi Ñato.

Nos menudearon palos y piedras, desbordada la inquina de aquellos descendientes de los conquistadores ínclitos y astrosos.

Menudeé yo también palo y piedra, florecida mi sangre en rojo como una copihuera.

¡No!

No serían capaces esos coños de porquería.

Bien sabía yo lo que era el pelear a puños, a piedra, a palos.

Día de por medio teníamos batallas campales con los muchachos del otro lado del cequiún, y esos cuadrinos sí que eran bravos y hábiles. De cien pedradas no nos pegábamos una: bastaba recoger una pierna, inclinar un poco la cabeza, mover levemente las caderas, doblarse en ellas o perfilarse en un giro rápido para que la piedra recta a nuestro cuerpo pasara rozándonos. Pero estos pobres diablos no sabían más que del cuadrillazo y de pegar por la espalda. Afirmado a la pared uno solo de nosotros podía dárselas a diez de éstos.

Tontos y pesados, había que advertirles:

–Felipe, Alonso, Manolo, ¡allá va!

Había que buscar las partes menos peligrosas para pegarles.

Ya lo he dicho: mi perro intentó jugar, haciendo de niño; pero poco a poco los vio tan hombres que gruñó fuerte y peló, amenazante, los grandes dientes bravíos.

Y bastó.

Bastó que mi perro los tratara como a perros –ya que ellos no quisieron ver en él a un niño– para que las huestes soberbias de conquistadores trasnochados en el tiempo pusiéranse en atropellada fuga.

Y quedamos dueños del campo.

Y nos olvidamos de todo, mi perro y yo.

Solos y victoriosos, ¡qué lindo era el mundo y qué nuestro era!

Dos niños frente al mundo, dos perros, dos seres absolutamente hermanos.

–¡Hijuna! ¡Hijuna! –escandalizó una voz en la calle tranquila, y ensombreció el mundo lindo y nuestro.

El Ñato entendió al momento. Al momento entendí yo.

El perro agachó el hocico alegre, y culebreó la cola entre las patas.

Se nos llamaba. Y no para darnos chocolate.

No había más «¡Hijuna!» en el mundo que nosotros, mi perro y yo; no tanto mi perro como yo.

Íbamos a compartir una paliza, seguramente.

Siempre compartíamos las palizas.

La causa la provocaba yo, y él –mi querido perro, hermano mío– nunca dejaba de sufrir los efectos.

En mi defensa una vez zamarreó por las polleras a mi buena madre, la señora Rosario.

Se habló de ahorcarlo; pero todo quedó en nada, porque los dos nos fuimos en fuga al Parque, dispuestos a no volver nunca más. Y nunca más habríamos vuelto si mi buena madre, acompañada de algunos vecinos, no se comprometiera solemnemente a no pegarnos aquella noche.

Abandonamos el matorral en que nos habíamos refugiado y nos vinimos adelante: el Ñato reía mostrando sus agudos colmillos amarillentos y llegamos a casa sin pelear con nadie.

Ahora la cosa es distinta: atroz escena gesticulante del señor español tan cargado de espaldas y de familia.

¡Pero qué tremendo coraje de hombre!

Dice de Dios unas cosas terribles, y trata de cabrones a todos los santos.

Su afilado rostro se alarga más y más, hasta terminar en un punto negruzco; la nariz en gancho empalidece y resopla.

Ruge:

–¡Muerte para el perro! ¡Corrección para el muchacho!

Y lo dice con tal denuedo que es un verdadero gusto oírle.

La zalagarda formada por el gringo pone en alarma a la gente del conventillo del lado.

Los perros y los chiquillos primero, después las mujeres y, por último, los hombres salen en tropel y forman corro.

Todos forman corro y todos toman partido.

Doña Filomena, tan gorda y tan sucia, redonda de los pies a la cabeza, hecha toda entera una pelota fofa se desinfla:

—¡Que el gringo se vaya a la puta!

Los chiquillos chillan.

La mujer flaca y tan fecunda gimotea:

—¡Tíita! ¡Mire tíita!

El español, ofendido en forma tan descomedida por doña Filomena, se recoge en una musaraña de gato enfurecido. Zaquea y, en las narices mismas —unas narices como un botoncito rojo perdido en el rostro esférico—, en las narices mismas de doña Filomena grita frenético:

—¡Zambomba! ¡Zambomba!

Pero la gorda Filomena se vuelve un poco, se palmotea las nalgas exuberantes e insulta:

—¡Tú abuela, gringo emigrante!

Un carcajeo desafiante zahiere y aplasta al español, huérfano ya de su Dios, de su Pendón y de su Rey.

Abatido, lacio, murmura:

—Indios. Indios.

Y yo me planto frente al gringo:

—¡Oiga! ¡A mi perro no lo mata nadie! ¡Nadie!

Mi buena madre, la señora Rosario, hace estruendo:

—Entre todos se querían comer al chiquillo. ¡Yo no soy tu tía, zalamera! ¡Todo se lo han comido ya! ¡Y nadie me toca el perro! Ven, Hijuna, ven.

Me entrego entero. Me lleva al dormitorio y me dice —nunca la vi así antes—, casi llorando:

—¡Ya me tiene cansada esa parvía!

Toma unas trolas de quillay y golpea con fuerza en el bronce del catre.

Y me advierte:

—Grita lo que más puedas.

Y da otro golpe, gritando:

—¡Pa que aprendas!

(Pero grita *fuerte*, Hijuna.)

Las trolas de quillay levantan un ruido de azotes en el bronce del catre, que parece quejarse.

—¡Pa que no seas peleador! —sigue reprendiendo al aire mi buena madre.

(¡Pero grita, Hijuna! ¡Por amor de Dios!)

La miramos con mi perro sin comprender.

Yo no puedo gritar. No entiendo, no puedo.

Mi buena madre deja de apalear el bronce con catre y comienza a pegarme, desganada:

(¡Grita, Hijuna de mi alma! ¡Grita, que me vuelvo loca!)

No puedo, no entiendo.

Desesperada, mi buena madre, la señora Rosario, comienza a cargar la mano, a resoplar y a ponerse fea.

Entonces —no pude resistirme— me río con una risa alegre, grande, que atraviesa la casa.

—¡No quieres gritar, Hijuna! ¡Te ríes de mi sufrir, Hijuna!  
¡Toma, toma!

Me da con toda su alma, me pega con toda su enorme sinceridad.

¡Qué buen pegar tiene la pobre vieja!

Pero no puedo gritar: no está en mí, a pesar de los ruegos y a pesar de los palos.

Después, cuando la veo anhelante, sofocada, rendida, corro a darle agua fresca en un vaso claro como una lágrima muy grande.

Recibe el agua la pobre vieja y llora mi buena madre, con llanto de madre, sentada en la cama ancha.

Mi perro se echa a sus pies y, mansamente, lame los zapatos de género de nuestra única madre.

Veo claramente en ese momento lo inolvidable: la pobre vieja se ha pegado a sí misma, ¡y con qué fe!

Se tiene rencor, indudablemente: algún hecho suyo le pesa y por eso se aplicó en mis carnes –tenía que ser en mis carnes– aquella despiadada y fervorosa disciplina.

No siento el dolor de la azotaina y reacciono igual que mi perro: almas iguales, después de todo. E igual a mi perro me echo a los pies de nuestra madre.

Llora largo ella y lloramos largamente juntos, despacito. Juntos lloramos los tres. Juntos: el lamer puede ser el llorar de los perros.

Los tres: ella, la pobre vieja sufrida; él, el Ñato, hermano mío, un pobre perro, y yo, el ¡Hijuna!, un pobre niño, pasamos la tarde juntos, llorando y acariciándonos.

¡Feliz momento de mi infancia!

Una mujer tan sincera que nunca engañó a nadie me engañó.

Diome maltrato sin quererlo: la obligué con mi risa cruel.

Y fue ella la maltratada.

Siquiera en esa edad tuve la dicha de poder llorar. Después...

Pasamos la tarde en el dormitorio humilde: la ancha cama de ella (demasiado ancha para su soledad); la angosta camita mía (demasiado angosta para mi soledad); una mesa adornada con tejidos de hilo blanco; una lámpara, un par de sillas y la cómoda, antigua y solemne.

Inolvidable escena: una mujer sufrida, un perro sufrido y un niño sufrido llorando juntos.

Una gran paz nos cobija y cae en nosotros con el suave peso de una cortina de terciopelo.

Después, el señor español se va con su parv.

Desde entonces todos, los tres, nos procuramos una vida feliz.

Nada de palos.

Continuamos el Ñato y yo entendiendo por Hijuna. Pero ahora esto es un hijuna dulzón y acariciante, algo así como si con eso se pretendiera decir: «hijo mío».

Desde entonces aquella mujer emprendedora y dadivosa, cuando cuenta su cuento de cómo compr aquella casa en el arrabal, una gran casona de mucho fondo, la mejor del barrio; cuando habla de sus trabajos, pone tal ternura en su voz que yo la veo transfigurada a modo de un gran corazón irreductible. Ella, que rara vez fue a misa –«la misa se hace en casa»–, cuenta que en un apuro extremo –iba a perder la casita– invocó a su devoción: el Señor Jesús de la Buena Esperanza.

En el abandono de la noche, sola en su pieza, en la desolada compana de su nima huérfana, ella *lo vio*, ella *lo*

*sintió*: en la pared de adobes en bruto se movió de un lado para otro el Señor de la Buena Esperanza. Y ella, sin más ayuda que ella misma en el mundo, logró –aferrada a la milagrosa oportunidad– salvar su casita. Todo no fue más que un leve movimiento del Señor de la Buena Esperanza, que de izquierda a derecha hizo ras-ras y la casa se salvó. El Señor de la Buena Esperanza había dicho en su movimiento de izquierda a derecha, en su leve ras-ras rozando la dura paja del adobe en bruto, sí cuando iba hacia la derecha, y había repetido sí cuando volvía hacia la izquierda. Por lo demás, el Señor de la Buena Esperanza «no hizo tamaña gracia sin su qué».

Mi buena madre se acerca a la estampa y contempla con cariño un poco socarrón a ese manso Señor de hábitos inflados en las caderas, como si usara polizón; en la diestra, una desproporcionada cruz –grande en demasía–, cordolón terminado en borla y, ennobleciendo el policromo, una sonrisa infinitamente comprensiva de la fatalidad de los siete pecados capitales:

–Eres un buen muchacho, caballero mío –murmura mi buena madre.

Y afirma con voz convencida:

–Pero tienes tu qué.

Cuando nos cuenta el cuento pueril de su casita lograda mediante milagro, cuando reticente tintinea su duda cariñosa y simple –«no hizo tamaña gracia sin su qué»–, invariablemente el Ñato menea la cola dándose por enterado de todo y yo, ensimismado y suspenso, galopo en el caballito brincador de la fantasía:

—¿Y por qué este Señor de la Buena Esperanza no hace una cosa bien buena: repetir su milagro en el cuartito de todos los pobres?

Todo el conventillo del lado pasaría a ser de todos, y la gente no pelearía a fin de mes en el momento de pagar «lo que no se acaba nunca de pagar», como dice la gorda Filomena.

Y con sólo moverse en la pared de un lado a otro, haciendo un poquito el péndulo, haciendo un poquito el caballero que vuelve de una fiesta, ya nadie en el mundo pagaría arriendo. Y nadie pelearía. Pero el Señor de la Buena Esperanza «con ese qué que tiene» no hace nada, y ahí está en la pared inmóvil, con las polleras infladas en las caderas, sin querer hacer ras-ras. «Eso es lo malo», diría Enrique, el muchacho triste.

Mi buena madre no sabía explicar su intención al decir aquello, pero era indudable que en la frase la buena vieja rebelde ponía mucho de malicia, y que se dirigía al Señor de la Buena Esperanza sin melindres, como dando a entender que se entendían y se conocían las mutuas flaquezas.

Y en tanto exalta su espíritu y amasa en su alma la dulce ficción tan obstinadamente repetida hasta conseguir hacerla carne de verdad, la buena, la heroica vieja nos acaricia al perro y a mí: es como nuestra única madre, y a modo de madre también sabe acariciar.

## II

Un domingo de setiembre en la calle terrosa en partes y en partes aún hecha un lodazal, a pleno sol, en amplia libertad, estamos sujetos en las nubes al colorido de los volantines que florecen el alto cielo en flores vivas y saltarinas: los muchachos de este lado del cequíon sostenemos un desafío colectivo con los del lado de allá. Los del lado de allá nos están ganando lejos: sus padres saben curar mejor el hijo que la mayoría de los obreros aburguesadotes del lado nuestro: casi todos obreros de la Fábrica de Cartuchos. Los del otro lado tienen sus mañas, aparte de que curan el hilo con lo que ellos saben de la hiel de vaca.

Nos están ganando lejos, y ya nuestros mejores volantines se han ido a las pailas. Pero, como no hay nada que alegar, estamos haciéndoles la crusa con unas ñeclas livianitas y que la revuelven a los dos lados, encabritadas y audaces.

Hemos usado las mejores tácticas, pero la mala suerte nos persigue. Al principio Perucho colió el volantín de Cesario, un bandera chilena soberbio: dos volantines nuestros se dejaron caer en el hilo tenso por la recogida que hizo Cesario, la mejor mano en el campo de nuestros enemigos. Pero la cañuela de Perucho se enreda en un pedazo de zuncho, y no tiene más que recoger también; pero al hacerlo embarrila

sus propias piernas con el hilo envidriado. Entonces Cesario, inteligente y rápido, alarga, y uno de los nuestros se va a las pailas. En seguida el volantín de Perucho que tiene coliado al otro se va cortado también.

—¡Maricas! —insulta despechado Perucho—. ¡Con timbales!

Pero no se trata de pelear y hay que seguir. Con las cuatro ñeclas que nos quedan les hacemos la cruz. El bandera chilena, triunfante y sosegado, está parado en el hilo que, por la mitad de su extensión guatea un poco y, en el cielo claro, se estila una suave morbidez que se esfuma en un puntito tricolor como una cabecita de niña pintada. La derrota nuestra alcanza un poco a los hombres y a las mujeres de nuestro lado, y la victoria de los del otro lado entusiasmo en seguridad y orgullo a la mezclilla azul del matadero. Pero la gente crecida no puede tomar parte en el suceso: de hacerlo, echaría a perder su causa. La pesadumbre y el recogijo son expresados en gestos febles por nuestra parte, y en ademanes heroicos por la de ellos.

Sólo Perucho no pierde la fe: es nuestro capitán.

—Piquerazos, piquerazos —ordena bravamente.

—Falta viento —contesto.

Hay que llamar al viento, no hay otro remedio.

Siete desharrapados rondan en medio de la calle y chivatean:

José, José, José,  
que corra el viento otra vez.  
José, José, José.

El conjuro embruja a los elementos y, de a poco, desde los confines del sur, donde debe haber molinos colosales que fabrican el viento, nos llega el largo respirar de lo desconocido: los volantines crujen y el papel de seda gime en una amenaza de partirse; remolinan nuestras ñeclas, y el volantín bandera chilena, un pavo de a pliego, tira del hilo con ansias de espacio. Más pequeños, los otros volantines de su bando nos buscan haciendo ladeadas y cruzando sus hilos a poca altura del propio compañero.

Perucho, infatigable, corre de un lado a otro dando rápidas y apagadas recomendaciones:

—Lucho, síguelo con la cañuela. Tres adelante. Déjense caer. Juan de Dios, ¡no te metas! Quédate atrás, recoge.

Desafiantes, en una clavada profunda de pouco nuestros pequeños volantines chupetes, carcomidos ya casi hasta la mitad del palillo del medio, se dejan caer en los hilos entrecruzados de los que no han estado persiguiendo y acorralando, cegados por el triunfo inicial.

Se hace un silencio expectante: el interés de toda esa gente arrabalera está prendido en las suertes de los volantines en comisión.

Los del conventillo han llegado hasta el cequión, y ahí amarran apuestas con los hombres vestidos de mezclilla azul, con los cuadrinos.

Todo se hace entre bromas y puyas, pero sin ofensas graves, pues el torneo ha sido planeado por el gordo don Pedro, el del buen chancho a la chilena, a condición de la exclusiva competencia de los chiquillos y sin picarse.

Todos los ojos clavados en los volantines, las manos protegiendo el mirar a modo de visera en la frente, aparece la

calle pintarrajeada de percal y de mezclilla, como si desde arriba alguien pudiera entretenerse en encumbrar hacia abajo estos bultos a modo de barriletes.

Sólo Ño Flojera, sentado en el umbral del portón del conventillo, no se mueve, y su mirada barre la pared del frente, la horada acaso y la traspasa quizás hasta dónde, perdida en su pensamiento.

Alba en su delantal, sin dejar de tejer, Lucía, hermana de Perucho, la Señorita, ha soslayado un poco la esquina para ver mejor, y sonríe.

Ella entregará el premio a los vencedores: el buen hilo marca cadena para los muchachos y unas cuantas varas de zangala que serán entregadas a las madres.

Además, el gordo don Pedro ha prometido un tragullo pa los hombres.

Sale como un humito de los hilos que se corren hiriéndose, royéndose en un mordisco largo.

Cesario mancha el silencio con una palabra sucia, dicha en su tono cantante de maucho.

Todos, amigos y enemigos, han caído sobre su volantín bandera chilena, símbolo de triunfo y de pelea sin cuartel.

Suelta el hilo de golpe, a puñados: tres de sus compañeros desenrollan la cañuela que baila en el aire como si fuera un huso: se añade otra cañuela desenvidriando los extremos del hilo con la saliva de la lengua asomada en punta a los labios resecos; con un solo movimiento de los dedos ágiles y nerviosos soldan el hilo en un nudo ciego, y con un roer

enérgico de los incisivos mondan el nudo a ras del hilo. En espirales van desenrollando la cañuela y el hilo hace un ruido de lija en las manos veloces.

—¡Listo! —gritan.

Y Cesario, como quien dice adiós a lo que no se puede retener, abre las manos y el hilo huye, serpenteante y fugaz. El volantín consigue bajar y burlar por un momento el asedio de todos, amigos y enemigos, revueltos en la confusión del ataque cuerpo a cuerpo.

Huye el hilo y corre por el moginete de las casas, rebamando el pastito que, en el barro que junta a las tejas, forma una cintita verde en remedo de larga diadema de esmeralda: salta el pastito segado bruscamente y cabrillea en el blanco del hilo en fuga.

—¡Alarguen! ¡Alarguen! —resuena la voz de Perucho.

Golpea un poco más el viento y las ñeclas chupetes, sin firmeza en el hilo suelto, giran en remolino y bajan el nivel de los tejados hasta quedar fuera de la vista, algunas, perdidas en el fondo de los sitios sin árboles. Obligado a levantar, Cesario sostiene levemente la tensión y, haciendo un bocín de cada mano, a la altura de los ojos hace que rueda la cañuela a merced de lo que tira el volantín. Los demás, incluso los compañeros, ya enredados y confundidos todos, ven elevarse sus pañuelitos de papel y los diferencian apenas por sus colores.

A lo lejos, en la otra cuadra, un volantín contrario queda asido a las ramas del alto eucaliptus que, tomando parte en el juego, pierde en él unas cuantas hojas desprendidas en vuelto zigzagueante: van cayendo las hojas agudas aserradas por el hilo inteligente y beligerante, pero de pronto el volan-

tín se sosiega y se eleva en alto; el hilo, de la parte de acá del eucaliptus, se afloja primero y, después, cae cortado, haciendo una larga serpentina.

Entonces es el eucaliptus, grandote y bobo, el que juega al volantín en un juego sin alternativas.

Anudado a las ramas, el papelito de seda se mece cerca de las nubes sosegadamente, como descansando.

Impedido de tomar parte en la batalla, pretendo entrometerme en el juego del eucaliptus; pero me sorprende Perucho y me ordena no meterme con nadie. Me entretengo, a pesar de todo, en hacer revoloteos por sobre los volantines en comisión, cuidando de no comprometerme.

Hombres y mujeres gritan un solo grito:

—¡A las pailas! ¡A las pailas!

Los del otro lado del cequión barullan cochinas.

Repentinamente, como un hombre fulminado que cayera de espaldas, el soberbio volantín de Cesario ha parado la cola y, dando volteretas, se ha hundido como un pájaro herido de muerte. Corren chiquillo y hombres del lado contrario; el volantín se va con mucho hilo. De pronto, chiquitito ahora, el bandera chilena hace un tirabuzón hacia arriba y comienza a elevarse sin apremio, libre de toda domesticidad, y se pierde en el profundo azul, guiñando.

—Recoge y listo —pasa diciéndome Perucho.

Me rodean unos cuantos y encañuelan el hilo cuidadosamente. Uno me desea:

—¡Con tal que no te pesquen debajo!

Nervioso, intento tirarme encima de todos; pero el jefe amenaza:

—¡Cuidado con hacer leseras!

Y se van cortados un volantín y otro, y otro más.

Uno de los chiquillos nuestros llega sudoroso y sangran-  
te: ha sostenido un verdadero zafarrancho para conseguir  
traer en triunfo los palillos de nuestro volantín pechuga  
amarilla, orgulloso de Vicente, el volantinero nuestro.

—¡Perdimos! —dicen las voces de nuestro lado—. ¡Perdi-  
mos!

—¡Arranca! —resuena la voz de Perucho.

Dos volantines contrarios, ñeclas como el mío, de un  
cuarto de pliego, han quedado dueños del campo.

Cesario ordena a los suyos:

—¡Tanteen el hilo!

De mis enemigos, es el Cabro el más de temer: eleva  
su volantín, todo rojo, lo más alto que puede y temeraria-  
mente en una vuelta lo clava recto en un tiranteo repetido,  
enérgico.

Clavado hacia el lado nuestro, a pesar del viento que  
nos favorece, agarra media cuadra de nuestros dominios y al  
medio de la calle, por sobre las cabezas de los espectadores,  
la revuelve y se encumbra nuevamente.

—¡Perdimos, pero está bonito! —confiesan los nuestros.

El otro, un volantín a cuadros negro y blanco, carcomi-  
do casi hasta los tirantes, rezonga en hilachas haciendo sus  
últimas cabriolas.

Estoy en la esquina opuesta a ellos, nervioso y timorato.

Perucho viene hacia mí y, apenado, da su orden última,  
una desesperación:

—Juan de Dios, ¡tírate a la suerte!

Y se va paso a paso, ya sin preocupaciones: llega a la esquina de su chanchería y se sienta en la piedra que sirve de grada para entrar al negocio. Su padre, el gordo don Pedro, majestuoso como un barril, llena la esquina y, al hacer un movimiento, tapa materialmente a Perucho: el no ver al capitán me desalienta.

—¡Guarda! ¡Que no te pesquen debajo! —me advierten en un grito alarmado y solidario.

El volantín rojo me persigue. Hago todo lo que puedo. Me domina. Pasa con su piqueta rozando el hilo tenso de mi volantín encabritado y, ahí mismo, con un arte asombroso, se revuelve sobre sí en un círculo cerrado, y se rasga el ala vibrante en el hilo cobarde que hace quites desesperados. Cae el volantín, abierto, de lado y de golpe.

—¡Bravo! —gritan los míos, admirando la audacia y el juego del Cabro.

Perucho llega a mí, corriendo y revivido.

—¿No ves? A la pura suerte. ¡Tírate!

Los míos recogen el volantín del Cabro y, en un gesto de amplia pleitesía, lo entregan al enemigo con todo el hilo.

Me domina un ansia irresistible de emular en audacia y en generosidad (¡Lucía repartirá los premios!).

El viento pega fuerte. Mi volantín es un remolinito gris, cual runrún, un remolinito nada más.

El contrario está recogido, sosteniéndose en sus pabillos, carcomido entero en sus cuadritos blanco y negro: rezonga.

Corro y me clavo casi en las mismas manos de mi enemigo y alargo, alargo, cruzándolo casi a flor de tierra.

Perdido el control, el muchacho, una manchita azul de cuadrino metido en su mezclilla, recoge afebradamente, y yo me entrego alargando afebradamente.

—¡Así no! ¡Así no! —protestan de uno y otro bando—. ¡Así nooo!

En tierra, al besar la tierra casi los dos papelitos de colores, una alita blanquinegra aletea, hace un saltito para elevarse; pero sin sostén, guillotinado el hilo a una cuarta de los tirantes, cae como un cuerpo sin cabeza.

Mi remolinito gris amplía ahora sus círculos tambaleantes de una vereda a otra, de un alero a otro y, triunfante, sobrepasa las casa humildes y, crujiente, se eleva y se agita como una bandera, mientras en ambos bandos el regocijo es cierto, porque se pelió de veras.

El buen Perucho ensaya saltos de carnero, tirando a la tierra suelta toda la verdad de lo que ha pasado:

—¡La suerte! ¡La pura suerte!

Cesario, encabezando su grupo, proclama nuestro triunfo:

—¡Ganaron, pues! ¡Pa otra vez será!

Don Pedro, en mangas de camisa, gordo y afable, invita:

—¡Al tragullo, niños! ¡Al tragullo!

El Cristo, el hombre de respeto del otro lado, accede:

—Vamos, pues. ¡Este don Pedro!

Los hombres se juntan en la esquina, pero siempre agrupados por el color de sus ropas. Los chiquillos también. Los hombres beben en potrillos.

Lucía —¡qué orgulloso me pavoneo antes sus ojos de ensueño!— reparte los premios con sus manos albas de hada —las hadas han de tener las manos muy albas—, y yo retengo en

mis manos rebanadas por el hilo envidriado las manitas de la linda niña que me premia: hilo marca cadena y zangala.

Mi buena madre y doña Filomena intervienen.

Mi madre dice:

–Que sea por igual.

Y doña Filomena:

–Y si no, ¡no!

Entonces don Pedro hace brillar el sol, proclamando:

–¡Doblaos los premios! ¡Igual pa toos!

El Cristo detiene su gesto al beber y comenta, potrillo en mano:

–Este don Pedro. ¡Salud!

Caen las primeras sombras y la calle se aquieta.

Solo, grandote y bobo, el eucaliptus una cuadra más allá hacia el norte sigue jugando al volantín en un juego sin alternativas. Y el papelito de colores sigue, amarrado a las altas ramas, en un movimiento de cuna, acunándose cerca de las nubes como un niño que se fuera a dormir.

### III

Viene hecha una potrilla mi piadosa abuelita: al verla tan peripuesta nadie diría que es tan terriblemente piadosa.

Ungida en dignidad, baja del lamentable coche de arriando y hace un globo negro con sus polleras de monja.

Flacos los caballos y flaco el cochero, y flaco el pucho apagado en los labios flacos del Simón: gorda mi abuelita.

La palomilla, en cardumen, rodea el coche.

Mi buena madre, alta y amplia, la esconde en el robusto abrazo fraterno de ella: abraza igual que azota, con toda su alma grande.

Mi piadosa abuelita, recatada, abraza con un brazo –negro el brazo hasta los dedos enguantados– y con el otro, también enfundado en negro, hace una raya gruesa como un negro reptil por debajo de las caderas de mi buena madre, y golpea sus muslos, agarrándolos hasta las corvas, con las macizas cuentas fúnebres de un rosario largo terminado en una cruz de lata.

Yo no podría decir ahora a qué vino a casa; pero es lo cierto que veo a las dos buenas viejas irse de palabra en palabra hasta llegar al escándalo y abrir de par en par las puertas imprecantes del odio y de la fatalidad.

En el comedor, sentada mi piadosa abuelita en el abierto sillón de mimbre, mi buena madre al frente, hecha toda

un solo ademán de rabia, dando grandes golpes en la mesa, hicieron las dos una larga, una pueril, una trágica escena ridícula: una, fría y melosa, áspera y brava la otra, se pelearon con ganas.

Arrinconados mi Ñato y yo, cambiamos miradas de inteligencia porque, la verdad, no comprendemos nada; pero nos gusta todo.

Mi piadosa abuelita, acaso aplacar el espíritu del mal que se encrespa en la lengua de mi buena madre, se persigna a cada rato y, cuando habla, lo hace con unción muy grande y muy gangosa:

—¡Loado sea nuestro señor! Ya todos murieron y yo purgo en este valle de lágrimas la culpa de todos. ¡Que el buen Dios quiera perdonarme!

—¡Perdonarte! ¡Sólo que fuera un Dios de piedra! —protesta implacable y sacrílega mi buena madre.

—Rosario. Dios. Mi Dios.

—¿Tu Dios? ¿También tendrás poder para robarme a Dios? ¿Engañarás a Dios también?

—¡La voluntad de Dios!

—¡Pícara! ¡No metas a Dios en tus porquerías! ¡Dios está ciego cuando no te aplasta y no sella tus labios falsos, falsos, que rezan!

—Soberbia, soberbia.

—Soberbia —ríe con una risa gruesa—. Soberbia la tuya.

Se recoge en un silencio penoso, y galopa toda su vida por los gestos de sus manos, por el llamear de sus ojos, por el acero de su tono cuando estalla, desbordada, volcada la entraña:

—¿Porque eras bonita, verdad? ¡Muñeca de leche! Pero eras falsa, eres falsa y morirás falsa. Y es falso todo lo tuyo: ¡tu infierno y tu gloria! Y por tu culpa *su* vida y mi vida y la de todos —me mira— fueron y serán un solo nudo ciego de fatalidad.

La pobre vieja se ahoga y, en asfixia, dibuja un manoteo grotesco, y así subraya una grande herejía: resuena en mi alma como una bofetada en las luengas barbas de Dios o, también, como una patada en la fea cola del diablo:

—¡Que el Diablo te lleve, si es más tonto que Dios!

—¡Misericordia!

Una lonja de sol nimba a mi piadosa abuelita y, por la puerta abierta, se estira la raya amarilla y se agudiza en el rincón tal que una daga.

Mi piadosa abuelita se levanta en un movimiento solemne: su negro hábito de monja se infla y se acuchilla en lo gordo.

Sin alientos, rendida acaso por haber gritado hasta el concho de sus penas, mi buena madre se entrega entera al Destino, maniatada por un brusco y enorme cansancio de vivir: una palabra simple:

—Sola. Sola.

Entonces una voz tranquila, cruel, fría y gangosa, gangosea:

—Juan de Dios, acércate.

(Hasta ese momento yo no existía, ni existía mi perro para esa... señora.)

No tengo ganas de acercarme a esa señora que azulea en lo negro de sus ropas como si sus manos y su rostro fueran

un poso de leche con agua en una gran fuente de greda negra. No tengo ganas y se lo digo:

—¡No quiero!

—Anda, Hijuna. Que es tu abuela.

—¡No quiero!

—¡Hijuna!

—¡Rosario! ¡Mira lo que hablas! ¡Más decencia!

(Se persigna apresuradamente.)

Mi buena madre se estremece, electrizada, pero logra atajar el insulto:

—Hablo como me da la gana, con mi lenguaje mío.

—¡Bien lo decía yo, Dios mío! —se persigna—. No lo podrá educar, la pobre. Rosario, ¿eres demasiado arrotada!

Mi buena madre se levanta, corpulenta y fornida, y con una gran dignidad de reina muy fea dice:

—Esa es la puerta, Micaela. Y muchas gracias.

Precisamente en la puerta asoma la frutilla de la nariz de la vieja María. Es una vieja seca, de largos brazos de esqueleto. Pero es una lavandera formidable que se pasa el día entero y la mitad de la noche bruñendo con la escobilla, haciendo globitos multicolores en la espuma de clara de huevo batida, lavaza de jabón vetado que es como flor de harina cruda en la artesa grande, cortada hacia el fondo por la tabla de álamo en que la Frutilla escobilla la ropa blanca.

Los muchachos le decimos Frutilla.

Una protuberancia carnosa en la nariz, es como si en la nariz llevara una roja frutilla de verdad. La vieja no se enoja; pero en medio de la calle empedrada del conventillo, donde lava bajo los cordeles sostenidos por un palo largo terminado

en dos palitos desmochados como dos dedos abiertos, medio oculta por la ropa que el viento infla en los cordeles, la Frutilla se pelea con nosotros, alegremente, y nos replica en un idioma que sólo ella sabe significar:

—¡La poronga! ¡La poronga!

Cuando por su trabajo se le ofrece —las parturientas del conventillo, sobre todo— una paga liberal con visos de hipotética, la vieja María cimbreo la roja frutilla encaramada en su nariz y, acariciando con los ojos al *recién llegado*, dice —tanta experiencia tiene— con el tono amigo de quien hace un favor sin esperanzarse en la paga:

—¡Sí! ¡Pa cuando haya pajaritos nuevos!

Entra la vieja María al comedor con toda confianza y, al ver a una desconocida tan aseñorada, tan azuleja en su negro de luto, retuerce en sus manos huesudas el delantal de brin y se corta.

—Entra nomás —dice mi buena madre—. ¿Qué te pasa?

—Con permiso de su mercé —hace cortesía a la que no conoce—. Misiá: ay está una cristiana con todos los dolores. ¡La poronga, misiá!

Mi buena madre salta al dormitorio; se oye un ruido de llaves, de cajones que son abiertos y cerrados nerviosamente, y sale del dormitorio con un atadito.

—Llévale, María. ¡Y ándate de una vez!

Sale la Frutilla apresuradamente y, al salir, hace en la puerta un ángulo agudo con el traste huesudo.

Y ahora, afirmada en su buena acción, embriagada nuevamente por su amargura recóndita, mi buena madre se enfurece y aplasta sin piedad a mi piadosa abuelita: da la impresión de pisotear una culebra.

—¿Arrotada yo? ¡Arrotada!

Repleta sus grandes pulmones y larga una andanada de un tirón, como en los teatros.

—¡Santona de todos los diablos! ¡Que alguna vez me dejes en paz para siempre! ¡Que me dejes en paz y que no te vea nunca, nunca! A lo mejor te gozas, ¡pero lo mataste tú! ¡Lo mataste con tu cuerpo, con tu pensamiento, con tu alma! ¡Mezquina toda entera eres! Mira.

Da un gran golpe en la mesa: salta un vaso y se quiebra, y las flores del alto florero se estremecen.

—Mira, no te perdono. No podré perdonarte. Esperé largo tiempo, esperé toda mi vida que tú de un momento a otro, por un milagro de todas las misas que te comes todos los días, te abrieras en flor y en mujer, y fueras la mujer y la amante del hombre que fue tu marido. ¡Porque te lo robaste! ¡Arrotada, no? Mira, ¡repasa nomás tu rosario de piedra negra! Tu rosario y tú, ¡piedras! Mira, que lo sepas: derrotado y borracho venía. Ahí donde estás tú se estaba, borracho y derrotado como un estropajo. Ganaba el dinero que te cubrió de sedas negras, que te compró esa enorme casa que tienes y que tú helabas y humedeces ahora. En mi cama durmió muchas veces: la compré ancha para él, para que durmiera solo en ella, completamente solo, ¡lo mismo que al dormir contigo! En mi cama ancha, ¡que la compré ancha para los dos!, él dormía su pena y su borrachera, solo, solo. Y yo velaba, dueña de todo el mundo. ¡Qué cobarde fui! ¡Qué sabías tú de nada? Hablabas de que yo me iría al infierno, ¡ese sí que era infierno! Y lo que yo creí honradez y pureza, tontería fue y cobardía. Tú, ¡y lo sabías!, me lo

robaste de mis propios brazos y yo, ¡cobarde!, lo dejé helarse en los tuyos. Y nació tu hijo y creció tu hijo. Y también lo helaste. Tú lo pariste; pero, mira: ¡era mío! ¡Por eso no lo quisiste! ¡Y yo te lo di con tan buen corazón! ¡No puedo perdonarte y que el Diablo te lleve! Está bien que no amaras a tu marido que nunca amaste y que nunca te amó al conocerte, ¡pero a tu hijo, a esa carnecita palpitante que pariste de adentro, Micaela! Lo perseguiste en su niñez y en su juventud, y cuando el muchacho ardía osaste tú, ¡tú que lo pariste!, osaste apagarlo como a una lámpara inflamada, tapándolo. ¡Lo tapaste con las sotanas del seminarista! ¡Que el Diablo te lleve! Y cuando el pobre niño reventó y entregó su vida en un amor a gritos, ¡qué fácil te fue maldecir su vida en flor! No era tu hijo, ¡pero podrías haber sido blanda con lo que no tiene culpa! Ahora me vienes con el cuento de que todos han muerto. ¡Pues todos viven en mí! ¡Tú eres la muerta, y contagias! Pero a mí no, venenosa. Es bueno que lo sepas. Y no te dejaré matar a nadie más. ¡El Señor de la Buena Esperanza ha de hacer el milagro! Porque *tengo* que perdonarte... no en la hora de mi muerte, sino en la tuya. Y viviré un poco más para perdonarte más, para sufrir un poco más y hacer que tu nieto *no sepa nada*.

Mi buena madre pierde el respiro al final de este parlamento, tan ajeno a su carácter. Pero lo ha dicho todo, estrujándose.

El Ñato debe haber comprendido a fondo lo que se ha dicho, porque me tira de los pantalones y, como no le hago caso, me suelta para gruñir a ese montón negro de luto que es ahora mi piadosa abuelita, echada de bruces en el blanco

mantel de la mesa. Suspira largamente y, toda llorosa, se levanta echándose aire, hecha toda entera un invierno de pobre.

Se acerca a mí en el rincón en que nos encontramos mi perro y yo, me pasa la mano azuleja por la cabeza huraña —me estremezco de frío—, me pone en los labios la cruz de lata de su rosario negro y gangosea en sollozo:

—Son cosas de Dios. ¡Que se haga su santa voluntad, Lucifer!

¿Hijuna, Lucifer? ¿¡Guau, guau!?

Sí, verdaderamente: nadie me dijo un nombre más tierno que mi perro.

—¡Guau, guau!

## IV

Con latas vacías de duraznos en conserva se preparan verdaderas bombas, y el barrio entero retumba en Cuasimodo.

La carga de negra pólvora es comprimida con barro amasado en la calle y, al dar fuego a la mecha con un papel encendido al extremo de un colihue, el tarro sube a los aires con una explosión formidable.

Todos en la calle, viejos y niños, compiten en eso: a qué tarro revienta con más grande estruendo, a qué tarro logra mayor altura.

Y aunque el día es de fiesta, y es de fiesta sagrada, los hombres con los hombres, las mujeres con las mujeres, los niños con los niños, y a veces todos revueltos en una sola riña, emulan en ese afán de hacer ruido a base de pólvora, y de elevar por sobre sus vidas vacías una lata vacía de duraznos en conserva.

Sin embargo, gente hay que hace otra pantomima: días antes de Cuasimodo anuncian enfermo en casa. Y cuando llega la fiesta bulliciosa y pagana hasta no poder más señalan la casa con una banderola blanca, hecha de lienzo, acaso de un pedazo de enaguas. Flamean las banderolitas blancas, y hacen el efecto de anunciar la venta de *pan amasado de mujer*.

En cada cuadra, dos o tres banderitas blancas en espera de la llegada del Santísimo.

Don Pedro, recio y paternal a su modo con la gente menuda, nunca deja de enfermarse en Cuasimodo.

Las puertas del boliche van siendo cerradas de a poco: primero una mano de la última puerta que da al norte, después toda la puerta y, al otro día, una mano de la puerta que sigue, y después toda hasta dar la vuelta en nuestra calle atravesada de mar a cordillera: entonces el negocio queda en clausura.

Ya todo el mundo sabe que el dueño está muy mal, en las últimas.

Sin embargo Perucho, después de afirmar en el marco de la puerta la banderita blanca, se viene con nosotros cargado de tarros vacíos y con un cachito de buey lleno de pólvora.

Manejamos la pólvora sin atolondrarnos, sabedores de la fuerza endiablada que esconde en sus negras entrañas.

Nadie comenta ya el extraño caso de don Pedro: es un mal añero, comentan cuando más.

Bien se sabe que la costumbre de don Pedro obedece al pago de una manda.

Don Miguelito, aburrido de cobrar inútilmente los arriendos de aquella esquina a la que llegó don Pedro apenas edificada, vencido por la conmovedora maniobra de agonizar regularmente en Cuasimodo y de recibir el albo pan de la comunión con todo el aparato ritual, *donó* a don Pedro la casa *bajo escritura*.

Los cuadrinos, hombres de duras entrañas en su oficio sangriento —¡cómo martirizan a las reses aquellos bárbaros!—, se emperifollan para correr a Cristo.

Montan soberbios caballos facilitados por los abasteros ricos y rumbosos, y lucen aperos plateados hasta los estribos.

Emborrachados de petulancia en sus arleos de huasos enchapados en plata, hacen locas carreras temerarias: en las inmensas nubes de tierra en que pasan envueltos se distinguen apenas y sólo se ve el llameo intenso del rojo pañuelo que amarran a su frente y cuyos largos extremos forman un ala roja, agitándose.

Rematan sus cabalgaduras en las esquinas donde hay ventas y, anhelantes, dando ventaja al coche en que va el Santísimo, se empinan hasta los alamitos grandes potrillos de chicha crúa: en cada esquina, un boliche: ese es el barrio de don Miguelito.

Y don Miguelito, como un patriarca, acaso un poco más que un patriarca, como el Cristo perseguido y corrido ya de este mundo por la traición de Judas, va repartiéndose en sangre y en carne: inspirado símbolo de entrega total y de posesión total, en hostia diáfana anidada en el cáliz de oro.

La carroza, con estrépito de fábrica, hace saltar las piedras sueltas de las calles arrabaleras, mientras el monaguillo luce la fachenda de la sobrepelliz albísima y suena afanoso el campanilleo que hace el milagro de arrodillar a las gentes al paso de la carroza ungida por la fe y el respeto de la plebe.

El coche, perseguido por los que corren a Cristo, se detiene en seco en cada banderolita blanca, y los jinetes se

abren hacia la calle libre y corren locamente hacia la esquina cercana en tanto la pirotecnia primitiva del arrabal hace retumbar la explosión de los tarros vacíos de duraznos, en una redoblada carga de pólvora negra que al expandirse eleva a los cielos la hojalata en saltos de cabro.

Don Miguelito pisa, desde el estribo de su coche hasta la puerta de la casa que visita en blandujos de alfombras viejas o en cueros lanados de chivato.

El enfermo, rodeado de sus familiares, es signado en su carne corporal, recibe la extremaunción... Y recobra lozanía indefectiblemente.

Es cosa sabida: «agonizante en Cuasimodo no tiene pa qué morirse».

Y es cosa sabida: Don Miguelito hace el milagro.

Pero la cosa se resuelve así: Cristo es corrido y sufre malas fortunas por culpa de la veleidad de Judas. Entonces interviene la justicia de los hombres, la justicia de la tierra que nada tiene que ver con los procedimientos de arriba, donde galopan las nubes: castiga inmediatamente. Y Judas es quemado vivo.

Apretujada la muchedumbre en un revoltijo de mantos negros, de chaquetas azules de mezclilla, de niños descalzos y de perros seguidores, se encamina hacia la parroquia por el extremo sur de la calle de San Diego, dando frente al llano Subercaseaux que se abre en pampa alrededor de la parroquia y continúa, estrechándose, en un valle generoso que se pierde verdeando lejos.

Frente a la parroquia, en la Plazuela, se levanta una horca; un alambre tendido entre dos postes semeja un barra de circo y del alambre, colgando como un títere, Judas. Judas, en su cuerpo de trapo, está repleto de cohetes.

Dicha y oída la misa solemne, sale una procesión desde lo más adentro de la iglesia: el incienso y los cánticos se elevan muy altos.

En la plazuela se apelotona el silencio y los ojos se hacen cruels apuñalando a Judas, el triste pelele de todos los años.

De pronto, una llama en las manos del monaguillo: la llama langüetea las patas lacias de Judas, y Judas, el triste pelele de todos los años, se retuerce, salta y en estampidos de petardos revienta.

Y mientras el monigote salta y salta y salta, la muchedumbre a medio campo hinca sus huesos en tierra, se golpea el pecho y maldice a Judas, y alaba al señor.

Mi buena madre me sopla al oído, sin pizca de fe, un año y otro año:

—Hijuna: ese mono, ¡es un puro mono!

Y sin embargo se hinca, y mi perro y yo nos arrodillamos también, juntitos.

Cuando el pobre diablo de Judas ya no tiene fuerzas para hacer el ajusticiado, y el último cohete revienta ya sin prestigio, y cuando ya todo el mundo se ríe de todo, la muchedumbre regresa.

En la tierra, mantos de mujer, chaquetas azules de cuadriños, perros de todos. En el cielo, lo de siempre: profundidad, humo de nubes, azul y cielo, nada más.

Mi buena madre me defiende con su largo brazo de la gente que pasa y atropella, me aprisiona en su mano grande y esposa mis dedos rebeldes de niño libre y guapo.

Mi perro, airoso, se adueña de todo lo que es: se entromete por las piernas de los hombres respetables y de las mujeres compungidas.

A los niños los manotea en son de amistad de niños y a los perros los huele en son de amistad de perros.

Mi buena madre aprovecha un claro que se hace entre la muchedumbre que se apretuja en la vereda del largo camino para ganar la mitad de la carretera donde, entre el polvo levantado por los pies en premura, marcha en grupos de bracero.

Saltamos la pequeña acequia, que es como decir el caño para la población entera: corre el agüita haciendo cascadas minúsculas y alegres: brinca en la gruesa raíz de los álamos extranjeros que, inmóviles centinelas, guardan el camino y se han puesto en fila para beber del agua alegre: en las champas, estirándose desde el corazón mismo de la tierra, las raicillas se alargan y se entretrejen en el agüita corredora igual que lombrices rojiblancas.

El chapitel de la alta torre de la parroquia, en una ilusión de abarcarlo todo, de dominarlo todo desde la crucecita promisoramente engarzada al cielo, se proyecta por todo lo redondo de la tierra, y es el chapitel de la alta torre el dedo omnipotente que todo lo abarca, que todo lo domina porque todo lo sabe.

Del campanario surge alado el romance de las palomas pérfidas, y las parejas enamoradas bajan por sobre las gentes que regresan: se posan en los hombros –ahuecados por el manto en forma de nido– de las mujeres piadosas. Mi buena

madre acaricia el ala de la paloma que anida en su manto y dice, conversando para sí:

—Cuando los pajaritos de Dios no huyen de una, no se ha de ser tan mala. ¡El perro, Hijuna, el perro!

—¡Suéltalo, Ñato!

En un remolino de tierra, mancornados, el Ñato se pelea con un perrazo negro: pavoridas las mujeres, arremangadas las polleras, mostrando el blancor de las enaguas y el rojo de los refajos, corren; las palomas huyen en revuelos cortos, curioseando azoradas; los hombres azuzan a los demás perros y se desata una terrible carnicería entre hermanos. Pero el Ñato, después de un zamarreo enérgico, suelta al perrazo negro y, desatendido de todo, vuelve a nosotros y nos abre escolta a dos pasos.

Pero la carnicería sigue a espaldas nuestras: los amos vociferan y, desde la enorme altura de sus bocas, se cambian insultos atroces mientras muy abajo, a ras de la suela y aun por debajo de los zapatos de los amos, los perros —tontos los perros— se destripan.

En el Zanjón de la Aguada, entre la línea férrea y el puente del Zanjón, grandes hornos convexos de ladrillo y barro. Mesas de álamo en bruto. Mujeres gordotas y ágiles ofrecen las ricas empanadas: mordisquea la gente y el jugo picante y de color de sangre se escurre entre los dedos golosos.

El carrito de sangre que va hacia el sur, a Lo Ovalle y los álamos injertados, se detiene: rechina la palanca de manivela, se cimbra el armatoste reumático y el cochero afirma,

anudándolas en la palanca, las largas riendas remendadas con alambres.

Bajan rápidamente los pasajeros y se proveen de empanadas, y al grito del auriga, y al restañar de la huasca, la osamenta de los escuálidos tordillos amenaza romper el cuero zurcido en costras mujas: casi arrodillándose, en un tirón de todos sus huesos, logran los pobres pingos hacer rodar el carro que a poco, en la bajada del puente, se precipita encima de sus ancas. Entonces las osamentas galopan como si fueran caballos de verdad.

Avanza la muchedumbre hacia la calle Franklin y se desparra por las calles atravesadas en busca de las últimas casitas, enterradas casi en los muladares.

En San Diego esquina de Franklin, grandes letreros anuncian el comercio terrenal y divino. Al noroeste –viva la impresión de un potrero entrebolado– una imponente casa verde ostenta un letrero magnífico:

MONTEPÍO DE PIEDAD  
«EL ARCÁNGEL SAN MIGUEL»

Tanto para la calle Franklin como para la de San Diego una alegoría tremenda habla a gritos de la potencia del Arcángel San Miguel: San Miguel Arcángel, un efebo suspendido en el azul por unas alas descomunales, pisotea a una serpiente feroz (el Malo) y le saca los ojos con una lanza fúlgida:

–¡Sólo Dios es Dios!

A la sombra de esta alegoría y de este «Montepío de piedad» —en el barrio lo llaman la Agencia—, enriquece rápida y milagrosamente una familia rubia.

En la esquina opuesta al Montepío está el Emporio San Miguel, sin arcángel y sin alegoría.

Ambos comercios son de propiedad de la misma familia rubia.

En diagonal al emporio, una tienda de todo: lienzos, casimires, sombreros, paraguas. Un gran número de sombreros en perspectiva parece que vuela en el pintado azul-subido de la pared. Desde un gran letrero de hule, un huaso pintarrajeado en actitud de montar un enorme caballo blanco grita en letras mayúsculas:

SE PASA DE LESO EL QUE NO COMPRA AQUÍ:  
«TIENDA LA PARROQUIA DE SAN MIGUEL»

Al frente, una botica: un hombre chiquito lleva a cuestas un pescado muy grande, tan grande que arrastra toda la cola. Rojas letras en la pared blanca anuncian:

FARMACIA Y DROGUERÍA «DON MIGUELITO»

Y más abajo, haciendo pedestal al hombre del pescado:

EMULSIÓN DE SCOTT

En la tienda cecean unos jovencitos rubios, muy bien tenidos y muy contentos.

En la botica un hombre moreno, delgado y pálido, enfundado en blanco languidece al lado de una señora gorda, joven aún, pero con el vientre abultado toda la vida.

En la Agencia, es decir en el Montepío de Piedad, nunca hay centavos para la vuelta: los cobres son valorizados en cajas de fósforos. En el Montepío se pasa por las prendas un dinero que es cambiado al frente por azúcar y yerba, y harina cruda.

En toda la calle Franklin, hasta topar en San Ignacio, el imperio del Arcángel San Miguel es absoluto: puestos de carbón y leña, despachos, cantinas, bodegas, prostíbulos, todo es una sola cosa, una sola advocación: «San Miguel Arcángel».

Las mismas pellejas, las Matas di'Hojas, no chicolean ni se quedan en los días solemnes de la parroquia.

Don Miguelito es el párroco, el pastor, el civilizador abnegado y pleno de su fe apostólica: nada tiene que ver con las ruindades del comercio de los trapos y de la carne.

Hombre y sacerdote a la vez, acaso más hombre de fibra que sacerdote místico, alto y recio, impulsivo y francote, es el árbitro de aquel barrio inculto, creyente y feroz.

Los más temidos, los hombres más panudos son una miga de pan en manos de don Miguelito: entre los cuchillos asesinos que bucean las tripas enemigas, don Miguelito interpone el broquel de sus sotanas negras, y los cuchillos se humillan y los hombres se abrazan.

Las *elecciones* son obra suya.

Todo un hombre, don Miguelito: honrado con su fe, con su verdad y con su error.

En el barrio los niños son echados al mundo sin consultar a nadie.

Don Miguelito impone su ley: donde nace un niño la cosa se resuelve entre marido y mujer: casa y apadrina sin alardes, obstinadamente.

–Estaría borracho –dudan algunos.

Pero terminan por casarse.

El único comercio que no se pone bajo la advocación del Arcángel San Miguel es el Emporio El Nuevo Siglo, puesto como una cuña en Franklin esquina de Nataniel.

En la esquina ochavada, arriba, un pajarraco grande –pico corvo, garras en puñal– abre las alas sobre una bola grande que representa nada menos que el mundo. Es un mundo nuevo, barnizado, bonito.

–Eso es un águila, el Porvenir –explica don Vittorio–, y vuela sobre el mundo nuevo. El mundo nuevo después se pone viejo, pero el Progreso vuela cada vez más alto. ¡Sacramento!

Don Vittorio es un italiano hereje y gusta de hacer herejías a la vista de todo el mundo, pero nadie le hace caso. Don Miguelito lo tolera y dice que acabará por confesarse, pero don Vittorio, la camisa recogida hasta el hombro, hace molinetes con sus gruesos brazos rosados y protesta:

–¡Sacramento! ¡Revoluzione!

–Alma de Dios –concede don Miguelito–, hace falta eso, pero falta mucho.

Las procesiones que inventa don Miguelito son estupendas.

Audazmente reemplaza los maderos pintados por cuadros auténticos, ladinos y creyentes. La escena se representa a lo vivo: pasa nuestro Señor Jesús sangrante, con los ojos en blanco, manso ante la azotaina que recibe, inerme, amarrado a la columna. Los judíos no le escatiman azotes. El Cristo va haciendo el mártir y va martirizado en verdad en el anda recargada de encajes. La poblada, maravillada ante el espectáculo, sigue tras los fieles que himnan. Hay sudor y hay –¡quién lo sabe!– hasta convencimiento.

Don Vittorio cierra su comercio y sale a la calle armado de un gran bastón: bufá desafiante y, sacrílego, se encasqueta el sombrero alón hasta los ojos.

Bastón en alto, entregado a la corriente de la procesión, pisoteado y estrujado, acezando, ostenta su corpulencia y su impiedad: terco, no pierde un paso de la procesión.

Llega hasta la parroquia misma y, en las gradas, mientras la muchedumbre se abate en hinojos, don Vittorio, alto, solo con él mismo, grita cosas feas contra Dios.

Cuando todos elevan sus voces en un himno largo y solemne don Vittorio se esfuerza, moviendo enérgicamente la cabeza a los lados, porque todos vean su boca hermética en agrio gesto.

Y, cuando se hace el silencio y como un halo de Dios se extiende el recogimiento de las almas, don Vittorio increpa al Cristo vivo:

–Tú. Oye tú, te digo. ¡Tramposo! ¡¡Cristo!!

El Cristo no se molesta ni hace nada que esté fuera de su papel.

Y no es una oveja.

Hace de Cristo porque es noble de rostro y además –don Miguelito lo ha dicho– porque soportando esa lejana, atenuada y dulce imitación del Rabí fraterno, befado y apaleado purga este rudo cuadrino su vida pecaminosa.

El Cristo es bebedor y tiene encajada en su alma pueril el alma tremenda de un caballero antiguo.

Respeto su cuchilla por sobre todas las cosas.

En las peloterías que se arman noche a noche en las cantinas abyectas de miseria él, sin esfuerzo, a pesar de la borrachera que le incita, se aísla y se arrinconan ajenos a las bravatas.

Ama la pelea, pero a las derechas, mano a mano.

Cuando ya nadie se entiende y le hostigan sin razón El Cristo, afirmadas las espaldas en la pared, la mano derecha en la faja azulina, ronquea:

–No me hagái sacar la cuchilla.

Los borrachos clarean los negros impulsos.

Se acodan nuevamente en el mugriento mesón de álamo y piden más.

Porque lo saben: nunca El Cristo sacó la cuchilla para hacer de espantajo.

En manos del Cristo la cuchilla cuadrina tiene su prosapia ennoblecida de cien batallas.

La cuchilla tiene su prosapia en manos del Cristo: en el Matadero, herramienta de trabajo limpia y eficaz; en su hogar –cuando lo tuvo–, eficaz escudo de su honra.

Porque él no lo habría querido hacer. ¡Tantas veces que se lo advirtió a Rosa! Todavía, cuando está bebido –a eso de las nueve de la noche– refunfuña:

–Yo no tuve la culpa. Cuando la olí se lo dije: Rosa, bien harto que te quiero, ¡pero una perrá tuya y me esgracio!

Y es en estos momentos cuando ruje El Cristo en medio del silencio sordo que se espesa:

–¡Otro trago, pa toos!

Nadie osaría ahora golpear la voz.

(–Y los maté a los dos –muje El Cristo. Y fue con *su* cuchilla: con la puñalada limpia de *su* mano.)

Don Miguelito lo libró de la cárcel sin que nadie se lo pidiera, y desde entonces hace de Cristo, y aguanta los golpes con la misma resignación esperanzada que el manso Rabí.

Por eso don Vittorio hace negocio sobre seguro cuando increpa al Cristo y lo moteja de tramposo; el hombre no chista: tomado desde la entraña por la farsa sagrada, se haría matar antes de sacar la cuchilla.

Por lo demás, don Vittorio es una real persona y no tiene otra debilidad que esa: escandalizar en la procesión. Pero paga religiosamente el arriendo y se le tolera: don Miguelito sabe lo que hace.

Los pijes del camino Cintura al norte –la avenida Matta– intentan muchas veces escandalizar en las procesiones: a la altura del Colegio de San Carlos Borromeo, entre Pedro Lagos y Sargento Aldea, en el espacioso frente que deja la Escuela Olea, hermoso edificio de ladrillo rojo, los caballeretes se agrupan muy entongados, lanzan dicharachos a las mujeres, burlan a los hombres y por último se dispersan entre los fieles, soplan en los cirios y con alfileres prenden uno a otro los mantos. En fin, hacen mil diabluras ostentosas.

Pero del colegio de los pechoños salen disimuladamente algunos rotos jóvenes y fornidos: con aire humilde, sombrero en mano, dicen a los futres:

–Patrón, no lo castigue Dios. Sáquese el tongo.

–¡Tonterías, mi amigo! ¡Oscurantismo! Y no tengo intención...

–Vaya, patrón. ¡Si no cuesta naa!

Y de un solo golpe vuelan los tongos como redondas aves negras de mal augurio.

Nadie se alarma, porque todo está previsto. Y el himno sacro sube al cielo en voces graves y en ritmo pausado.

Sólo don Vittorio tiene carta blanca; pero en casa propia, de Franklin al sur.

El italiano es querido, porque él también quiere a todo el mundo. No cree en Dios, pero ama a los hombres y ha puesto toda su fe en el Nuevo Siglo, el XX, el siglo que está en pañales aunque se anuncia como el Siglo de la *Revoluzione*.

En Semana Santa, cuando el tenebrario hace ennegrecer más la sombra enlutada en los intercolumnios de la nave profunda de la iglesia en duelo, y los cucuruchos recorren el barrio, y en quejumbre piden una limosna «pal santo entierro de Cristo y soleá de la Virgen», don Vittorio echa en la alcancía de lata todo el sencillo que pilla a mano, y advierte:

–Cucurucho espantabambinos, don Miguelito no me hace lesa: esto es para la pobrería. ¡Y por eso doy! Te voy a servir una copa.

–On Vittorio, más mejor será que no.

—¡Si andái pasao!

Metido en la saya negra y con el enorme bonete en la cabeza, el hombre hace un feo espantajo fúnebre.

Bebe el cucurucho, y sale a la calle a trabajar su quejumbre.

—¡Pal santo entierro de Cristo y soleá de la Virgen!

Y don Vittorio rezonga con el cliente que llega, y habla de cosas que nadie entiende:

—¡Supersticiones, cadenas por todas partes! ¡Las mil patrañas que ha inventado el hombre para esclavizar al hombre! ¡Desde la cuna hasta la muerte! ¡Pero ha de llegar el día que el Dolor presintiera! En alguna cercana primavera de los espíritus el Pecado ha de huir en derrota, y el hombre ha de ser agua y ha de ser trigo para el hombre. ¡Dueños todos los hombres de todos los trigales! ¡Todo ha de ser universal y de todos! ¡La revoluzziones será el triunfo de Cristo!

Y todo esto lo grita en discurso, acalorándose, accionando los brazos en movimientos que empujan y recogen, como si el hombre intentara pelearse con el Tiempo, empujarlo en lo presente, atraerlo en lo porvenir.

Mas la casera respinga, presurosa:

—Apure, casero. No se dilate. ¡El pichín de yerba, don Vittorio! ¡No sea cicatero y déjese de guaras!

## V

La Fábrica de Cartuchos y la Penitenciaría son los dos grandes establecimientos fiscales de aquel barrio.

Los obreros de la Fábrica de Cartuchos se distinguen por su corrección disciplinada y hacen una especie de burguesía.

Ningún obrero de la fábrica vive más allá del cequión que corta en dos y, al cortarla, da dos fisonomías distintas a nuestra calle, pomposamente llamada avenida de la Penitenciaría.

Los trabajadores del Matadero viven al final de la calle, pasado el cequión, y están como arrinconados y acorralados en los conventillos míseros, mil veces más abandonados que el nuestro.

Desde el cequión hasta la Penitenciaría misma —ahí se abre el campo francamente, salta por sobre la línea férrea y se pierde en la lejanía, allá por el Molino de Juan Diablo—, la población está formada por esta clase de obreros bien vestidos, reposados y discretos, y por la gendarmería del penal.

Las casitas fiscales, de un solo estilo, hechas a cartabón, blanquean humedecidas bajo la sombra de encinas frondosas y altas.

Un carrito eléctrico de miniatura sujeta el compás abierto de sus ruedas en una línea de trocha ancha, apta para el

ferrocarril del Estado, y une con la movilización del personal superior a la Fábrica de Cartuchos con los Arsenales de Guerra y el Cuartel de Artillería Tacna, a todo lo largo de la avenida Viel.

El Parque Cousiño, limitado en su enorme cuadrilátero por altas murallas de cal y ladrillo, ábrese en majestad por numerosas puertas de reja forjada. Toda suerte de viandante se cuele por ellas.

En cuadrilla, haciendo de palomilla menuda, algunos descalzos todos resueltos asaltamos el Parque, y a pedrada limpia abatimos los frutos mucres de árboles extranjeros.

Los guardias del Parque defienden sus dominios celosamente.

Son unos pobres guardias lamentables, embutidos en los desechos azules de la 4ª Comisaría. Cabalgan jamelgos de policía de aseo. No pueden con los chiquillos; ni el Colorado, que es más pirata y el más joven: nos ha dado correteadas soberbias, pero ha recibido lindas pedradas. No pueden con los chiquillos: tras los enormes eucaliptus, saltando de un tronco a otro, los bravos muchachos burlan las bravatas y los juramentos de los pacos:

—¡Paco asoliao! ¡Catana mogosa! ¡Bolsillo planchao! —chivatea la palomilla.

Sin embargo un paco viejo de barba en punta, alto y seco, es un leal amigo de los muchachos: cuando está de servicio el General la osadía de los chiquillos no tiene límites.

Llega el viejo paso a paso en su caballo pío, viejo tal que el caballero y, tal que el caballero, manso como un palo. Los chiquillos gritan:

—¡General, General! ¡Voy que le achunto!

Pero el General se pone serio y desde lo alto hace un solemne gesto de monumento ecuestre, y reprocha:

—¡No ven! ¡Por eso no los dejan comer a gusto los chupas!

Perora como si leyera una proclama heroica:

—¡Chiquillos! ¡Ya les he dicho que los árboles son de toos, hasta de los pajaritos! Y que además los árboles son cosas que están vivas y que les duele el aporreio, y que endéi se pueen secar.

Perdido el consejo, por el momento: en los propios ojos del General los muchachos apedrean de lo lindo, y ramas, hojas y frutos caen en derrota.

—¡Eso noo! —atruena el General.

Y, moviendo con el esfuerzo de sus piernas la esquelética pasividad de su caballo pío, solemniza:

—¡Yo no lo aguanto! ¡Alto! —ordena autoritariamente.

Y de súbito, haciendo de su rostro una máscara horrible y encantadora, da la orden desconcertante:

—¡A ver, vos! ¡A vos te digo! —amenaza—. ¡¡Súbete al anca!!

Y sin más ceremonia un muchacho trata de subir al anca del pingo.

Pero no todos pueden subir al anca: el General exige que se haga por el lado izquierdo, apoyando el pie en el estribo que el viejo deja libre al mismo tiempo que se inclina recto a lo largo de la tusa del caballo de palo; el muchacho ha de subir en esta forma y de un solo envión. Estricto, el General no deja pasar falta:

—¡Otro gallo, que este es gallina! —falla sin apelación.

Hecho el ejercicio en forma correcta, de pie, abriendo los brazos se equilibra el muchacho en el filo del anca del jamelgo, y de ahí se pasa al árbol, trepa como un mono y sin apuros remece las ramas, y se hace buena cosecha: todo en santa paz.

El viejo come con nosotros del fruto mucre, y al hacerlo echa fuera su simplicidad de hombre sano en una ancha sonrisa amiga:

—Oiga, General. ¿Mató muchos cholos?

—¿Cómo? ¿Matar? Eso no se llama matar. ¿Tengo yo cara de asesino?

Lo rodeamos y nos afirmamos en el caballo pío, manso como un palo. Unos juegan con las riendas, otros con los estribos sueltos; y no falta quien acaricie el largo sable, colgante e inofensivo como una culebra muerta.

—Mira, Juan de Dios —me dice—: vos soi muy chico pa andar con estos. Anda y vete pa la casa.

—No hay cuidado —se protesta a coro—. ¡Anda con el perro!

—Bueno —permite el General.

Y agrega:

—Quéate. Yo también tenía un perro, igualito a ese en lo entendío y en lo hermanable. ¡Y me lo mataron en la guerra! ¡Me dio una pena! Bueno, me voy. Y vayan yéndose ustedes también.

Pero los granujas se cuelgan de las riendas, y saltan y gritan:

—¡No, no! ¿Y usted no defendió a su perro, General?

—¡Hombre! ¿Cómo lo defendía? Después de todo, él mismo tuvo la culpa. No quería echarse nunca cuando había

sonajera. ¡Y la tostaera era grande! Nosotros disparábamos tendidos, y hasta un terrón nos servía para esconder la cabeza. Pero mi perro al lado mío, muy tieso en sus cuatro patas... No aprendió nunca el ejercicio. Así fue cómo lo mataron, y así mismo mataron a mi teniente Urzúa. ¡Diablo de chiquillo! ¡Tampoco aprendió nunca el ejercicio! En lo más negro de la tostaera se paseaba por detrás de nosotros pitando tranquilamente, y diciendo sin apurarse: «¡Graneao, niños! ¡Graneao!». Cuando nos dimos cuenta aún humeaba su cigarro entre los dedos. ¡Mi teniente Urzúa y mi perro murieron juntos! No aprendieron nunca el ejercicio. Mi teniente quedó encogió, y como agarrándose el corazonazo. Y mi perro, con las patas tiesas pa arriba, quedó como si hubiera quedao parao al revés. No aprendió nunca el ejercicio.

—Pero usted, General, ¿a cuántos cholos mató?

Soberbios carruajes victorias, landós arrastrados velozmente por un par de caballos del mismo porte y color hacen armonioso ruido en el camino que bordea la elipse. Damas y caballeros tienden su lujo y su indiferencia en los amplios asientos: se acurruca la molicie como avergonzada. Solamente el cochero —todos llevan pantalón blanco— es el dueño del mundo: un colero lustroso, una librea áurea; la vista clavada en un punto fijo, destacado en relieve por sobre la vida toda, no puede ser otra cosa nada más que un rey.

—Ustedes son unos mocosos tontos —dice el viejo—. Hay que ir a la escuela pa saber estas cosas. Dicen que van a abrir una escuela por ahí por frente a tu casa, Juan de Dios. Ayer hablaron de esto unos caballeros que hicieron once en el restaurán, y que después pelearon por una cosas de laica. Pero se quedaron a

comer, y dicen que se arregló too: se fueron cantando tarde en la noche, en un coche con las luces apagás. Entonces cuando vayan a la escuela ahí sabrán lo que es la guerra. Yo no sé na.

—Pero usted anduvo.

—¡Dale! Mi caballo también va pallá y pacá.

Nos apartamos. Y el viejo, haciendo el buen jinete, mueve su pingo por entre los árboles; lo para en seco y de pronto lo aviva en un taloneo joven, y el caballo hace por imitar un trote de picadero. Vuelve a nosotros el General y lo rodeamos nuevamente.

—¿Ven? ¿No ven? ¡Pregunten ahora a mi caballito por qué hizo estos culebros! Cuando vayan a la escuela entonces lo sabrán. ¡Y no sean ignorantes!

—Pero, ¿cuántos cholos mató, General?

El viejo se empina en los estribos, mira por entre los altos copos de los eucaliptus el cielo que, despejado y azul, extiende una techumbre diáfana por sobre el verde oscuro de las hojas firmes y corvas. Después se inclina hasta posar las nervudas manos en las greñas de Enrique, el más crecido de la pandilla y el más silencioso y el más pálido: siempre tiene hambre.

—Enrique, ¿qué estás pensando? ¡Pa mí que debís correr y gritar, que vos soi niño, Enrique! Cómete todos los cupas que podái y verís qué gloria. ¡La alegría es cosa del vientre! Y pa que vos no pongái esa cara de nuestro Señor, ¡mira! Te voy a contar.

Enrique, como si su mirada fuera un cáñamo, queda como colgando de los labios del viejo, y los dos sonrén con la misma sonrisa ancha y amiga.

El caballo cabecea en modorra de hombre viejo.

El Ñato se echa a mis pies y ronquea.

A este no me lo matarían en la guerra, pienso gozosamente.

En el paseo agudas voces incansables airean el bochorno con el vivo anuncio de refrescos: sin verlos, se ven nítidos los mantelitos blancos de los pregoneros.

Y el imponente cochero del victoria dominando a los soberbios troncos, con la vista clavada en un punto fijo, con su gran colero lustroso, con su librea relumbrante: no, es imposible, no puede ser otra cosa nada más que un rey.

—La pura verdad de la verdad —confiesa el General—: yo no maté a naide. O los maté a toos.

—¡General!

—La pura verdad de la verdad. Uno no ve na. ¡Disparen! Bueno, ¡uno dispara como condenao! Sube una humarea delante de uno y por todas partes. Y uno carraspea. ¡Alto! Cuando se oye la voz de «¡alto!» se acaba la fiesta y eso es toa la verdad de la verdad. Son las balas las que matan, pero naide puede decir quién las dispara. ¡Qué si yo sé quién mato a mi perro! Al principio el soldado tiritita, y los dientes se muerden unos a otros con ruido de calaveras que chocaran, medidas y remecidas en un cajón. Es como cuando a uno le da miedo. Después viene la sonajera y la humarea, y uno pierde el sentío. Y cuando se pelea a la bayoneta es lo mismo: no se ve naíta. Es al otro día, cuando el regimiento está formado y el General pasa revista, cuando viene a saber uno —porque así lo leen en un papel de oficio— que uno es el soldao más valiente del mundo. Entonces con la noticia uno se entusias-

ma y grita con voz terrible: «¡Viva Chileee!». Pero la guerra, Enrique. Vos que soi tan callao, ¿has de saber que no es broma! Afijate: pa que un país se agarre con otro país tiene que haber motivo muy grande, una causa muy grande: el Presidente, afijate, tiene que pasar muchas noches desvelao, y los grandes caballeros tienen que hacer muchos trajines. Los países no pelean de puro gusto como los borrachos. Cuando ya no hay más remedio, entonces viene la guerra. ¡Y Chile tiene que ganarla! Y para eso estamos nosotros, Enrique, vos que soi tan callao: pa defender a la Patria; y si vos defendí a tu Patria, afijate, defendí a tu madre.

—General.

—Sí, ya sé. Vos no tenís na madre. ¿Es fuerza que lo digái? A mí me pasó lo mismo. La vieja se había muerto hacía rato. Pero me pescaron y fui pa defender a mi perro, y mi perro fue pa defenderme a mí. ¡Pero no aprendió nunca el ejercicio y me lo mataron! Quedó con las patas tiesas vueltas p'arriba, como si hubiera quedao parao al revés. Hay que ir a la escuela pa comprender. Soi ignorantes.

Verdaderamente el cochero del victoria —con su librea relumbrante, imperando sobre los caballos soberbios, fugaz por los caminos de la elipse, con la vista clavada en un punto fijo— es el dueño, el único dueño del mundo.

Al caer la tarde, Enrique nos dice con voz mansa:

—Recojamos leña.

Y es una fiesta buscar y juntar los pequeños pedazos de ramas y hacer un atado de chamizas.

Cargo a mi Ñato a toda conciencia, y el perro me deja hacer sin protestar. Ya bien cargado, mi perro toma un continente grave y despacioso. No se deja seducir por tentación alguna. Otros perros pasan por su lado en tropel, mordisqueándose, agarrados por el pecado inmortal de la especie. Mi perro en ese momento es un hombre de carácter. Sabe, yo sé que lo sabe, que esa leña que le hunde el lomo no es para él ni para mí, su hermano, sino para Enrique, sin hermano y sin perro. Yo sé que lo sabe y lo siente, pero si no lo siente ni lo sabe da lo mismo.

Enrique está mucho más solo en el mundo que un abandonado: su padre, Ño Flojera, no quiere trabajar. Dicen que está apenao.

Al lado de mi casa, de cuadra a cuadra, se estira un conventillo como un reptil escamado de piedras, sucio y feo: Ño Flojera se sienta en el umbral de la ancha puerta y, sin moverse, corretea todo el día detrás de su pensamiento.

Ahí, sin meterse con nadie, como un portero somnoliento, el padre de Enrique recoge el sol. Busca y sigue los rayitos del sol sin levantarse, moviendo el culo desganadamente hacia el ladito tibio. Y no es tonto Ño Flojera. Sabe leer. Cuanto papel impreso llega a sus manos él se lo traga en una lectura atenta y cerrada.

Mi buena madre, la señora Rosario, le puya escandalizada desde la puerta de nuestra casa:

—Ño Flojera: así como se lo pasa echao, ¡usted es peor que un piojo pa la humanidad! ¡No pica ni pa reventarlo, tan siquiera! ¡Ni pa reventarlo!

Sin moverse, pero con tono comedido y con una voz agradable y clara, se digna contestar:

—¡Mucho peor que piojo, señora Rosario! ¡Pero mucho peor que piojo! ¡Y ya estoy reventao! Y me reventarán más y más, hasta el último término.

Mi Ñato se acerca a él sin temor: se echa al lado de Ño Flojera en un movimiento sosegado de plena confianza, y yo me siento al lado de mi Ñato. Los tres, Ño Flojera, mi perro y yo, formamos un solo grupo y una sola persona: recogemos el sol con tal paciencia como si nuestro empeño fuera guardarlo en el bolsillo. Ño Flojera no se mueve, mi perro se está quieto y yo —¡qué ganas de encaramarme en el pensamiento de Ño Flojera!— no puedo hacer otra cosa que imitar a mi perro.

Cuando los domingos en la tarde el conventillo es como una sola bofetada, y la gente sale a la calle chorreando sangre e injurias, Ño Flojera se arrincona en su umbral y mira lejos: es, acurrucado, como una cosa; y no como una cosa entera, sino como un pedazo de cosa, olvidado hasta de las bofetadas.

Entonces Enrique entra a mi casa —¡puertas más abiertas!—, busca en la cocina a mi buena madre y deja caer su angustia de todas las semanas:

—¡El mayordomo Manuel!

Mi buena madre ni lo mira, pero ordena:

—¡Hijuna! ¡A poner la mesa, vamos a comer alguna cosa!

Enrique corre a la llave del agua y se lava las manos, y se salpica el rostro, y vuelve muy ufano: por la cara le corren unos surquitos de tierra remojada.

En el comedor, blanco de mantel de lonas de harina, y blanco de rosas, mi buena madre da el ejemplo engullendo y haciendo engullir de lo que hay.

Ella se ha criado comiendo.

En la pobreza hay que tener un solo cuidado grande: *comer*. Hay, por sobre todas las cosas, una virtud capital: *comer*. *Comer*, a pesar de todo. Se trabaja para eso; se es noble y bueno para eso. Se roba y también se mata para eso. Mucha gente en el mundo se echa a perder para eso: para *comer*.

El estómago es lo principal. El doctor se lo ha dicho (¡el doctor Monroy!): «si no tiene qué comer, beba agua, agua hasta llenarse».

El mayordomo Manuel se cura todos los domingos y, amparado en la amistad del dueño del conventillo, un señor Castro mordido de viruelas –parece que les une no se sabe qué pasado común de perrerías– hace el dueño absoluto y cobra el arriendo arbitrariamente.

Viejo y flaco, con los pantalones raídos apenas sujetos a mitad de las nalgas, a cuero vivo de cintura arriba, bravuquea en un desafío a toda la tierra, menudeando brazadas al aire. Insulta a todo el mundo, a las mujeres y a los hombres; más a las mujeres. Amenaza con hacer cerrar las puertas a las ocho y jura que no quiere ser más cabrón de nadie.

Las mujeres alarman unánimes:

–¡Viejo descasaor!

Los hombres en celo gruñen:

–¡Yeguas!

Entonces el hijo, Manuel Segundo –mocetón simpático– se apresura a intervenir violentamente, trezándose a golpes con su propio padre.

–¡Está borracho! ¡Viejo borracho! ¡Es capaz de acarrear una desgracia!

Y para que el viejo no acarree desgracia alguna se pelea de hombre a hombre con él. El viejo es firme y gusta de creerse bien hombre.

–¡Te doy permiso! –alcanza a decir al recibir los primeros golpes.

Y el joven simpático –duro el puño, duro el corazón (¡quizás qué quiere ahogar en la boca de su padre!)– le machaca el grito ahí mismo, antes que se eche a volar: ahí mismo, en el yunque negro de los belfos borrachos.

Los hombres, libres ya del deber de matarse, ostentan la certidumbre de que «no ha pasao na», de que son «muy hombres», y muy inflados engarfian a sus hembras apretándolas por la cintura, y las hembras –aliviadas ya del pánico, terriblemente fieles en aquel momento– se restriegan en su hombre haciendo las gatas.

Afuera todo el mundo está borracho de conventillo.

En la mesa Enrique se aísla un momento y monologa:

–¡Si le llega a pegar a mi padre!

Mi buena madre carcajea:

–¡Tu padre!

Enrique, pálido y con un orgullo de toda su carne, ataja y corta el desdén de mi buena madre en un ademán decidido de irse:

–¡Es mi padre! Y nadie sabe...

Se ennoblecen el rostro de mi buena madre, y dice:

—¿Qué te pasa? Come, niño.

Mi perro, correctamente sentado en el trasero, recibe en un tarascón de toda su boca lo que yo le tiro.

Vuelve mi buena madre a su tema:

—Hay que trabajar y sudar, ¡y todo para comer!

Enrique, un poco herido, defiende:

—Eso es lo malo. ¿Trabajar? Yo sé que mi padre no es flojo. Lo que pasa —se pone triste—, lo que pasa, ¡es que no hay pa qué!

En la calle, el escándalo.

Y pegado a las bisagras del portón del conventillo. No flojera, ausente del mundo, caballero de su pensamiento.

Arriba: la risa de Dios.

## VI

Ágil, en un trote liviano y rápido, en la penumbra del largo atardecer —en el barrio atardece desde que clarea el día— se agita la sombra amiga del cuidador de faroles: una escala liviana sobre su hombro derecho hace, en la penumbra, el recuerdo de una gran cruz animada; ora inclina su brazo hasta besar la tierra en un gesto de total abatimiento, ora se endereza en la sombra, gatea en la pared y, en lo alto, revienta en estrella.

Los muchachos del otro lado del cequíon corretean a su lado jubilosamente: nosotros corremos a encontrarlo al borde de la zona neutral. Nos hacemos bromas, nos desafiamos para mañana; pero en esos momentos nadie es osado de apedrear a nadie.

Anselmo, el farolero, silencioso y ágil, dibuja con el blanco de sus alpargatas en la tierra negra un fugaz revoloteo de palomas.

¡Qué envidia, qué tristeza nos da el no poder sembrar estrellas de una manera tan fácil: una escala y un fósforo!

¿Quién de nosotros en la fantasía de ese destino no se duerme y sueña correteando en un mundo de estrellas chiquititas?

Seguimos la suave carrera de Anselmo: nuestras manos se anudan en la escala apoyada en la pared y hacemos a manera de sujetar la escala para que Anselmo no se caiga.

Y Anselmo trepa y, arriba, se vuelve: hecho el milagro de su magia baja de frente a nosotros, una sola mano resbalando leve por el lado derecho de la escala, el cuerpo casi recto y, como si fueran sabias las puntas de los pies, los talones tabletean rápidos y seguros al bajar los peldaños flexibles.

Y nuevamente, incansablemente, felinamente Anselmo trepa escala arriba, enciende el fósforo y juguetea rápido sobre la mecha; sopla el tubo y el gran chonchón a parafina, desde el alero de las casas, se adueña de la calle: las sombras negras galopan un momento, se diluyen y quedan haciendo musarañas en las puertas, en las brasas de los cigarrillos, en las voces y en los ladridos, y en toda la tierra.

Las sombras hacen musarañas, pero Anselmo sigue, ágil y sin ruido, y se esfuma en la calle profunda: una cruz en fuga que ora se abate en la tierra ora se trepa por las murallas y en un momento se nimba de una radiación lejana.

El mundo, todo el mundo sería a modo de un hoyo inmenso: los hombres, Lucía y mi buena madre, mi piadosa abuelita, mi perro, don Vittorio, don Miguelito, Ño Flojera, el General y su caballo de palo y hasta el mismo cochero del victoria, con su tarro de unto brillante y su librea con macizos botones de oro; y el Presidente, y el Rey y la Princesa; los gigantes y los enanos; todos, todos en el hoyo inmenso y negro serían unos ratones largos, feos, tontos si Anselmo, con sus alpagatas blancas, no hiciera revoloteos de paloma en la tierra ciega; si Anselmo no gateara en las murallas y sembrara estrellas.

En los días de lluvia la calle entera se mete en la cocina.

El viento guapea ronco y desafía al viento.

Invitado por mi buena madre Anselmo, hecho un trapo mojado, presuroso, sin dejar de mover los pies convertidos en unas enormes pezuñas de barro, bebe a sorbos rápidos un gran jarro de café humeante.

—¡Quédate, Anselmo! —suplico, mientras a pesar de lo feo que me dice mi buena madre trepo y bajo, y vuelvo a trepar por la escala maravillosa del farolero.

—Hay que ir nomás —explica Anselmo.

Y recalca:

—Y ahora más que nunca.

Patalea mi vocación en la cocina:

—¡Es bonito ser farolero! ¡Que me gusta!

—¡¡HIJUNA!!

—¡¡LINDO SER FAROLERO!!

—¡¡¡HIJUNA!!!

Interviene Anselmo, conciliador:

—No le haga caso, misiá Rosario. Oye, Juan de Dios, es un trabajo muy cansao. Uno llega rendío. Na más que a dormir como una piedra.

—¡Quién iba a dormir, Anselmo!

Se bebe el café dando brinquitos, y sale: un trapo mojado que chorrea.

La liviana escala al hombro, trotando las enormes pezuñas de barro. Y el aguacero hace cabriolas en las tejas, y la noche negra nos tapa los ojos.

En el luto de la noche los faroles son como una camelia roja media helada.

Llueve.

En la cocina, mi buena madre reza y me hace rezar largamente «por las benditas ánimas del purgatorio», «por los marinos que navegan en la mar», «por las mujeres perdidas» y «por los presos que están encerraos».

Mi buena madre reza con voz entera y da la impresión de hablar mano a mano con Dios, confiadamente.

Un lamento se arrastra en la noche:

—¡Alerta! ¡Centinela! ¡Alertaa!

—¡Alertaa estoy!

—La mar es pura agua —se interrumpe mi madre, explicando—, y no tiene principio ni fin.

—Y los marinos, ¿son del agua?

—¡Hijuna! Padre nuestro que estás en los cielos. Andan en buques grandes como esta casa. Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Tienen una guata muy grande los buques, Hijuna, y los marinos van aentro sin mojarse. Todopoderoso, Criador del Cielo y de la Tierra. Las ánimas no hacen mal a nadie, pero cuando están en penas vienen a penar. Ahora y en la hora de nuestra muerte. Las mujeres perdidas es por la pura pobreza, Hijuna. Alabado sea el Santísimo Sacramento. Los presos están encerraos, es por la pura pobreza, Hijuna. Dios te salve, Reina y Madre. Están encerrads en las cárceles, en la Penitenciaría, en calabozos, muchos, muchos.

–¡Alerta, centinela! ¡Alerta!

–¡Alerta estoy!

–De tu vientre, Jesús. Para que no se salgan hay gendarmes. También están presos los gendarmes, también son pobres. Segundo Misterio Doloroso: los azotes que sufre Nuestro Señor atado a la columna.

–¡Tontos! ¡Yo me arrancaba con los presos!

–Creo en Dios Padre. ¿Y tus hijos, Hijuna? Los gendarmes tienen hijos. Les pagan. Viven de eso.

–¡Alerta!

–Amén. Kirie eleison. Christe eleison.

Después del rosario, mi buena madre me cuenta historias truculentas.

–Hijuna, hace tiempo que no fusilan.

Me entretengo en mirar en la crucecita del rosario de hueso blanco que cuelga del brazo de mi buena madre un vidriecito lindo donde en campo esmeralda se ve la burrita con la Virgen María y el Niño Dios.

–Fusilar es matar a otro entre muchos, Hijuna. Y por eso todos dicen que, bueno, al último, a Pancho Zúñiga lo mataron con todas las de la Ley. Tú no sabes lo que es la Ley, ni nadie lo sabe. Pero hay que creer, y creer no cuesta nada. Los tontos no creen. ¿Sabes tú por qué mataron a Pancho Zúñiga? Por esto: el viejo le estaba pegando a la vieja. Igual que las peleas que se ven en el conventillo. Pancho los quería a los dos: a la vieja y al viejo. Pero le dio mala rabia el demonio y Pancho agarró un hacha brava para cortar espinos, y largó un hachazo. Y mató a la vieja sin querer. Enfurecido, mató también al viejo pícaro y lo cortó en pedazos.

–¡Alerta!

–Después que mataron a Pancho, ¡le sacaron versos y lo dejaron como angelito! Porque Pancho Zúñiga, fíjate: ¡pidió que lo mataran arrebozado en la bandera chilena! Pero la Ley, Hijuna, no permite eso por ser una honra en demasía morir así. El pobre no pudo cumplir su último deseo.

–Hijuna: lo amarraron al banquillo y le taparon los ojos, pero Pancho Zúñiga rogó que lo dejaran mirar. Pa ver la cara de la vieja muerte, dijo. Y como en esto la Ley no dice nada le fue permitida la gracia: Pancho miró al oficial, a los gendarmes, al cura con unos ojos muy abiertos. Pero parece que no vio la cara de la vieja muerte... No dijo nada. Por eso le sacaron estos versos:

Pancho Zúñiga, en silencio,  
murió como un hombre honrao  
¡Por defender a su madre  
que Dios lo haya perdonao!

Mi buena madre levanta un poco la voz y recita:

Pidió la bandera e Chile  
pa morir santifícao.  
La Ley le negó esa gracia,  
¡que Dios los haya perdonao!

En el banquillo pedía  
que le quitaran el trapo.

Mi buena madre mira el techo negro de la cocina y entorna los ojos:

Quedó mirando pal cielo,  
¡que Dios lo haya perdonao!

Y ahora la voz se hace ronca y dura, y con los puños cerrados mi madre abarca el mundo en un movimiento de apretar en sus brazos la maldad y el dolor de la tierra:

¡En todas partes el pobre  
muere como el pobre Pancho!

Pero de golpe la voz se hace humilde y esperanzada:

¡Por defender a su madre,  
que Dios lo haya perdonao!

—Y esto no es na —agrega, ingenua y sentenciosa—. Lo grande es que Dios se enojó con los que no perdonaron a Pancho Zúñiga: la mujer del juez que condenó a Pancho se fue con otro, y el juez se mató. Uno de los gendarmes se negó a tomar parte en el pelotón y lo echaron, pero después se lo encontró en un entierro. El gendarme que se ofreció como voluntario al poquito tiempo se volvió loco y comenzó a disparar su carabina: casi mata al alcaide, que desde entonces quedó con una pierna recogía. Así es Dios, Hijuna. Habla claro cuando habla, pero se demora. Y esto es tan cierto que ¡hasta don Miguelito lo dice!

Poco a poco las brasas encanecen: en la blanca ceniza del brasero familiar, a trechos y en el fondo, algunas brasitas bermejean como heridas frescas.

La noche larga se inmoviliza en el ron-ron de la lluvia tenaz.

Mi buena madre, recogida en el tibio bienestar de su vida sencilla, hace a ratos una figura venerable.

Su ancha mano sufrida se aliviana en mis cabellos, hundida mi cabeza en su falda ahuecada, en nido.

Mi perro gime dolorosamente, y hace movimientos torpes y angustiados mientras duerme echado en un rincón. Intento despertarlo, pero mi madre me advierte:

—No, Hijuna. Que despierte solo. Es una pesadilla, y un caballero se murió de impresión cuando lo despertaron. Y al Ñato le puede pasar lo mismo. El Ñato está muy gordo, y las personas gordas sufren del corazón. Es mejor no despertarlo. ¿Sabes, Hijuna? Los perros que uno cría deben estar siempre gordos, más gordos que las personas en todo caso.

Con las tenazas remueve las cenizas y refulgen por todas partes unos alegres ojitos rojos, como de diablitos traviosos y buenos.

—¿Ves? No hay como el buen carbón: el espino se quema con corazón y todo, y asimismo debía ser la gente: arder toda la vida hasta consumirse los huesos en bien de los demás.

Con movimientos tranquilos mi buena madre prepara el mate: con la bombilla maquinalmente da cuatro toques

en la boca del mate, en cruz. Lo hace sin fe, con un movimiento reflejo. La miro a los ojos, burlándola.

—No te rías, Hijuna —dice con bondad—. De grande vas a ver muchas cosas tontas, y si te vas a reír, ¡te embromas! Yo no digo que vayas a ser un pasmao, pero ¡mira! La gente inteligente no se ríe de los tontos. Los tontos tienen mucho poder.

Llevamos el brasero al comedor y, en el secador de mimbre deshumedecemos las ropas de cama.

—La manta, Hijuna.

¡Mi manta! De color crudo, hilada en el huso por alguna buena vieja insomne; yo sé que mi manta, deshilachada ya, es mía.

Para silenciarme, para que no importune, me han dicho cuando pequeño:

—De París venías envuelto en una manta. ¡Diablo de chiquillo! Podías haber venido sosegado, pero te caíste al cequíon y, si no es por la manta... Eras muy bonito y por eso te sacamos.

—¡Mentira! ¡Mentira! Los niños nacen —afirmo—. Nacen en el conventillo.

Sí. ¡En el conventillo es mucho nacer!

Tantas veces que han corrido mujeres a mi casa:

—Señora Rosario, ¡la Fulana!

—¡Pero hasta cuándo!

Y mi buena madre da lo que puede, pero bajo una condición:

—¡Que nunca más!

Los niños no pueden nacer en otra parte: tiene que ser en el conventillo.

Además yo lo he sabido por Juanita, la hija del mayordomo: muy linda y muy niña.

Una tarde se la ve en la calle con un atadito en brazos; con un atadito que llora.

—¡Dámelo, Juanita!

—No se puede, Juan de Dios. Es hijo mío.

Miro el atadito, y es una muñeca que mueve los ojos y las manos. Y que llora con lágrimas.

—¡Dámelo, Juanita!

Pero Juanita se aleja con su muñeca en brazos. Juanita va llorando de una manera rara: alta la cabeza, uno ve sus lágrimas; pero no ve su tristeza, porque Juanita sonrío gozosamente. Se aleja con su atadito sola, sola con su atadito. Sonriendo.

## VII

A eso de la oración la gente se encamina hacia el Matadero.

Hombres descalzos, mujeres desgñadas, chiquillos sucios, perros y también hombres bien vestidos y señoras.

Vamos jugando con el piso de mi buena madre mi perro y yo: un rato lo lleva él y otro rato yo. Y nos lo peleamos.

–Hijuna, ¡bueno va a quedar el piso!

Se marcha en tropel y hay quienes azotan el aire con el colorín de las alfombras, pero no consiguen librarse de la tierra hecha polvo que nos rodea en nubes.

Algunas personas llevan sillas de Viena al hombro, y las cuatro patas de palo negro parecen, en el vaivén del caminar, cuatro palos vivos que se entretuvieran en golpear tantas y tantas cabezas resignadas, tantas y tantas cabezas enclavadas por la voluntad de Dios en la picota de los hombros.

Se entra al Matadero por la ancha puerta roja, abierta como un ojo negro en la noche, como un ojo negro que mirara por el tubo oscuro de la calle Chiloé, por encima de las luces lejanas hacia el confín del norte.

Las misiones movilizan a toda la gente, y en la noche, apiñada en el Matadero, la muchedumbre sudorosa y eructante es algo así como la fantasmagoría de la muchedumbre que a pleno sol regatea las piltrafas en las propias manos del jifero.

Al fondo del patio hay un recorte de barandillas y, dentro, un espacio entablado. También un altar radiante y también un púlpito sombrío.

(Pocos pueden entrar a la parte entablada, que a más de ser muy cómoda es un hervidero de pulgas. Las mujeres se rascan con fruición.)

Los demás nos arraigamos a las piedras del enorme patio.

Por sobre el run-run de las conversaciones ahogadas un bramido pone una nota de pavor en las almas medrosas: alguna vez una vaca irrumpe como un animal poseído por entre la muchedumbre apiñada: gritos, herejías y desmayos. ¡Tiene que ver mucho el Diabolo en eso!

Los buenos padres misioneros –creación de don Miguelito– se ponen una cosa blanca en el pecho, colgante, en forma de cruz; se encaraman en el púlpito y extendiendo los brazos en un gesto fraterno nos dicen a todos, a mi perro también indudablemente:

–¡Hermanos míos!

–Hijuna, ¡el perro!

El Ñato gruñe bronco: no se mira bien con el perro negro y está dominado por la censurable inclinación de iniciar las peloterías: iniciadas éstas, cuando los hombres toman la parte que les corresponde y azuzan frenéticos, se aparta tranquilamente y –mala entraña la del Ñato– deja a los demás perros que se destripen tonta, heroica, patrióticamente.

Ahora para domeñar sus ímpetus belicosos yo me siento en mi perro, cerca de la cola. Y sin preocupaciones ya, atiendo:

–¡Hermanos míos!

Es una voz acariciante, pegajosa, a veces ceceada, pero muy agradable.

Con gestos amplios y con palabras macizas el sacerdote nos dibuja el Cielo y la Corte Celestial.

El buen Dios, como un gran abuelo –¡qué blanca y crecida es la barba de Dios!–, está sentado en su trono.

(Un trono es un piso bien grande y bien ancho con cosas de oro. Siempre lo lindo tiene color de oro. ¿Dios será de oro? ¡Tiene que ser de oro!)

–¡Hermanos míos!

El sacerdote predica, inspirado.

Nos cuenta cosas del Cielo y del Infierno, de San Pedro y del Juicio Final. Y todo lo cuenta con tan asombrosa seguridad que parece que el santo sacerdote viene llegando de todas esas partes.

En el Cielo la vida es un suave cántico sostenido eternamente: con trompetas de oro, en notas de oro, en el Cielo todo plata y oro –¡todo es plata y oro por todas partes!– se alaba al Señor.

No todos pueden entrar al Cielo tan fácilmente como a un circo. La entrada no se paga en dineros, se paga en obras de piedad a través de toda una efímera vida terrena. Una buena manera de realizar obras de piedad es dar limosnas.

(–¿Quiénes puede dar limosnas, Juan de Dios? Tú, pues, que tienes un diez en el bolsillo –me tranquilizo y sonrío en la noche.)

Pero he aquí que el cielo tiene puertas invulnerables y grandes cerraduras. Y las enormes llaves las tiene San Pedro, vigilante, omnímodo. ¿Cómo burlarlo?

¡Ay! Pierdo, desde luego, toda esperanza de entenderme con el hombre de las llaves: el mal hombre no dejaría pasar a mi perro. Acaricio el diez entre mis dedos y rasco suavemente con él el lomo del Ñato.

—Será pa helados, entonces —me digo con pena.

El Juicio Final entusiasma al misionero, y amplía los gestos de una descripción fastuosa: la Corte Celestial entera se asomará a la Fiesta.

Resonará la trompeta del Juicio y la tierra se maravillará florida de calaveras. Los esqueletos danzarán en busca de su ser primitivo. La vieja María encontrará la frutilla de su nariz, doña Filomena sus nalgas exuberantes.

Y los que bien se amaron en el mundo se buscarán en la multitud gozosa, y se reconocerán:

—¡Tramposo! ¡Sacramento! —gritará al Cristo don Vittorio—. ¡Revoluzione!

—Enrique, vos que soi tan callao: la alegría es cosa del vientre —volverá a decir el General.

—¡Hijuna! ¡Hijuna! —ha de clamar mi buena madre.

Y yo he de saltar, he de saltar gritando con un grito de todos mis huesos:

—¡Ñato! ¡Ñato! ¡Ñato!

Bruscamente, cuando la muchedumbre absorta vaga en lo diáfano, el misionero acorta y acelera los gestos; saca desde el fondo del púlpito una voz ronca y rencorosa, y nos estremece en pánico: yo veo saltar en chispas las piedras de los corralones del Matadero:

—Y los malos, ¡réprobos!, al Infierno. ¡A penar para siempre!

Llamas y diablos, azufre y plomo hirviente.

Arde todo: la pobre gente arde en largas llamas crepitan-tes y gesticulantes, tal que un árbol ardido al viento, fruslería del viento. Arriba el cielo de hace un momento, de plata y de oro, arde ahora en rojo de infierno.

Mi buena madre, una sola llama desesperada, silbante.

Todo mi perro, y mis dedos, y mis ojos, y mis pantalones, una sola llama ardiente e inacabable por los siglos de los siglos.

Y Lucía, ¡también Lucía es una sola llama!

¡Su blanco delantal y sus grandes ojos verdes, una sola llama enloquecida!

(Decididamente Dios no los sabe: Lucía es demasiado linda. Yo seré bueno: dejaré de comprar helados, y hace un sonido alegre en el plato limosnero mi diececito de plata.)

Pero el sacerdote no perdona a nadie. Desde el púlpito es un camisón blanco e implacable: el rostro magro se hace cruel como una máscara de mala bruja.

Y se extiende un gran ruido sordo y terrible: golpes y golpes en los pechos huecos, y la desesperación en una sola palabra:

—¡Misericordia! ¡Misericordia!

Agotado, el misionero se va apoyando en los gestos y en la voz dificultosamente, apagándose, y la pesadilla terrible se apaga también: sombras, mugir de animales acostados ya con la muerte, y olor a bostas frescas.

Se esfuma el Cielo y se esfuma el Infierno.

El buen Dios se pierde en las nubes, y es como una nube chiquitita la lengua barba blanca; y el señor Diablo, rojo y

coludo, se hunde en las entrañas de la tierra como un palito de fósforo que se extingue.

Concluye el rosario en un ruido apresurado de una sola nota incolora, como de cansancio. Y la gente sale a la calle en piño y se ahora en la tierra suelta, removida en nubes.

Los hombres entran a las cantinas, y en las casas alegres resuena el arpa, y las castañuelas traquetean una carcajada alegremente como si fueran pájaros.

Mi buena madre hace el regreso en compañía de la flaca señora Mercedes, la mujer de don Pedro.

Lucía lleva a Perucho de la mano y me toma de la mano; pero me enrabia un no sé qué y me voy con mi perro.

—¡Que yo también sé andar, Lucía! —digo con énfasis, dándole un fuerte tirón.

Lucía me persigue con sus endiablados ojos verdes que alegran la noche, y canta en la sombra un presagio:

—¡Mal genio! ¡Yo te limaré!

La flaca señora Mercedes habla para todo el mundo:

—¡Qué sermón, señora Rosario!

—Pero muy pintao, si usted me cree. Demasiado pintao, Mercedita.

—Yo me vi en el Cielo, a la diestra.

—No se apure. La diestra es como esta calle: estira, estira, Mercedita. Y puede llegar hasta la mar, y puede dar la vuelta. Lo que le digo: demasiado pintao. ¿Y los negocios?

—Así, así. Bien cansada.

—¡Hijuna! ¡El piso, Hijuna! ¡Bueno va a quedar el piso!

## VIII

La apertura de la tal escuela dio mucho que hablar en nuestro barrio, y la cosa se resolvió después de un proceso laborioso.

En el propio terreno de la escuela fueron hechas unas excavaciones anchas y profundas, y de ahí se extrajo el material. Resultó una casona de frente de cal y ladrillo, y de corredores bajos en rectángulo que defienden a las salas sombrías de tabiques de los manotazos de la lluvia, pero que al mismo tiempo no dejan pasar el sol.

Al fondo el segundo patio finaliza en la fosa común de las excavaciones.

Las aguas lluvias han formado un remedo de laguna del Parque Cousiño.

En la laguna del Parque los domingos los caballeros y las señoritas, haciéndose los asustados, gritan y se abrazan mientras el bote se mece de lado a lado. Pero nuestra laguna es mucho más estrecha y profunda. Una lama verdinegra cubre la superficie del agua pútrida.

Los sapos —unos sapos grandes, atigrados, con cuatro ojos fascinantes (dos de ellos en el lomo)— se solazan en el tibio lienzo de las piedras lisas, en los días de sol. En la noche, desde el atardecer, están de jarana y atruenan: hacen un solo ruido agudo en partes, como un jadeo.

Las piedras que lanzamos sin fuerza con la gravedad de su peso parecen detenerse, enredarse en la lama, y ésta se abre en hilachas. Como en las norias hundidas en lo profundo, desde las entrañas de la tierra sube a la superficie un ruido sordo, agorero.

Perucho nos mira en desafío y dice:

—¡Bah! Yo soy capaz de atravesarlo, pero ¡pa ensuciarme!

El Cabro, rechoncho y cruel —siempre anda matando pajaritos con su honda larga, siempre persigue a las lindas lagartijas en las viejas tapias—, burla:

—La pana se vende en el Matadero.

Perucho se estremece al insulto, y de dos manotazos aparece desnudo, y de un salto rabioso se lanza de cabeza al inmenso hoyo en gelatina.

No podemos gritar.

El Cabro, el niño cruel, se pone lacio y queda con la boca y con los ojos muy abiertos; pero al instante, como si un resorte empujara su cuerpo rechoncho y firme, se tira a lo profundo, y rasga el aire y el agua con un alarido:

—¡Perucho! ¡Perucho!

Al otro extremo se levanta un monstruo: unas babas verdes y largas como cochayuyo penden de la cabeza triunfante de Perucho, y rápido, casi a flor de las lamas, el Cabro nada enérgicamente hacia él.

En nuestra alegría bullente gritamos, reímos, saltamos y apedreamos el pozo profundo, locamente, victoriosamente, hasta cortar las lamas y despejar el agua turbia.

Nadie confiesa que fue casi estrangulado por el miedo, por el terror de ver por la primera vez una cosa a punto de morir.

Cesáreo, el Maucho, compañero de vivienda del Cabro –los hemos invitado a ver la escuela–, comenta con su voz cantada:

–¡Si los pesca el Cuero!

El Cuero, hipócrita y terrible, se habría tragado a los dos.

–Una vez en San Carlos...

Sí. El Cuero es capaz de tragarse a un buey.

Porque el Cuero es un animal que no es un animal. No tiene forma y nadie sabe lo que es.

Está en todas partes, en los remansos, en los raudales, y por eso...

–Para librarse del peligro del Cuero –asegura Cesáreo–, antes de tirarse al agua hay que hacerse una cruz en la guata.

Frente de cal y ladrillo, y fondo de fosa común: esa fue la escuela que asesinó la alegría de nuestro barrio.

La población entera fue apiñada en el rectángulo del primer patio, y los hombres, las mujeres y los chiquillos se fueron apartando por el color de los vestidos hasta quedar divididos y señalados los del uno y del otro lado del cequíon, en dos clases.

Unos caballeros gordos y unas damas vejanconas y severas se atreven en el victoria tambaleante con los hoyos y las piedras, y las basuras de nuestra calle huraña. Y los tres o cuatro landós soberbios hacen una fila barnizada en la que se destacan los cocheros omnipotentes e inmóviles, con fachenda de dioses.

La escuela es el galardón triunfal de un señor muy encopetado que, según pregón de quienes le admiran, es muy gallo.

—¡Su Señoría representa a los negreros del pueblo! —dicen que ha gritado a otro señor más encopetado que él.

—¡Y su señoría es un analfabeto!

—¡El Honorable Colega es un ladrón, señor Presidente!

Se insultan aquellos encopetados señores de esta manera tan ferozmente cordial, y mi calle brama de entusiasmo. Y se abofetean de lo lindo.

Sólo que entre la placidez de un insulto y la delicada benevolencia de una afrenta los encopetados señores amasan entre todos, con manos unánimes, la Ley.

A mí me parece un hombre grandote.

Ahí está.

Parado en unos cajones con alfombras, en una alta tarima, él mismo nos lo cuenta: la escuela es inspiración de él.

—¡Hijo soy del pueblo! —retumba su voz.

Verdaderamente grita demasiado para ser tan poca cosa.

—He luchado sin cansarme durante mucho tiempo para conseguir esta escuela. De ahora en adelante esta escuela estará al servicio de los hijos del pueblo, como yo.

Aplausos cerrados.

—De ahora en adelante estas murallas —feas las murallas sin reboque— encerrarán la luz, ¡irradiarán la luz!

Aplausos cerrados.

Eso es lo malo, me sopla Enrique. Yo recuerdo bien que el hombre grande dijo «selváticos».

Y sigue y sigue perorando el caballero grandote: a veces casi nos amedrenta: parece tener poderosos motivos para

gritar sumamente enojado, y nosotros no le hemos hecho nada. Cuando termina su perorata el hombre lo hace en profeta:

—¡Se acerca la redención del pueblo!

Aplausos. Aclamaciones. Vivas. Los más que aplauden son los obreros aburguesadotes de nuestro lado.

Los cuadrinos, estupefactos, abren la boca devotamente.

Los fabricanos se confían unos a otros:

—¡No hay quien pegue con el gallo!

Las señoras vejanconas y severas nos miran con cierto interés bondadoso, y al sonreír nos pelan los dientes en rictus. (Mi Ñato, naturalmente, lo hace mucho mejor: se ríe francamente, con toda la boca.)

Después sube a los cajones un viejito muy malo, me digo, a pesar de lo que ha dicho Enrique.

El viejito sigue insinuando con su voz amable unas cosas de la civilización, del jabón y del agua.

Después se vuelve un poco, pone el dedo en la estrella de la bandera que a su espalda hace de telón de fondo, toma aliento y perora:

—¡La Estrella de Chile es nuestro norte!

La última frase del viejito tan mono, vestidito de negro con una gran cadena amarilla en el chaleco, es de un efecto colosal.

Los obreros aburguesadores y los cuadrinos metidos en su mezclilla azul desteñida a trechos, y los chiquillos y las señoras y los señores palmotean entusiastas, puestos todos de pie.

El viejito se desconcierta y, en su sonrisa afectuosa y tímida, parece querer significarnos que él no tiene la culpa de aquel alboroto.

Por último, confundido nos hace una venia muy cortés, saca el hermoso reloj amarillo como para mostrarlo y baja de los cajones alfombrados.

El caballero formidable que habló primero abraza con un abrazo forzado al lindo viejito, y el pobre desaparece entre aquellas aspas enormes. Sofocado entrega sus manos a todo el mundo, y todo el mundo se las estruja.

—Es raro, Hijuna —murmura mi buena madre—: no ha llegado don Miguelito.

Pero en ese momento aparece don Miguelito, alto, como en relieve su rostro afable por sobre la tristeza de su manto negro.

—Al fin ha muerto la pobre vieja Mágina —predice a sus vecinos la flaca señora Mercedes—. Don Miguelito —explica— ha estado dos días ayudándola a bien morir. ¡Tan abandonada la pobre!

La Mágina era una vieja loca. Recogía huesos en los basurales. Y en las calles recogía caca blanca de perro para las curtiembres. No vivía en ninguna parte. ¿En qué rincón habrá muerto?

Don Miguelito, alzada la diestra, parece bendecirnos.

Se hace un grave silencio mientras don Miguelito avanza hacia los personajes que de pie rinden homenaje al sacerdote.

Pienso pedirle una medallita.

Después un futrecito pálido con una ropa negra muy escobillada, con los zapatos muy lustrados —los pantalones le quedan un poco cortos—, hace hablar el violín. Toca una y otra vez. Música de violín quiere la gente, y música toca, arrancada a sollozos, en trinos, en carcajadas, desde el fondo

de ese aparatito insignificante, rojo, de largo cuello y de cabecita pequeñita; pálida la mano ligera en las cuerdas; pálida y mórbida la mano segura en el arco, y mucho más pálido y sosegado el rostro del futrecito metido en su ropita negra, los pantalones un poco cortos, los zapatos muy lustrados.

—Es un artista —musita Lucía.

Tan blanca ella y tan *lejos* que la vemos al lado nuestro.

Las damas nos reparten golosinas, nos preguntan nuestros nombres y la edad, y nos aconsejan que nos limpiemos eso (los mocos).

—¡Pero con las mangas no, no!

Todo lo hacen con una sonrisa fruncida, como haciendo fuerza.

Salimos a la calle: a la tierra, a las piedras, a la basura. Nos deslumbra el sol.

El sol y el cielo dilatan el mundo en una claridad abierta hasta lo más lejano: se ve el verdor de los altos álamos al fondo por sobre la Penitenciaría, muy lejos. Y desde allá se extiende hacia nosotros —como llamándonos, como diciéndonos cosas de aventuras de viajes, de correr y correr por el mundo— el humito blanco de una locomotora.

Parten los victorias, silenciosos en sus ruedas de goma, tambaleantes en los hoyos, y mientras las mujeres agitan sus grandes pañuelos a cuadros y las damas unos pañuelitos pequeñitos y albos en una despedida cordial, la palomilla se encarama a la parte trasera de los victorias: las piernas desnudas juguetean entre la barra negra y la tierra suelta; al volver

la esquina por San Ignacio hacia el norte, hacia el centro, el cochero –¡tan elegante en su librea de dueño del mundo!– hace restallar la huasca en un largo azote hacia atrás, a las piernas y los brazos y los ojos de los muchachos felices.

–¡Huasca atrás! –gritamos en advertencia fraterna.

Ante la amenaza, ágiles, los chiquillos se van dejando caer de uno en uno como grandes hojas aventadas.

Saltamos en la tierra caliente y en un solo grito insultamos al cochero impasible y grande:

–¡Saliste feo!

Tambalea en vaivén de volcamiento el suave coche de ruedas de goma: se hunde en los hoyos, se levanta en las piedras sin ruido, como navegando.

Perdidas en los cojines, las damas severas y vejanconas han desaparecido; sedas y puntas de zapatos relumbrosos es lo que vemos en el fondo del coche al pasar en carrera dando al aire los harapos de la chaqueta y de la camisa flameantes, tal que banderas cosidas a nuestros cuerpos flacuchos.

–¡Hijo soy del pueblo! –ronquea en el interior el vozerón del caballero que trajinó eso de la escuela.

Pero estamos en guerra. Ofendidos y belicosos arreciamos, provocando, tocando los caballos casi, mostrando la lengua al cochero en un gesto de burla; echándonos a tierra en movimientos felinos, esquivando el largo azote que de vez en vez el cochero –¡tan elegante en su librea de rey!– nos larga hacia los lados con rabia ahora, perdido ya todo su prestigio.

–¡Saliste feo! ¡Saliste feo!

Vuelve a restallar la huasca, brava y silbante como un insulto. Salta la tierra y un papel mugriento partido en dos

sube en el aire, aletea indeciso y se posa en la punta de un zapato lustroso que lo rechaza, y cae entre las ruedas el pape-lito sucio, aleteando.

Como un insulto la huasca se estira hacia nosotros, y nuestro insulto silbante y bravo como una huasca desde la tierra caliente se agarra a las ruedas, trepa por las botas del cochero magnífico, patalea en sus botones de oro, se encara-ma en su colero y lo envuelve, y lo veja y lo desprecia:

—¡Saliste feoo, saliste feoo! ¡¡Babosoo!!

Tierra, quiltros y palomilla: el barrio entero persigue a los coches flamantes.

En la calle Victoria, frente a la puerta principal del Par-que, abandonamos la persecución, despidiendo a los coche-ros con *tamañas*, coreando:

—¡Sa-lis-te-fe-oo! ¡Sa-lis-te-fe-oo!

Curioseamos frente a la puerta del palacio MacClure y al fondo, en una alta escalinata, se nos aparece decorativa como una figura de marmol una empleada joven restregan-do el mármol blanco.

Hacemos el regreso por el interior del Parque. Nos po-nemos de acuerdo para dar una vuelta a la elipse. El Tonto de la Hallulla, orgullo de los corredores de fondo, está en-trenándose; se le divisa en nuestra dirección, a dos cuadas, enfrentando los jardines. Nos ponemos al trote, las manos al pecho, los puños cerrados, livianos en la punta de los pies. «Si quiere pasarnos lo atajamos», grita uno. Y en grupos —los chicos delante— corremos sujetando el aliento y cuidando de no cansarnos hasta la fatiga para no cortarnos. Al oblicuar, «enfrentando la puerta que da al Club Hípico, el Tonto de la

Hallulla nos alcanza y lleva trazas de querer irse sin nosotros, pero lo rodeamos obstaculizándolo.

El corredor sonríe con todos sus músculos morenos y acorta su trote elástico; entonces, seguros de que no se nos irá, alargamos el trote lo más que podemos y así damos la vuelta, orgullosos. Frente a los jardines dejamos libre el paso al campeón, y éste, haciéndonos señas con su pañuelo, se aleja con redoblado brío.

Paso a paso esquinamos hacia la puerta de la avenida Viel con Tupper. Descansados, salimos al solar de la calle Concepción con San Ignacio. El Cabro comenta:

—Nos pasamos de gente. ¡Pudimos haberle volado el tarro!

Vivamente arde la epidermis y siente el escozor de los huascazos como si fuera flagelada en ese mismo instante. Llama el odio, amarillea la vergüenza.

—¡Nos pasamos de gente! —reconocemos con pesar.

(Todos los cocheros del mundo son en estos momentos para nosotros un solo cochero de mugre.)

Nerviosamente inventamos el hacernos justicia, y buscamos en el solar un tarro parafinero comido por el moho, y con un palo hacemos un espantajo que nos ha de servir de blanco.

Colocamos la personificación del cochero a cincuenta pasos, bien asegurado el palo que hace de cuerpo, y a piedras rencorosamente hacemos una carnicería espantosa con el cochero de mugre.

Suena hueco el tarro a cada pedrada, y queda estremeciéndose, implorante.

—¡Graneao, niños! —imita Perucho al General.

Nos acercamos, y con saña hundimos el tarro inerte y ronco: una y mil pedradas descargamos en la lata mohosa.

—¡Pa que aprenda! —gritamos implacables.

Y ya cansados ahí dejamos al cochero —¡tan elegante!— hundido en la boñiga, aplastado y muerto para siempre.

El ajusticiamiento hecho en el solar, con el beneplácito y la complicidad de todos, selló la paz entre la palomilla.

Perucho y Cesáreo, capitanes de tropas irreductibles, dan la voz de orden:

—¡Son leseras pelear por puro gusto!

Y todos decimos:

—¡Son leseras!

Ya se podría ir y venir por toda la calle. Ya no tendríamos que esperar a Anselmo en la orilla de acá del cequión. Y ya el cuadrinaje no tendría para qué quedarse con la boca abierta envidiándonos cuando en triunfo siguiéramos en la penumbra los revoloteos de paloma de las blancas alpargatas del farolero. Iríamos por la calle profunda en alegre trote, sembrando, viendo sembrar, glorificando la siembra: luces, y luces, y luces.

Corre la buena nueva por el barrio y es el Cristo, el temido, el que encabeza el grupo de cuadrinos: vienen un poco alegres ya —el anochecer los pone alegres en la cantina—, y cantan y dan grandes voces amistosas.

El conventillo echa a la calle todo lo que tiene dentro y se forman grupos.

Mi buena madre, sin saber lo que pasa, corajuda, atropella:

—Hijuna, ¡habrase visto! ¡Cada uno pa su casa!

Frente a ella el Cristo, que se ve incomprendido, saca su cuchilla y el fierro afilado hace un relampagueo: toma el ancho cuchillo de la punta e intenta pasarlo, pero el grupo retrocede, pisándose.

Mi buena madre se abre paso e insulta:

—¡Cobarde!

De la mano robusta del temido cuadrino florece un hilo plateado que en curva pasa sobre las cabezas: salta la cuchilla de teja en teja y queda detenida bruscamente, tendida hacia la calle, mostrando su filo, amarrada a las tejas en son de advertencia y de juramento.

Un milagro: Ño Flojera sale disparado de su umbral y, como si fuera un enorme murciélago con los brazos abiertos de par en par, avanza prepotente, arrastrando y confundiendo a los grupos, y los encierra, y los junta, y los apelonata.

—¡Ganaron los chiquillos! —clama—. ¡Y viva la unión de los pobres!

Se dirige al Cristo:

—Y vos. ¡No te conocía!

Los grupos inician una conversación animada, fraternal, de primera vez.

El Cristo y Ño Flojera, ayuntados en los brazos, confianzudos y alegres, se encaminan por el medio de la calle hacia el otro lado del cequión a echar un trago.

(Después he leído, en la épica, rendidos gestos de guerreros románticos: vencida la terrible espada ante la magia de unos

ojos límpidos, ante la inexpugnable inocencia de una niña, el guerrero se inclina en cortesía y ofrece su tremendo corazón en el regio presente de un alfiler precioso: su espada.)

Y ahora somos nosotros, desharrapados y libres, quienes como en la épica hacemos el romance, y es el Cristo, el temido, quien hace el gesto inesperado y conmovido: rendir su cuchilla. Y es Ño Flojera, amargo como el natre, quien borra las diferencias de familia y nivela en una clase sola a toda la pobreza.

Cuando el General vio aumentada la pandilla, y vio a Enrique brincar y echar colores, se bajó del caballo manso como un palo, estiró las piernas tiasas y con un gozo nacido de las entrañas aseguró:

—Tenía que ser así. ¡La escuela tenía que hacerlo!

¿Qué sabía el General? ¿Qué tenía que ver la escuela con nosotros? Nos unimos libremente, libres de todo embrujamiento.

(Fue el tonto del cochero el que nos enlazó con su huasca en un fuerte despertar de nosotros mismos, a golpes de látigo, desde su alta injusticia de dueño del mundo.)

¿O serían las palabras del viejito tan mono, del visitador que habló de las trompetas?

¿Quizás si fue el violín del futrecito pálido?

—Fue el cochero —explica Perucho—. Nos tiró a matar por parejo.

El pobre viejo bondadoso, enfundado en el raído uniforme azul de deshecho, refresca el tosco zapato en el baño verde del pastito nuevo y sonríe largamente.

—Es la escuela, chiquillos.

## IX

Aprovechamos los últimos días de libertad.

Con fácil maestría hacemos vertiginosas carreras guiando unos aros de zunchos sonajeros: el garfio, un alambre rígido terminado en U donde rueda el aro inteligente, es en nuestras manos un *volante* de sensibilidad asombrosa: donde ponemos el ojo por ahí debe y tiene que pasar la rueda.

Uno tras otro a distancia de un metro, disciplinados en un control unánime y honrado, formamos un tren de a cuadra.

La máquina, elegida a la suerte, ensaya un pitazo estridente y despacito, y haciendo chaca-chaca-chaca parte el tren pal sur.

Señales convenidas de antemano regularizan la marcha. Las estaciones: el alto puente del Zanjón de la Aguada por San Ignacio mirando al cuadro viejo, dando frente al Hipódromo –los caballos tienen las patas muy largas y ostentan capas muy bonitas–; el canal San Joaquín; las puertas de trancas, el cruce, la banderita. Hasta Lo Ovalle las estaciones son respetadas en su calidad de primera clase: San Bernardo, Rancagua, Curicó, Talca, Chillán...

La máquina no puede perder, porque si pierde automáticamente y sin réplica pasa pa la cola.

El pesado camino rural, para nosotros maravilloso índice dirigido más allá de todo: de la lucecita en que se juntan los álamos y se ven chiquititos, más allá de los cerros. Lejos, lejos corremos, ¡libres!, haciendo un tren de a cuadra.

Los bueyes nos miran desde los potreros, se vuelven a mirarnos y nos siguen con sus ojos buenos e inmóviles como si fueran los grandes bueyes ganosos de correr, unos niñitos tristes y pensativos condenados a no correr y a estar sentaditos en un piso.

De regreso, después de haber hecho cabriolas en el agua chocolate de los canales en el remanso de un potrero, desnudos bajo el cielo y frente —como gusanillos blanquiscos y morenuchos— a la naturaleza inconmensurable, después de amarrarnos bien los pantalones, nos entregamos en cuerpo y alma a otra fantasía de movimiento, creándonos una locomoción imposible para nosotros: ahora somos como esos jóvenes rubios del Montepío de Piedad de San Miguel Arcángel que, en compañía de otros jóvenes, dependientes de otros Montepíos tal vez, encamisetados en yersis blancos, con boinas azules, corto pantalón y medias gruesas, pedalean en sus bicicletas aceitadas y limpias por los suaves caminos del Parque, ora en competencia veloz ora en tranquila marcha, agrupados de a tres en una línea armoniosa, plácidamente, gloriosamente.

Nuestros aros sonajeros, inteligentes y dóciles en el garfio sensible al impulso de nuestra mano experta, ruedan ceñidos a las huellas anchas y parejas dejadas por las carretas en la tierra fofa; y en grupos de a tres, en una línea, despaciosos, regularizando la marcha los más pequeños y, los de menos aguan-te, regresamos transformados en ciclistas apachorradados.

En el cruce, inmediatamente de bajar el puente en repecho del Zanjón de la Aguada, nos apelotonamos hasta juntarnos todos.

Platicamos con el banderista gordo que tiene una pata de palo.

En la muralla de los polvorines, a la sombra de los cardos y del hinojo de fuerte olor a anís, vamos afirmando cuidadosamente nuestros aros infatigables y relucientes por el enérgico roce de los largos caminos.

Nos adentramos por la línea, hacia abajo, segando y pe-lando pencas con el filo de los roncros runrunes de lata agujereados en cruz.

Pasamos más allá de los muros posteriores de la Penitenciaría; fríos los muros húmedos y foscos, fría y gruesa la sombra que proyectan.

A esa altura ganamos la línea, y al trasponer la curva la línea se hace amplia nuevamente, y vuelve a brillar el sol, y vuelve a ser fascinante la lejanía, abierta para todos los lados del mundo.

Ennegrecidos los labios, áspera la lengua, rasguñadas las piernas y las manos por las espinas rojo-amarillo que se meten en la carne, y que hay que arrancar con un movimiento rápido y seco, hartados de pencas nos volvemos trayendo cada uno un atadito pa llevar pa la casa.

Con ruido espeso, y en un trote pausado de animal muy gordo que resoplara en asfixia, entrechocando su esqueleto de fierro redondo asoma el Abastero, tren de carga que hiede

en acre olor de vacunos que en la proximidad de la última estación, Matadero, presienten el despiadado fin que les espera mañana por la mañana, y mugen en la prisión estrecha y crujiente con un mugido que se prolonga igual en la misma nota opaca de agonía hasta el último carro que, en la curva, simula esconderse en una esperanza desesperanzada de no llegar a término.

Allá en el cruce la banderita blanca hace un movimiento de alas en las manos del banderista gordo con una cara de palo.

Los palanqueros saltan de carro en carro, livianos, y aprietan las palancas en un movimiento circular, rápido y rechinante.

Se extiende un olor a asfalto bullente y el humo pone manchas de yodo en la transparencia de la tarde inmóvil. Los palanqueros —ahora enhiestos, las piernas entreabiertas— parecen ser ellos los que echan el humo, quemándose sin arder, como si fueran grandes cigarros de alquitrán, humeantes.

Agitamos las pencas cenicientas por sobre las cabezas enmarañadas, en gestos de buenaventura.

Rojos pañuelos flamean pegados al cuello de los palanqueros que, engréidos de su oficio y de sus grandes pañuelos rojos, hacen equilibrios inverosímiles remachándose al borde mismo de la techumbre de los carros galopantes y, temerarios, nos hacen saludos grotescos y regocijados.

Un poco antes de enfrentar la banderita blanca el fogonero se trepa a la carbonera y, saltando en el liso carbón reluciente, va tirando a la orilla de la línea gruesos adoquines de carbón de piedra. Metros más allá la locomotora hipea, ronca, y una nubecita de verano se diluye en hilachas de seda.

Atrás, en el techo de la casita, en una cosa como sillón de palo seguro en la altura —sentado, una pierna sobre la otra—, el conductor, el dueño de todo el tren y de toda la línea, pasa ante nosotros y da la impresión de un señor que diera vueltas en un caballito de carrusel: no hay peligro.

Recogemos nuestros aros sonajeros de zunchos flexibles, nos los colgamos del hombro y, en una mano el atadito de pencas y en la otra un macizo carbón de piedra, llegamos alborotando al patio del ranchito del banderista que sentado en una banca al lado de las banderas de señales, roja una, verde la otra, y blanca la que más se usa, tacta con el tacto de su mirada la gruesa pierna de palo terminada en un anillo de cobre.

Rezonga el agua espesa del Zanjón al cabecear en las pilastras del puente: un ternero nonato patas arriba gesticula acusando al cielo; un largo tripal culebrea anudándose entre dos aguas.

El banderista, siempre tactando con el tacto de su mirada la extremidad terminada en un anillo de cobre, nos cuenta la historia de su pata de palo:

—Igual que el 58, su gran amigo (el maquinista que ahora le tira carbón y nunca deja de saludarlo con su manaza negra), él principió de carrilano, desde abajo. Ya de palanquero le gustaba hacer de loro, y conocía en la noche, cuando no se ve otra cosa que el volar de las chispas rojas de la máquina, dónde iban. Lo conocía por el meneo del carro y hasta en el olor. Entre Guindo y Buin, al entrar en la curva refresca el aire, y es como una mano helada y húmeda que nos tratara de limpiar la cara; las chispas de la máquina hacen una lengua

larga desde la misma chimenea hacia el lado de abajo: es el puente del Maipo, cuyo profundo lecho está desde arriba emparedado en cerros, y por eso ahí el viento es como un soplete. Hay puentes traicioneros de arcos muy bajos y que han partío a muchos hombres: él en la noche los sentía, y nunca le pasó nada malo. Lo de su pierna fue la pura fataliá, una pudrición. En vano hizo emplastos con aceite quemao de las ruelas. Y le cortaron la pata, eso es too. En la de no, ¡qué tiempo que sería maquinista, igual que su gran amigo el 58! Y ahora está ahí, remachado a las cadenas del cruce. Ni siquiera un accidente: entre los durmientes su quiltro regalón, un ratonero, a pura uña ha hecho un hueco y de ahí no se mueve, ni se movería aunque pasara por ahí el tren expreso. ¡Es más carrilano el diablo!

Los domingos se alegran, porque viene tanta gente por esta parte: en parejas, en familia, vino y guitarra. Todo el mundo viene a las pencas. Y pasan muchas cosas.

Puntean las guitarras y canta todo el mundo. Las mujeres hacen un jardín con sus percalas de todos colores, y el colorido es una borrachera, y todo también es una borrachera de vino. Las niñas vienen muy almidonadas, pero cuando se van al oscurecer: lalá, lalá.

## X

No fue cosa fácil para nuestros mayores el conseguir domeñarnos: que a unos un pantalón y a otros un par de zapatos, ofertas fueron que no lograron reducirnos.

Y así fue como chicote en mano la gente crecida fue metiendo a sus críos en la escuela hasta desbordarla.

Balamos metidos en el corral, acorralados en la estrecha escuela: nos ahogamos en sollozos y moqueamos de lo lindo. Pero después de todo nos salvamos por algún tiempo más.

Un hombre negro, grueso, mugriento, con una cabeza que es una bola negra, nos mira con ojos feos:

—¿Tu nombre?

El chiquillo friolero —¡sin correr en toda la mañana!— contesta:

—Perucho.

El hombre feo respinga:

—¡Tu nombre!

—¡Perucho, no le digo!

Interviene el padre, el gordo don Pedro, y con su amabilidad acostumbrada a ofrecer chanco a la chilena explica embrolladamente:

—Se llama Pedro, como yo —y sonrío satisfecho—. Su nombre de pila es Pedro Segundo Miguel. Mire usted: lo bautizó

don Miguelito. Y usted no creerá: yo estaba agonizando. Todos los años me da el mal en Cuasimodo. Él no sabe decir las cosas y cree que se llama Perucho a secas. La buena de mi mujer le dice Perucho desde que estaba en pañales, y todos le decimos Perucho en la casa y Perucho le dicen en la calle. Y en la calle ha crecido tan lozano como usted lo ve. ¡Qué quiere usted! Aquí se vive en la calle. Por eso dice que se llama Perucho. En verdad se llama Pedro Segundo Miguel Cuasimodo. Y no crea usted que el chiquillo es tonto.

Apoyado en el libro abierto en grandes hojas amarillas, rayadas verticalmente en rojo y a lo largo en azul, el hombre feo impacienta:

—El apellido.

—Mi buen señor, ¿usted es el director?

—Sí. El director.

—Señor director, por lo que toca a la madre es un apellido: Valdivieso. ¿Conoce usted a los Valdivieso, a los ricos? ¡La mejor chicha que se ha visto nunca! Unos grandes carretones de cuatro ruedas la reparten. A los lados, en el hule, hay pintados dos chanchos blancos conversando trompa con trompa. Es un aviso mal hecho, señor director. ¡Lo mismo que si yo anunciara mi chanco a la chilena haciendo pintar dos barriles tamaños!

El señor director ya no puede más y pretende sonreír, y lo hace feamente, en una mueca.

—Pero dígame su nombre, para colegir.

—¡Qué va a colegir usted, mi buen señor director! No hay necesidad de tanto trabajo. Y yo no quiero molestarlo. Pero la gente debe conocerse. ¿Y cómo se llama usted?

–Amador Lizama Pizarro, para servirle.

Y estira la manaza que relumbra en negro, igual que una bota de milico bien lustrada.

Don Pedro la estrecha enérgicamente y dice, convencido:

–Bien lo sacaba yo por la cara. Este caballero no puede ser más que de Talca. ¿Usted es de los Lizama de Talca?

–No, señor. Soy oriundo...

–¡Hombre! ¡Qué va a ser usted oriundo! ¡Usted es de Talca, a mí no me la pega!

–Nací en un pueblecito de Cautín y no sé nada de esa gente de Talca.

–¡Vaya!

–¿Quiere decirme su nombre?

–Pedro, pues. Espinosa Guajardo.

El hombre feo ha colegido ya, y escribe hablando.

Después hacen un enredo con la edad, el domicilio, la profesión, hasta que don Pedro, amable y locuaz, deja enterado de todo al hombre feo; pero, en tanto, el chiquillo se ha ido a la calle, en compañía de otros que se aburren.

Flojera, que ya es un hombre de pro, en el zaguán del conventillo hace cantar la garlopa, matricula a Enrique y reprocha:

–Yo le ruego considerar que estos chiquillos son un poco salvajes. Es lo mejor que tienen. ¡Y si la escuela no los atrae! Señor, los muchachos lloran. ¡Y esto parece un velorio!

–Cuando lleguen los profesores –se disculpa el hombre feo– cambiarán las cosas.

Parece reconocer una falta y se esfuerza por hacerse comprender. Y explica:

–El Supremo Gobierno, gracias al celo del diputado Tal, un hijo del pueblo como nosotros, creó esta escuela; pero el Presupuesto, desgraciadamente, no ha consultado más plaza que el puesto de director.

Mientras, él hará lo que pueda. A eso ha venido. A cumplir su deber.

–Pues, señor: ¡hasta cuando lleguen los profesores!

Y sale con Enrique de la mano.

Y todos, nuestros mayores y nosotros, y antes que nosotros nuestros perros, salimos a la calle alborozados. ¡A la calle nuestra!

Y transcurren los meses: el invierno acarrea agua desde las nubes y la deja caer en la calle, y como un gañán empeñoso pisotea fuerte hasta hacer de toda ella y de todo el barrio un solo adobe blando y pegajoso.

Todas las mañanas a las ocho y treinta llega el director, aunque truene, y abre la escuela. Cierra a las once y media. Vuelve a abrir a la una y se va a las cuatro. Todo con mucha puntualidad.

Mi buena madre atraviesa la calle y entra a la escuela. El señor director está en la oficina.

–¿Quisiera usted ir a mi casa? Un buen fuego de carbón de espino y algo caliente.

–Mil gracias. Pero son horas de trabajo –asegura, convencido, el buen hombre.

–¡Válgame Dios! ¡Pero si está solito como alma en pena!

Y aquel hombre taimado con esa tenacidad inútil logra ser creído, y tiene más fe en él que en el pito de la fábrica.

La hora exacta es la que da él al abrir o cerrar el caserón vacío.

Sin apresuramientos llega afirmando sus grandes zapatos en las piedras de la vereda enjabonada en barro, saluda en forma correcta e igual a todos; se detiene en la puerta, consulta su reloj y ahí está como un tronco quemado, todo negro. Cuando saca del bolsillo de atrás un manajo de llaves, y rechina la puerta, y el señor director se pierde en el hoyo sombrío de la escuela, es como si un cronómetro diera la hora:

—¡Las ocho y media! —dice la gente convencida.

Un poco antes o un poco después el pito de la fábrica da la hora de desayuno: las ocho y media es la hora que da el señor Lizama.

Los fabricanos llenan la calle y saltan como gatos para embarrarse menos. El desayuno les espera humeante. Tragan apresurados. En la calle, a los pocos minutos, aún mordisquean pedazos de pan apresurados hombres y niñas, atropellándose.

Saltamos en la escarcha dura como un vidrio grueso y, al ver al director jugando con el llavero en la puerta, nos acercamos un poco encogidos.

El tronco negro nos mira sonriendo y nos dice:

—Mañana hay clases.

Pasan los fabricanos presurosos y dejan en el aire el vaho de sus respiraciones en nubecillas tenues y repetidas.

El director saluda y agita un papel, en triunfo:

—Buenos días. ¡Hay profesores! ¡Tres profesores!

Nos alejamos cariacontecidos.

Ya no había remedio.

Los terrenos escarchados crujen al paso de la carretela pintada de azul y, de lo alto, domina la calle el claro pregón del verdulero. Se vacía el conventillo en la calle y las señoras salen de sus casas.

—¡Espere! ¡Espere!

El verdulero, entre dicharachos, prestigia ampulosamente sus repollos: como si fueran livianas bolas de lana intenta malabarismos mientras pregona marullero, haciendo el charlatán:

—¡Cono estos mercaos me amuelan!

Los repollos ruedan desde la alta pila y rebotan en las ágiles manos del malabarista que los aprieta y los lanza a lo alto, y los recibe jugando, como si fueran livianas bolas de lana.

—¡Con estos mercaos me amuelan!

Una mujer se aparta de la carretela y atraviesa hacia el conventillo hecha una flor en su percal. La calle y la niebla y la cordillera sinfonizan en gris, y la mujer, afirmando un repollo en la cadera redonda, y llevando una mano en alto, y en la mano una media luna de zapallo barnizado en ocre, hace estallar la tarjeta postal de una oleografía barata.

## XI

Tres profesores: un relojero, un matón y un futrecito.

El señor Mallea, relojero, ojos saltados, bigote caído y canoso, pies llenos de juanetes que le martirizan y que se dibujan en la cabritilla requebrajada; el señor Montero, un gigante joven, recias manazas, la izquierda en el dorso cortada en diagonal por un ancho tajo blanco y liso que se estira reptando en la oquedad del puño almidonado; el señor Arriaza, pálido, con una caja larga y negra como pegada a modo de prolongación de su mano izquierda –nunca la lleva en la derecha–, es el mismo futrecito lindo que hizo hablar el violín en la fiesta de inauguración de la escuela.

En un par de días aquella gente íntima con el barrio y la escuela se repleta.

Quien más se contenta con el acontecimiento es Lucía, al hermana de Perucho.

–Es un artista –dice por el señor Arriaza.

(Lucía. Lucía.)

La señorita es ya toda entera una mujercita, orgullo del barrio. Está muy adelantada en la Escuela Italia. La señorita Rosa, la directora, dicen que habla de que Lucía es una excepción.

—¡Qué va a ser excepción! —dice que contesta don Pedro.

Pero no es nada más que una niña, un poco mayor que nosotros. Lo que tiene es que es muy bonita y por ser tan bonita... se ve tan lejana.

Limpiecita y brillante como una cuchara de plaqué, Lucía atiende en las tardes a la clientela.

Ahora, después de estar algún tiempo la escuela en funciones, lo que fue en un principio un negocio de chanchería se agranda y se adecenta. Ahora pretende ser almacén. La esquina ha sido pintada de un lindo color crema —elección de Lucía—, y en grandes letras verdes ostenta un llamado:

#### ALMACÉN Y CHANCHERÍA «EL PORVENIR»

También fue Lucía quien impuso el nombre.

Por las mañanas abre las ventanas del dormitorio, y mientras sacude hacendosa trina como un pájaro las canciones que en los organillos nos llegan como un mensaje de mares azules, de palmeras cimbreantes, de arrullos y de ausencias, de tumbas olvidadas y de madreselvas floridas.

Algo como una historia de amor bajo el verde dosel de los plátanos, en un edén que se adivina: selva poderosa, enormes reptiles luminosos, pájaros de colores llameantes, y el sol eterno, dado totalmente a la tierra, y la tierra que se entrega totalmente al sol. Y la pareja humana que obedece, y goza, y agoniza.

La voz emocionada, ajena al artificio, extiende su laxitud tremulante:

Al pie de una verde palma  
yo desperté  
(...)  
Mi amor  
me dejó  
dormida  
(...)

Y al canto de una calandria  
me desperté  
(...)  
Quiero reír  
quiero llorar  
y no sé qué hacer.

Y acaso en otro mundo, seguramente que en otra parte que en la selva, el Amor amarga y endulza el recuerdo:

Las madre selvas fueron  
lazos de amores  
lazos de amores.

Lo inevitable se deja caer: uno ha de morir y ha de ser olvidado.

¡Fatal y piadosa ley de Dios!

Ha de ser olvidado completamente, definitivamente: el sol, el cielo, el aire y el agua, todo lo que es hermoso y vivo, se nos borrará de la memoria de lo que más amamos, y que nos amó por eso, porque éramos un milagro del sol, del cielo,

del aire y del agua. Y la desolada angustia de aquella certeza atroz se defiende en la seda tenue de lo que no podrá ser.

Y nuestro ser total, el alma y los sentidos, en un desesperado afán de ennoblecernos en generosidad, se hunde en el seno pavoroso de la Nada y del Todo, y musito el consuelo egoísta y trivial:

Más como yo te quise, desengáñate,  
así no te querrán.

Y la voz sin artificios de Lucía solloza el presentimiento:

Cuando la muerte ponga fin a mis dolores  
y yo contigo en mi tumba helada sueñe.

Aquietados, apelonados en el laditos del sol, escuchamos.

Es inútil soñar.  
Es inútil soñar.  
Lo que brilla entre nubes lejanas  
eso yo no lo puedo alcanzar.

Todo es barro en la calle: el barro, la escarcha, la niebla, las puertas, las casas y todos los árboles flacos y secos, y todas las mujerotas sucias, y todos los perros, y nosotros todos, chiquillos sucios y mocosos. Sólo es linda Lucía, nívea en su delantal, linda y triste.

Envejecemos rápidamente.  
No fue la escuela, no, no.

¡Fue Lucía, tan cerca de nuestro corazón y tan lejana!

«Es inútil soñar.»

Nuestros harapos quedan a la vista de nuestros ojos, «y es triste verse uno mismo».

Cuando Lucía estremece los cascabeles de su risa y destellan sus enormes ojos verdes riendo el halago de algún cliente asiduo, Perucho, ajeno al martirio de nuestro embeleso, caballero y señor de la oportunidad, conquista para él la victoria del juego que jugamos.

Nadie lo dijo —¿quién podría decirlo?—, nadie, ni nosotros mismos, extranjeros en nuestro propio mundo. Todas nuestras audacias y bizarrías: domeñar el cabello hirsuto, ansiar saber leer y escribir, ¡qué rápidos progresos hicimos!, y dar vueltas a la manzana en carreras de resistencia —el premio lo entrega Lucía—, corajudos, en dura voluntad de llegar, de hacer todo el recorrido aunque se llegue al último; luchar en las competencias que premia Ossa, el talabartero, maestro mayor de la fábrica; luchar y ganar o perder, pero nunca vencidos o perdedores, sino al final del esfuerzo último, íntegros; y dar la mano al caído en todo caso, y abrazarnos en el abrazo leal de la plebe robusta, incontaminada. Todo es una sólida y cálida pleitesía rendida en un solo altar: Lucía. ¡Tan cerca de nuestro corazón y tan lejana!

«Es inútil soñar.»

Pero ella nos habla del señor Arriaza y nos pregunta por el señor Arriaza.

—Me dice que ustedes son muy buenos, muy inteligentes, Juan de Dios. Y ustedes, ¿cómo lo encuentran?

Nos duele el interés de Lucía, pero decimos:

—Como el pan. Hoy mismo el señor Arriaza nos ha hecho una clase muy hermosa en un cuento muy lindo: en una gran ciudad muy rica, un barrio muy pobre. Unos niños muy pobres. Un señor todopoderoso ordena traer a su presencia la niña más pura de sus dominios. La buscan por todas partes, lo mismo que en los cuentos de reyes y de princesas. Los servidores llevan a su presencia a muchas vestidas de seda, lindas, y el señor todopoderoso dice: ¡no! Hasta que los señores buscan en el barrio ignorado de la ciudad esplendorosa, lo mismo que en los cuentos de pastoras. Y encuentran una niña muy linda, muy blanca en su delantal de pobre y de pureza. El señor todopoderoso la mira y dice: ¡sí! Lo mismo que en los cuentos de milagros.

—¿Y qué más?

—Lo demás en violín, Lucía.

La miro largamente.

—En violín lo demás. Porque tú cantas, Lucía, en ese mismo momento, y tu voz llega apagadita y gime en la sala. Eso: «Yo he visto en invierno llorar la avecilla/ Pidiéndole al cielo un rayo de luz». Sí, despacito, siguiéndote, el señor Arriaza hace llorar el violín.

—¿Y qué más?

—Nada más, Lucía, ¡sino que todavía lo estamos oyendo!

El señor director es un trabajador infatigable y un gritón portentoso. Desde la mañana a la tarde ladra su voz aguda y apaga todo ruido. Su ancha, su redonda cara negra se hace relumbrosa y el hombre suda de tanto gritar, suda igual

que los carrilanos que ripian la línea férrea. Con un pañuelo grande y con un movimiento que lo abraza hasta el cuello corto y embetunado se limpia el sudor y sigue incansable, obstinado, ladrando su ladrido agudo.

Los chiquillos, cruzaditas las manos y los ojos fijos en el profesor –¡como si fuera tan lindo!–, piensan en el señor Montero que, al recreo, los echará a peliar en grupos «para que salgan hombres».

El señor Mallea habla muy poco, pero sus niños adelantan y ya saben muchas cosas.

Cuando los niños hacen sus garabatos el señor Mallea se sienta.

Tranquilamente pasea sus ojos miopes por las cabecitas inclinadas.

Después, grave y ceremoniosamente, se coloca en un ojo –en el ojo derecho– una cosa como un dedal con un vidrio al extremo angosto y, con toda gravedad, limpiamente, juega al prestiguidador: va sacando un reloj de cada bolsillo, de todos los bolsillos.

Abre los relojes y los mira en las entrañas vivas, reconcentrado, ausente. Después cierra los relojes, se saca el dedal del ojo, se restriega el ojo con el pañuelo y hace guiños muy para la risa.

Los muchachos ríen con alegría confiada.

Y el señor Mallea muy seriamente hace su confidencia:

–Es casi nada. Los alegraré en la noche.

Hoy ha traído un reloj de oro de dos tapas, grande y pesado como un tejo de bronce, como esos tejos amarillos que hacen los fabricanos para jugar a la rayuela.

Los chicos rodean su mesa poco a poco y él, el señor Mallea, con un ojo aprisionado en ese dedal, examina de soslayo atentamente.

Los muchachos se agrupan y, cabeza con cabeza, forman un solo mechón revuelto. En medio brilla, rosada y limpia, la calva en ángulo del maestro.

Despacito las cabezas van bajando hasta casi tocar la cubierta. El vaho de la respiración empaña el barniz, y las narices jugosas se trompotean con suavidad, como en una caricia.

El maestro, con un movimiento seco de persona que sale del agua después de una zambullida larga, levanta buscando aire el rostro congestionado: el dedal sobresale del ojo derecho, pegado a las cuencas, y un niño sin temor y sin audacia en movimiento de amigo avanza sus dedos y arranca aquel objeto frío y luminoso, y parece que al señor Mallea se le arranca algo suyo, pegado a su rostro como si a uno le arrancaran la nariz. Pero al señor Mallea no le duele. Se restriega el ojo y hace visajes:

—No sirve. ¡Es pura tapa!

—Tan bonito —se lamentan los niños.

—Tontos. Les digo que no sirve. ¿Pero que no ven? No sirve: el pelo, el volante.

—Pero, ¡tan bonito!

—A sentarse. No hay como el reloj de níquel. El mío es de puro níquel y no ha variado nunca.

La verdad es que el señor Mallea tiene cierta inquina contra el oro: el oro tiene la culpa de todo lo que pasa: es flojo: gusta de amontonarse en pocas manos avaras que lo guardan bajo siete llaves, y sólo sirve para endiosar los odios

y fomentar las vanidades. Y, después de todo, bien mirado el oro es un puro fierro inútil: el noble fierro verdadero, los caminos de hierro, las letras de imprenta vaciadas en fierro vulgar, eso es lo que vale: reloj de oro, medallas de oro, joyas de otro, crucifijos de oro. (¡El Hijo de Dios, una fruslería de oro!) Tonterías. ¡Puras tonterías!

Nuestro futrecito, nuestro pijecito el señor Arriaza, es nuestro. Juega y estudia con nosotros. Porque no sabe nada. Todo nos lo pregunta. No sabe el nombre de las calles. Ni siquiera sabe que la altísima cordillera que blanquea como una sábana enorme tendida al sol es un cerro muy largo y muy alto, tan largo que no sabemos dónde se pierde, tan alto que no sabemos quién pudiera ser capaz de subirlo.

Mucho nos reímos cuando alguno de nosotros dijo una palabra corriente: nieve. No dijo cosa alguna más. Dijo nieve, nada más.

Inmediatamente nuestro futrecito acalla el violín que acaricia terciado al estómago.

—¿Nieve? ¿Nieve?

Reímos y gritamos:

—¡Nieve! ¡La escarcha!

—¿Escarcha?

Vicente, el volantinerero nuestro, sale al patio y regresa triunfante, saltando en las manos ateridas el pedazo de vidrio helado:

—¡Eso es la escarcha, y es la nieve de la cordillera! —pontificamos ante el futrecito que no sabe nada.

Pero el maestro no cree, sonríe y no cree, y para silenciar- nos toca con los dedos, apagado el violín, una cosita linda.

La duda nos agarra y nos preguntamos muy adentro de nosotros:

–¿Nieve? ¿Escarcha?

Pasa el tiempo y el maestro no cambia de terno.

Un año, en clase aritmética, nos reímos cruelmente del señor Arriaza, y el maestro se ríe con muchas ganas. Nosotros y él, él y nosotros nos reímos de él.

La sala tiene cuatro filas de bancos, y cada fila siete bancos de dos asientos: estamos como sardinas, pero otras salas la cosa es peor: los chiquillos están en cuclillas, y hasta pedazos de ladrillos sirven de asiento.

El maestro se inclina ante el cuaderno del Cabro.

El muchacho ha andado a caza de zorzales con su honda larga y no ha traído la tarea. El maestro se inclina más y explica cariñosamente, sin darse por entendido de la perrer a que ha hecho el Cabro.

Pero entonces queda a la vista de nosotros un parque vergonzoso en el trasero del maestro.

Alborotamos en forma estrepitosa y descomedida; pero de golpe, sudoroso y desencajado, irrumpe en la sala el señor director, y ladra:

–¿Pero qué es esto, Santo Dios? ¿Es un corral?

Nuestro futrecito se endereza, pálido: más pálido que le leche.

–Son niños –dice.

Y pregunta:

–¿Por qué han hecho tanto ruido?

El director revienta de coraje.

Hacemos un silencio pesado, aplastados por nuestra culpa, acobardados ante el hombre feo.

—¿Por qué reían? —insiste el profesor.

—Señor, ¡que no lo dirán! El maestro no tiene por qué preguntar. ¡Debe saberlo!

Arriaza empalidece más, dominándose, y reprimido insinúa con la voz suave que nos hace bien:

—¿Quién dirá la verdad?

El señor director es una tarasca en su mala risa negra, negra.

En un arranque de todos mis nervios me precipito adelante y confieso entre sollozos:

—Del parche en el pote. ¡Del parche!

Ante la estupefacción de la clase entera, y ante el escándalo del director, el maestro me alza en brazos riendo, riendo, y grita más que dice:

—¡La verdad! ¡Esa es la verdad!

El profesor y nosotros nos reímos largamente. Y el profesor se ríe mucho más que nosotros.

—¡El parche en el pote!

Para la risa, indudablemente.

El señor director, en ciertas épocas, gusta de imponerse de la sabiduría de los distintos cursos. Y, como quien cambia una bolita por otra bolita, el señor director anda de curso en curso estirando su fealdad, mientras su clase es atendida por el profesor que él suplanta.

Toda una mañana larga –¡qué larga!– se la pasa con nosotros.

Grita y suda.

Nos moteja de flojos.

Nos tira las orejas. Y, como si a él le doliera el dolor de nuestras pobres orejas heladas, se desespera, grita, ladra, suda.

En la tarde el señor Arriaza entra a la sala, tranquilo y cordial:

–Buenas tardes.

Nos quedamos tiesos al lado del banco, tristes: es la orden del señor director.

El profesor nos toma de los hombros y nos obliga a sentarnos, sin decir nada: callamos, cruzamos las manos en el banco correcta, pasivamente.

De pronto en una resolución enérgica Arriaza, el maestro, el futrecito nuestro, ordena:

–¡Al patio! ¡Al patio!

Y nos pasamos toda la tarde jugando juntos, haciendo patitos. Hincándose casi, el profesor ensaya hacer cabrillas en el agua sucia tejida de lama verde, del gran hoyo que hace de laguna en el fondo de la escuela.

Resbala la piedra lisa y salta, y salta, livianita, levantando apenas unas chispas de agua, cinco, siete y diez veces, hasta rebotar en las grandes piedras que limitan a treinta metros el hoyo profundo.

Somos cincuenta risas, cincuenta brincos, cincuenta almitas olvidadas del hombre negro y feo que nos tirara las orejas y nos motejara de flojos, que nos enseñara a pararnos

tiosos, con la boca hermética, en señal de saludo atento y respetuoso.

Y en la tarde arrebujada de su gran capote gris la escuela se ensombrece en los corredores, y por las puertas y ventanas oscuras igual que ojos vacíos la voz aguda del hombre incansable ladra:

—La tierra es redonda y achatada en los polos como una naranja, y está atravesada por un eje imaginario.

De la clase del señor Montero se arrastre penosamente un murmullo monocorde, en un deletreo fatigado, desarrollado a tirones como un cable húmedo.

Seguimos haciendo patitos en el agua espesa, y la seda de la verduzca lana, en la rueca de las piedras que saltan livianitas una y diez veces en besos breves, se hila en hilos finísimos que envuelven la piedrecita lisa, y ahí entre las piedras grandes que limitan el pozo, acurrucadas, semejan orugas pequeñitas a la espera de la metamorfosis de milagro: y se ve clarear el día, y se siente llamear el sol, y se corre en juego ágil tras las lindas mariposas que han reventado en floración en este mismo momento desde el alma nuestra, y las mariposas incendiadas empapelan toda la tierra redonda achatada en los polos, nos hacen quites y, de pronto, se entregan y extienden en nuestra mano amiga el colorido ardiente de sus alitas diáfanas.

Ahora, y de golpe, son nuestras propias risas las que hacen eco en la casona vacía.

A las cuatro justas el hombre incansable ha guillotinado su ladrido agudo y se ha ido en silencio obscuro.

Salimos a la calle rodeando a nuestro futrecito.

En la calle se nos juntan nuestros perros. Los pobres se lo pasan echados en las veredas con la cabeza entre las manos, esperándonos. El Ñato se ha adueñado de un hoyo frente a frente de la ventana nuestra y yo lo miro cada vez que puedo levantarme del banco. El pobre dormita, resignado, amodorrado –se está haciendo viejo– y de verlo hace recordar a los escolares que se aburren, y bostezan, y cabecean.

Todos juntos –¡qué alegría la de nuestros perros!– acompañamos al profesor.

Allá, blanca en su delantal limpiecito –haciendo la niña del cuento que nos contara Arriaza–, de pie en la puerta de la esquina, tejiendo lanas de colores está Lucía.

Perucho se adelanta y la toma de las manos, y la hace dar vueltas como un molinito de luz mientras grita:

–¡Hemos jugado toda la tarde!

Al saludar, Arriaza retiene un poco en su mano pálida la mano blanca de Lucía.

Miro a Lucía descaradamente y me atenaza un ansia penosa, un cosquilleo doloroso. Lucía me ve, claro que me ve.

Al apartarme en silencio del grupo vocinglero, canta tras de mí la voz de Lucía:

–Juan de Dios, ¡chiquillo!

## XII

Arriaza encarna en nuestro barrio y es el bien querido de todos.

Para estar más cerca de la escuela consigue la pensión en casa de don Pedro.

Las viejas y las jóvenes hilvanan el comentario y celebran la posibilidad:

—¡Casorio! ¡Casorio se merecen!

Sólo mi buena madre, la señora Rosario, no dice palabra alguna. Mi hermano, el Ñato, tampoco dice nada. Yo tampoco.

A los chiquillos, a pesar de querer tanto a nuestro futrecito, nos duele lo que se anuncia. Nos duele sin que sepamos por qué, y sin que nos lo digamos nos escondemos por primera vez en nosotros mismos.

Al poco tiempo se da como un hecho la noticia doliente:

—Han quedado de novios.

Pero Arriaza parece no tener apuros: insiste ante don Pedro y consigue la venia paterna para que Lucía estudie y siga una carrera.

—Yo quería que saliera una mujer de su casa —dice entristecido don Pedro—, pero si es mejor pa toos, no me opongo. ¡Con tal que no nos pese!

Ahora Lucía sale a la calle metida en un traje de uniforme azul, y esconde su carita de imagen debajo de un sombrero también azul, de alas caídas en redondo.

Lucía se nos va.

Medias negras de hilo ciñen la pierna, y la carne blanca y firme trasluce en el tejido e incita el instinto.

Un bolsón de hule lustroso en la mano izquierda y un ramo de juncos en la derecha completan el disfraz de Lucía, que ante nosotros aparece diferente, absolutamente extraña a la niña blanca que tanto queremos.

Porque –¡qué profundamente siento yo la herida!– la Lucía de ahora es otra, y bien a las claras vemos que nos abandona y que se eleva por sobre nuestra miseria más alto que un volantín.

Nos saluda, es cierto; pero de pasada, y a veces hasta sin sonreír.

Cuando la veo doblar la esquina, después de estar esperándola hervido en ansiedad, me alejo delante de ella mirando distraídamente a los lados o hacia el cielo, sin mirarla.

Una tarde lluviosa –no había nadie en la calle– repito el juego. Pero Lucía me llama.

Me llama Lucía y vuelvo arisco.

Me cubre con su paraguas, me toma del brazo: siento en el aire su tibieza suave y olorosa, y me atormenta un cosquilleo que me hace mal. Pero me retiro, brusco:

–¡Qué te importa de mí! –la increpo–. ¡No quiero verte, para que lo sepas!

Me mira con sus endiablados ojos verdes.

–Me esperabas, Juan de Dios.

—¡Esperarte! ¡Que te espere tu novio!

Corro, huyendo de mí a encerrarme en mi casa.

Porque es verdad: Lucía es otra, diferente, ausente de nosotros.

Ya no asoma al mostrador ni siquiera los domingos. Hago compras inútiles, pero no logro verla.

La flaca señora Mercedes es la de los trajines, mientras don Pedro, que también parece haber variado de costumbres, hace el palique con los hombres en la puerta sin vernos.

La verdad me afiebra: Lucía será una maestra igual que el señor Arriaza. No igual, la denigro en mi pensamiento: el señor Arriaza es un chiquillo como nosotros; un chiquillo que todo lo ignora, que todo nos lo pregunta; pero Lucía será demasiado sabia, tanto —monólogo con rencor— que a fuerza de sabia no conseguirá hacer feliz a nadie.

Nunca más hemos oído la voz de Lucía, esa voz sin artificios y sollozante tomada por la tristeza de las canciones de los organillos, por la vieja tristeza de los barrios pobres.

Y es el violín de Arriaza el que sigue pescando el alma nuestra, y es Arriaza el bien querido, en tanto Lucía se nos hace extranjera.

Me asusta sorprenderme pensando:

—Si se muriera no la sentiría.

### XIII

Hacemos un montón de nosotros a la orilla de la pared y nos contamos cuentos populares de ladrones bien intencionados y graciosos; pero la noche se nos echa encima y nos rellena hasta salirsenos por la boca:

–Lucía tiene razón –revienta Enrique en exabrupto que nos deja perplejos–. ¡Somos demasiado roñosos!

Bajamos la cabeza, y nuestros dedos se entierran hurgando en los adobes reblandecidos de la pared, nerviosamente. Perucho mira a Enrique en los ojos, pero no dice nada: da la sensación de que él también está en nuestro caso, y de que tal que nosotros, igual que yo, siente la herida en lo hondo.

–Somos demasiado roñosos –tarasquea Enrique–. Lucía es una señorita de verdad.

–¿Qué? –recela Perucho–. ¿Qué?

–¡Sí! –sostiene en redondo–. ¡Sí! –grita Enrique exasperado–. ¡El barrio ahoga a tu hermana! ¡Y eso es lo malo!

Perucho le pasea los puños por los ojos, amenazante:

–¡Ya no somos chiquillos! Yo no defiendo a mi hermana. ¡Pero me gustaría saberlo!

–¿Te gustaría saberlo? –desafía Enrique–. Acuérdate, mira. ¡Los pantalones parchados en el poto son para la risa en todas partes! Arriaza es bueno.

Parece arrepentirse.

—¡Pero los parches de Arriaza no son para Lucía!

Perucho grita:

—Por mi madre.

Nos levantamos lentamente y nos interponemos, desgarrados.

Aquietados, volvemos a nuestra posición a la orilla de la pared y, en cuclilla, en la noche formamos un solo montón de sombras y de pena.

—Perucho —habla Enrique con voz ahogada y gesto cordial—, ya no somos chiquillos, tú lo has dicho. Y es hora ya de que hablemos de algo que valga la pena. Desde anoche que sé cómo hablan los hombres. Mientras nosotros nos contamos tonterías de ladrones la ciudad está ardiendo. La rebelión de los hombres está en furia. Y los ricos hacen matar a los pobres sin compasión.

—¿Y dónde pasa el cuento, Enrique?

—¡Ojalá fuera cuento! Pero es la pura verdad. ¿No lo saben, entonces? Fíjense que anoche llegaron al conventillo unos delegados de la universidad: dos jóvenes muy simpáticos disfrazados de pillos. En la pieza del mayordomo reunieron a toda la gente y hablaron de una manera tan linda y de cosas tan tristes... que ya no quiero ser más chiquillo. La vida es algo muy triste y por eso no es linda. Nadie lo sabía, pero en el norte están matando a los pampinos por carretadas. El Norte es como si dentro de Chile existiera otro país: los gringos son los que mandan, y los chilenos echan los bofes en las calicheras y la platita que ganan va quedando toda en la pulpería. ¿Y ustedes saben? Anoche lo dijeron: Chile arrebató

esos terrenos a otros países, después de triunfar en una guerra donde se asesinó mucha gente pobre. Y los veteranos ahora van a trabajar a las pampas, y allá en la tierra conquistada por ellos ahora son apaleados por las tropas chilenas mientras los gringos millonarios del mundo entero engordan a reventar. Eso entendí.

—Sigue con el cuento, Enrique.

—¡Linda laya de cuento! Es la purita verdad, ¡lo juro por esta cruz! —y sacude en el aire su mano en signo e incrusta un largo beso devoto en los dedos en cruz, negros de sombra—. En Antofagasta, creo, y en otras partes los obreros en huelga con mujeres, chiquillos y perros han sido barridos de las calles a punta de bala. Uno de los jóvenes que estuvieron anoche estudia para médico, y acaba de perder a su padre en el Norte: lo mataron de un lanzazo y lo ensartaron como picarón de a cobre. El pobre viejo iba a dejar sus últimos restos de pulmones en las pampas, y a trocar su agonía por algunos pesos para ayudar a su hijo. Ahora éste ya no quiere nada. Grita que lo único que desea es que lo maten en las calles: quiere morir por la Libertad. ¿Saben ustedes lo que es la Libertad?

—¡Bah! —me entrometo—. ¡La Libertad es ser libre!

—Eso es lo malo. ¡Nadie es libre! ¡Es una mentira todo eso de la Libertad! Hay una sola Libertad: MORIR DE HAMBRE.

Enrique pontifica acaloradamente. Pero, al comprender que está demasiado ridículo en esa elocuencia sin haber para qué, se disculpa:

—Así hablaron anoche los estudiantes.

—Libertad —musita alguien en la sombra—: el viento, las estrellas.

Y otra voz monologa en susurro:

—Dios es libre. ¡Él que todo lo manda!

—Además —continúa Enrique— que yo no lo comprendo bien. Por lo que esos jóvenes explicaron, a mí, no sé cómo decirlo, la Libertad se me representa como un pedazo de carne de buey.

—¡Un estandarte! —decimos en mofa—. ¡Un pedazo de carne de buey colgando como un estandarte!

—¡Sí, un pedazo de carne! —afirma Enrique.

Y agrega con rabia:

—¡Un pedazo de carne dice mucho más que un trapo cualquiera! La pelea de ahora es por eso: por la carne de buey. Los pobres piden al Presidente que deje pasar los bueyes argentinos que detrás de la cordillera están que ya no caben en las pampas, que se deje pasar al ganado argentino sin que se cobre nada a los hermanos cuyanos. Entonces la carne andaría botada en Chile. Pero los ricos no quieren que baje el precio de la carne, y es por eso que están matando la gente en el Norte, y no se sabe si mañana mismo comenzarán a matarnos a nosotros.

Nos reímos francamente, alegremente, sin comprender.

Enrique se molesta. Perucho se ríe más alto que todos y, aliviado ya, comenta:

—¡Pero qué bandidos son los ricos que nos cuenta Enrique! ¡Parece mentira!

Enrique bravea:

—¡Verdugos!

—¡Pero tú hablas mal de mi hermana, Enrique!

—¡Nadie puede hablar mal de Lucía! —grito engallado.

–Terroncito de azúcar –moteja Enrique–. ¡Qué me importa a mí tu Lucía! ¡Yo la quiero más que todos ustedes! –grita desahogado. La quiero –lo dice con religión– porque es de nosotros, la quiero como los quiero a ustedes y a la vieja María, y a la gorda Filomena, y a los perros de esta calle, y a las piedras. ¡No la quiero por bonita!

Nos callamos, intimidados por su fervor. Prosigue:

–Temo que Lucía se aleje de nosotros. Y me da en el corazón que va a dejar plantado a nuestro pobre diablo de maestro. Con su violín y sus parches, Arriaza fue un encanto para nosotros y es la alegría de los niños, pero no sabe nada de lo demás.

¿Qué pretende decir este diablo de chiquillo triste?

Arriaza, es verdad, está cada vez más pálido y en la calle parece echar llave a sus sentimientos: en la Escuela sí que revive, y es alegre, y es lindo.

–Lucía se nos va por esto –continúa Enrique, accionando los largos brazos–: en primer lugar, no está enamorada.

–¡Enrique! –protesta Perucho.

–¡Hombre! ¡Cómo si tú no lo supieras! Pero no hablemos más. Sin embargo –agrega– es bien posible que se enamore de alguno de nosotros.

La salida de Enrique nos alborota la risa –¡tan lejana que está Lucía de nosotros!– y le damos unas cuantas palmadas en el lomo.

–¡Tonto! ¡Tonto!

–¡Enamorada de ti! –burlo a Enrique.

–O de ti –musita Enrique–. ¡De quien la sepa amar en cuanto mujer! El amor que yo le tengo es grande, pero es sólo un amor de hermano.

¿De dónde saca esas palabras? ¿Quién le enseñó a sentir así?

Continúa exaltado:

—Me gustaría ser como Arriaza. Y lo seré: el corazón tan grande que todo el mundo quepa en él y que no lo llene nadie exclusivamente: ni la madre, ni el padre, ni la mujer, ni el hijo.

Habla demasiado en hombre Enrique en aquel momento y nos desconcierta, y nos mete cabeza abajo en el pozo sin fin del alma de cada uno.

¿Por qué nos hace vivir tan aceleradamente?

—Lucía se puede ir de nosotros si nadie de nosotros la sujeta. ¡Pero somos tan plastas de vaca! —declama—. Todo el barrio es una sola y grande plasta de vaca, con Escuela y todo. Lo único grande y forzado es San Miguel, con su torre tan alta, con sus campanas tan sonoras. Y también la agencia y las bodegas. Cuasimodo, procesiones, comunión por todas partes, y la muchedumbre en largos pinos negros bramando. Y Judas de trapos viejos, rellenos de pólvora, pataleando, reventando el aire. Y cucuruchos. Y castañuelas en los tambos. ¡Impera San Miguel en todas partes! Así lo dijeron anoche esos dos pililos que son estudiantes de la universidad —se disculpa Enrique, apagando la voz.

Un vacío se abre ante nosotros tal que en los sueños, cuando uno sueña que de una escalera muy alta uno se deja caer y no topa nunca el suelo.

—Porque, ¿qué seremos nosotros? —interroga Enrique—. ¿Qué serás tú, Perucho? ¿Y qué seré yo? ¿Y qué seremos todos? ¡Plastas!

Y a esa hora, en la noche ya, suena estridente el pito de la fábrica. Es una alarma repetida y nerviosa.

Más que se divisa, se siente una muchedumbre oscura que, con un rumor de enjambre, avanza hacia la fábrica desde San Ignacio.

De pronto llenan la calle los gritos agudos de las mujeres e incendian la noche unos fogonazos repetidos.

Se abren las puertas en la calle negra y las aceras amarillean con la luz de las lámparas. Del conventillo se echa a la calle un tropel de harapos.

Mi buena madre, grande y como enlutada en la puerta, clama:

—¡Hijuna! ¡Hijuna!

Flojera llega al montón que hacemos arrimados a la pared y nos abraza en un gesto. Lo acompañan dos pililos. Nos dice a todos, buscando a Enrique:

—Ninguno en la calle, ¡que la cosa es seria!

Los fabricanos corren hacia la fábrica, y por sobre el estrépito ulula una voz de mando:

—¡Guardia de Honor! ¡Guardia de Honor!

Un lloriqueo de violín se corta en seco. En la esquina unos bultos manotean en la sombra, y saltándonos corren las sombras presurosas hacia la fábrica.

Del otro lado del cequión se precipitan grupos que gritan pestes de la madre de todo el mundo, y haciendo flamear el terciopelo negro de la noche gesticulan en la obscuridad. Las palabras fraternas inciensen el instante lóbrego:

—¡No entren a la fábrica, compañeros! ¡Somos todos amigos!

La novedad nos entusiasma. Se derrumba el negro montón que hacemos arrimados a la pared, y corremos chivateando.

Al pasar se ven las puertas abiertas: los blancos hules de las mesas hacen relumbrones.

Llegamos hasta enfrentar las puertas de la fábrica y de pie, descamisados, con el pelo en revuelta crin, comenzamos a gritar agresivos los sobrenombres de los fabricanos:

—¡El Negro Carrillo! ¡El Pata Chula! ¡El Viejo Guatón!

Llueven las piedras y rebotan en los hierros duros que al vibrar ronquean amenazas. De los barrotes llamean los fusiles. Las balas chirrian entre las ramas de las encinas que limitan la ancha calle terrosa.

Las hojitas hacen un ruido de enaguas almidonadas al saltar en pedacitos.

Tendidos en la tierra suelta o guarecidos detrás de los troncos los hombres atisban el fognazo, y a cada fognazo, piedras.

Vemos claramente que los hombres forman una sola masa tonta, hinchada en ínfulas. A lo mejor nadie es capaz de sacarles de la cabeza que están peleando heroicamente. ¡Tontos! Ni las piedras pueden hacer mella en las puertas de hierro, ni las balas son dirigidas a matar. ¡Y tanta bulla!

Cansados de la pantomima estruendosa, celebramos en pleno campo de batalla a modo de un consejo de guerra y decretamos el exterminio de todos los faroles.

En la esquina de San Ignacio, dentro del recinto de la fábrica, un globo eléctrico de dos carbones incandescentes

atrae a las grandes mariposas nocturnas que embisten ciegas de luz.

Reímos de los hombres echados en la tierra suelta, agazapados en una ilusión pretenciosa de batalla, y lanzamos nuestra metralla al foco redondo.

Desde el medio de la calle quedamos un poco cortos, y nos acercamos casi hasta el pie de las murallas mismas. Una tercera andanada nuestra y, en estrépito de vidrios rotos, la luz haciendo celajes se precipita en pedazos y apagándose a mitad de camino queda todo negro.

Enfilamos la pandilla hacia nuestros dominios y los pobres faroles parafineros saltan volcados y hacen volantines llameantes en el negro paño de la noche cerrada. Los pobres faroles parafineros se quejan opacamente con ruido de latas y caen retorciéndose.

Pero los chonchones siguen alumbrándose en el suelo, lengüeteando la tierra: las piedras los persigues, dan botes y apagan los ojos llameantes.

En el ángulo de la esquina de don Pedro el farol amarra sus brazos en las murallas contiguas y hace por alumbrar a dos calles; pero desde un cuarto de cuadra, a una voz, a un tiempo mismo, hacemos el más famoso blanco en él, y lo abatimos: quedan colgantes los fierros torcidos, igual en la noche que esqueletos fumiformes.

Ahora no somos más que sombras móviles en la negra sombra de la cerrazón y, sin embargo, nos enseñoreamos y gritamos petulancias en contra de lo imaginado y en favor de lo que no sabemos qué.

—¡Abajo! ¡Abajoo! ¡Viva! ¡Vivaa!

Encendidos en belicosidad nos sabemos en guerra: hemos apagado todas las luces y cantamos victoria.

Ahora en la obscuridad que hemos hecho con la arrogancia de nuestras propias manos sólo brillan los fogonazos de los fusiles.

Y recordando obscuramente las palabras de Enrique sabemos que obscuramente estamos peleando por la Libertad.

—¡Abajoo! ¡Vivaa!

Al pasar arrogante —uno se siente arrogante en la noche negra— me apiala un susurro:

—Juan de Dios, acércate.

Es la voz de Lucía que me acaricia por la ventana entreabierta.

Sí. Sin pensarlo he aquí que estoy acodado en la ventana de Lucía, buscándonos las manos —los ciegos tienen los ojos en las manos—, desertor por un instante de la gran batalla: en la noche ciega fulgura la palabra enorme y cabalística: ¡Libertad! ¡Libertad!

Libertad. He aquí que estoy amarrado a Lucía sin quererlo.

—¡Niño! ¡Mi pobre niño! —apasiona Lucía—. ¿Están locos?

—¡Si yo fuera un hombre, Luci!

Lucía, febril, me retiene, me abrasa las manos.

—¡Ándate, Juan de Dios!

—Luci, ¡si yo fuera un hombre!

—Que se venga Perucho. Que ninguno quede en la calle. ¡Qué tormento sería si te pasara algo!

(Si yo fuera un hombre.)

—Mira, Luci: hemos hablado mal de ti. ¡Que nos desprecias!

Un largo silencio luminoso en la noche negra: las manos se miran profundamente, extáticamente, extasiadas; las manos se miran, pues qué son en la sombra nuestros ojos de ciegos. Estamos ciegos, ciegos; pero nuestras manos se miran, se ven, se reconocen y se extasían.

Atruenan las descargas cerradas.

—¡Despreciar! Tontos. Ándate, mi pobre chiquillo.

Beso profunda y sosegadamente las manos maravillosas. (¡Tanto ensueño nuestro que hilvanaron!)

Atruenan las descargas cerradas.

Bruscamente en un impulso de fuga, desarraigado de la ventana, gritando:

—¡Si yo fuera un hombre, Luci!

Desde el norte a la altura del Parque llega el estruendo. Son los milicos del Tacna que en pelotones de ejercicio vienen barriendo las calles.

Los pililos que acompañan a Flojera dan la voz de orden.

—¡A sus casas! ¡A sus casas!

Recula la masa y se atropella sin asunto.

Las puertas son cerradas de golpe y atrancadas precipitadamente.

Sólo nosotros quedamos en la calle. Libres somos, y somos bien capaces de quebrar todos los faroles del mundo.

Libertad, Libertad, ¿una piltrafa?

Salen patrullas armadas desde el hondo hocico de la fábrica, y nosotros nos juntamos a los fabricanos que forman la Guardia de Honor. Nos burlamos de los hombres y manoseamos los fusiles, pero no se nos hace caso.

El barrio entero está distribuido entre los defensores del orden. Nos obligan sin maltratarnos a meternos en nuestras casas.

Más tarde, después de las doce, recrudece el tiroteo.

Tanto gritan, tanto se entusiasman, tanto disparan que parecen estar todos borrachos.

Por el tragaluz del dormitorio a cada descarga penetran relámpagos y nos alumbran a mi buena madre, a mi perro y también a mí: los tres aquella noche medrosa, igual que en la alegría, somos un alma sola.

Ahora parece que la cosa va en serio. Revientan blasfemias. Los gemidos parecen arrastrarse.

Un hombre se refugia en el vano de una puerta y dispara locamente, ululando:

—¡Allá va! ¡Allá vaa!

—¡Alto el fuego! —ordena una voz angustiada.

—¡Eran de la Guardia! ¡Eran de la Guardia! —gritan azorados, en pánico.

Mi buena madre nos arrincona a mi perro y a mí, y en la sombra permanece atenta, armada del antiguo revólver que cuando dispara parece atragantarse en un atoramiento de humo. Se acerca a la puerta y, apoyando el hombro en el guardapolvo, amenaza al hombre que en ese momento acaba de hacer un nuevo disparo, ululando:

—¡Allá va! ¡Alla vaá!

–Quitarse de la puerta, amigo. ¡Se lo advierto!

El hombre tranquiliza:

–No tenga cuidado, señora Rosario. Hay orden de cuidar la propiedad.

Y hace dos disparos seguidos que nos alumbran completamente.

–¡Allá vaa!

–Pero, ¡por mi Señor de la Buena Esperanza! ¿A quién disparan?

–A todo lo que vemos pasar, señora Rosario.

–Carrillo, por Dios. ¿Y si pasa un inocente?

El hombre hace nuevos disparos.

–¡Allá va! ¡Allá va!

–Quítese de la puerta, señora Rosario. Las balas están silbando cerquita.

De repente, haciendo como ladridos de quiltros entre los estampidos poderosos de los fusiles, estallan descargas repetidas de revólveres. Saltan astillas de la puerta y Carrillo deja de gritar ese «¡allá va!» que tanto parece gustarle. El pobre ahora se lamenta.

–Me pegaron. Me pegaron.

Los disparos ahora se hacen más vivos, y grandes voces de mando dadas de todas partes siembran la confusión, y en la calle tropiezan los hombres en carrera, se enredan los gritos y estallan los balazos.

Los de la Guardia de Honor corren en persecución de no se sabe qué. Los gritos desesperados pregonan la muerte de un soldado del Tacna, de un gendarme de la Penitenciaría y del señor Ravets, jefe de sección de la fábrica.

Vuelve una patrulla y dice que en la calle Franklin, en la remolienda que se armó donde las Matas di' Hojas, los guardias se corrieron balazos unos a otros, y que hay dos muertos, a más de tres o cuatro heridos agonizantes, sin contar todo lo demás.

A grandes voces se cuentan lo que saben.

Una de las mujeres habría quitado el fusil a un guardia marrullero, y habría comenzado a disparar a todas partes: los hombres arrancan y la mujer con las polleras desapretinadas los persigue gritando palabras hediondas. Después habría el Diablo confundido a la gente, pues se dispararon unos contra otros.

Carrillo sigue retorciéndose y gimiendo. Cesa el ladrido de los revólveres. Mi buena madre está desatracando la puerta cuando se oye la voz de Flojera, al mismo tiempo que unos golpecitos discretos.

—Señora Rosario: un cristiano herido. Abra la puerta, pero no encienda la luz.

Carrillo está desmayado. Ño Flojera y los dos pililos que lo acompañan entran al herido.

Mi buena madre enciende la lámpara. La pantalla empavonada en blanco refleja la luz en los hilos blancos del tejido que adorna la mesita redonda en medio de la pieza.

Flojera atranca la puerta y da un gran respiro de alivio. Está un poco nervioso: pregunta por Enrique y sólo se tranquiliza cuando mi buena madre le da seguridades de que el muchacho está a salvo: alcanzó a entrar antes del cierre del conventillo.

Carrillo tiene partida la mano izquierda por el dorso.

—Nada de peligro —dice uno de los pililos, examinando la herida con aire inteligente—. Si la señora tuviera unos trapitos limpios.

Cuando Carrillo abre los ojos lo primero que atina a frasar es el reclamo de su fusil.

Uno de los pililos, alto y moreno, sentado a horcajadas en una silla de Viena juega con el arma, haciendo en seco funcionar su mecanismo mortífero. Displicente, pregunta al herido:

—¿Estas armas son del Ejército?

—De la fábrica.

El joven moreno sonrío y mide a Carrillo de alto a abajo con una sonrisa que es como una mirada atenta, e inquiera:

—¿Ustedes tienen orden de disparar a todo el mundo? A nosotros casi nos despachan.

Y levanta el brazo y muestra la manga atravesada por unos portillos quemados.

—¿Está herido? —se alarma mi madre.

—Apenas chamuscado, señora —explica cortésmente el pililo moreno y alto—. ¡No es nada que merezca la pena!

Y dando un tono zumbón a sus palabras, inquiera:

—Estos caballeros se divierten. Disparan sin ton ni son. Pero —agrega, encarándose con el fabricano—, ¿qué diablos tenemos que hacer nosotros con las peloterías de ustedes? ¿Qué premioso deseo de matar los convierte en un gatillo de fusil?

Sigue el baleo y los estampidos se acercan: carreras y gritos.

—¡Lo mataron! ¡Lo mataron!

Mi buena madre se detiene en su trajín doméstico de hacer hervir la tetera y, ensanchando la base de las narices, parece captar en sensibilidad hipertrofiada la inútil tragedia de la calle.

Pienso en los faroles cegados para siempre. ¿Qué será de Anselmo, y de su escalera livianita, y de sus alpargatas blancas?

—Pero, ¿qué pasa? —pregunta mi madre—. ¿Esto va a ser como lo del 91? ¿Es que ya se quieren comer a otro Presidente?

—¡Quién va a saberlo! —se amarga Carrillo—. Yo estaba en mi casa cuando se tocó la alarma. Mi mujer se quedó con la comida servida. La pobre estará con el credo en la boca. Me voy.

—No, mi amigo —lo retiene el joven que le ha vendado la mano—. Lo matarían sus propios compañeros: andan borrachos y se están matando unos a otros.

—Bebimos para agarrar valor —concede Carrillo—, y después nos entusiasmos disparando. Pero ustedes, ¿qué estaban haciendo?

—No Flojera, que está encapotado por la sombra en un rincón, rezonga con voz agria, un tanto agresivo:

—Viendo la función. ¡De puro mirones!

Pero los jóvenes quieren explicar su presencia.

—Somos de la avenida Matta —dice el moreno—, y por allá se armó el jaleo desde temprano. Y aquí nos tiene usted a carreras de un lado para otro, y por todas partes la persecución y el baleo.

Carrillo se afana y, como quien abre la mano y deja caer algo suelto, abre los ventanales estupefactos de su ignorancia y repite la pregunta hecha por mi buena madre:

—Pero, ¿qué es lo que pasa?

—Amigo —dice calmoso el que ha hecho el vendaje—: es lo que nosotros queremos preguntar. ¿Qué pasa? ¿Por qué abandona su casa y deja a su mujer con el credo en la boca, como usted dice, y sale a jugar a los balazos, a entretenerse haciendo de soldadito en guerra? Nosotros sólo sabemos que acordamos la huelga. Queremos libertad, trabajo, pan, carne. La cordillera libre. Como no tenemos armas, presionamos dejando caer los brazos largo a largo. Y entonces se nos persigue como a perros rabiosos. Nadie ha trabajado en el centro. Salimos a la calle. En la Alameda se apretujaba la gente y los discursos echaban chispas, pero nada más. Un gran despliegue de fuerzas armadas. Policía y lanceros. Los colihues de las lanzas, rectos al cielo, en correcta fila, marcaban angostos caminitos floreados en mil banderitas de la patria nuestra, jugueteando al extremo de los colihues, junto al destello plateado del acero terminado en aguja. Parecía todo como una fiesta dieciochera. Y por sobre el entusiasmo clamoroso se impuso el clarín en agudo toque de atención. A la cabeza de su escolta un oficial de lanceros se acercó a la muchedumbre y se abrió camino diciendo: «Despejar, despejar. No se permiten grupos. Orden superior». Era un oficialito sonrosado como una señorita. Los balcones de los grandes edificios se veían defendidos por gruesos colchones, blandos broqueles en que las balas se embotarían. Despejar. Una nube de piedras fue la respuesta de la masa enrabia-da. El oficialito sonrosado se llevó las manos a la frente y después se inclinó hasta resbalar por el cuello del caballo silenciosamente.

—¡Pobre! —lamenta mi buena madre.

—Sí —continúa el joven pililo—. Es triste. Pero después la fuerza armada atropelló a lo derecho: hombres, mujeres, niños fueron masacrados. Las banderitas chilenas de las lanzas se tiñeron totalmente en rojo de sangre. La gente furiosa, perdida la noción de su inferioridad, se defendió a piedras. Cayeron muchos. Más de algún lancero se estrelló en los adoquines. Y en el Norte la cosa ha sido peor —se ahoga un poco la voz del joven—. Allá ni siquiera se intenta una conciliación. Desembarca la marinería y las ametralladoras tartamudean afanosamente. ¿Pero ustedes no leen la prensa obrera? ¿No conocen la hoja que publican los estudiantes?

—Nada —confiesa mi madre.

—¡Ah! ¡Está todo por hacer! El pueblo ve en las fuerzas armadas al enemigo irreconciliable. Y ni la Policía, ni el Ejército, ni la Guardia de Honor pueden ser enemigos del pueblo. Falta disciplina y comprensión en las masas. ¿Pueden ser enemigos del pueblo los que son carne, sangre y alma del pueblo?

—¡Los hambrientos exterminando a los hambrientos! —irrumpe en clamor el pililo moreno.

—Nosotros —se defiende Carrillo— sabemos lo que es una orden. Hay que defender la propiedad y la defendemos.

Barbota la tetera en el brasero. Mi buena madre prepara un café oloroso que olfateamos profundamente.

Se endereza mi buena madre y grita en abierta beligerancia:

—Hace rato que lo estoy cavilando. ¡Grandísimos bellacos! ¡Asesinos todos, digo yo! ¡Asesinos, repito!

Todos la miran.

(La pieza está olorosa a café. Mi Ñato dormita, plácido.)

Todos la miran: Carrillo con la boca abierta, como atorado por lo que tal vez iba a continuar diciendo a propósito de lo que es una orden; los jóvenes sonrían con simpatía, y con la sonrisa logran borrar los harapos que les cubren; Flojera se queda serio y tristón, y mi perro y yo —mi perro que ha despertado y está en actitud de echar el alma en defensa de lo que él no sabe, de lo que yo tampoco sé—nos ganamos al lado de las polleras de nuestra buena madre.

—¡Nada más sagrado ni de más simple propiedad de uno que la vida que Dios ha querido darnos! —declama mi buena madre en un arranque—. Entonces, ¿por qué tirar así no más contra la gente que pasa o que se reúne a gritar su hambre? ¿Por qué matarse unos y otros igual que fieras? ¿Asesinos son los hombres, asesinos y locos! ¡Y lo serán por los siglos de los siglos, así permita el Señor de la Buena Esperanza que me lleve el diablo!

Los jóvenes estrechan las manos de la buena vieja brava y todos quedan de acuerdo en que la matanza ha sido provocada por aquello de pedir el pueblo la cordillera libre, sin ofensa alguna a Dios.

—¡Todo por una piltrafa! —insiste el joven moreno—. Los ganaderos hacen las leyes, y en el Congreso lo hacen todo en el nombre de la Patria, y nos embroman.

Pero ya no tiene auditorio y su voz cojea en falso.

Mientras sorben el café oloroso el que ha hecho de doctor me dice:

—Tienes buenos ojos, muchacho. ¿Qué te gustaría ser de hombre?

–Perro.

Resuenan nuevas descargas y gritos desesperados:

–¡Soy de la Guardia! ¡Soy de la Guardia!

Acaricio silenciosamente a mi Ñato, largamente.

Al amanecer se extiende el silencio anchamente. Abrimos la puerta y la calle está igual que siempre: tierra y piedras sueltas, charcos y basuras. Pero en las murallas se ve claramente el rastro de las balas.

A poco la calle se llena de perros, y después de gente. La gente se cuenta sus impresiones. Los perros entierran las narices en la tierra, olfateando.

La vieja María cimbra la frutilla encaramada en su nariz y dice en tono cantado:

–¡La poronga, misía! ¡La carne va a bajar pa cuando haya pajaritos nuevos! ¡Y tantos cristianos perdíos en esta bolina! ¡La poronga! Se dice que en la calle Tupper las patrullas se desconocieron: tres fabricanos muertos. En Sargento Aldea esquina de San Ignacio mataron al jefe de los talleres de remonta.

–El hombre se quedó dormido abrazado al palo del teléfono, y cuando le dieron el ¡quién vive! el pobrecito debe haberse asustado –dice la gorda Filomena en plañido–, porque contestó a balazos. La patrulla naturalmente disparó entusiasmada sobre el pobre hombre: el difunto deja en la orfandad a siete hijos pequeños, y rucios, y pecosos.

Salimos los muchachos a inspeccionar el barrio: ojos enrojecidos, el manto negro echado a los ojos de las mujeres dolorosas, voces tartamudeantes que sollozan su angustia:

—¡Muerto! ¡Muerto!

Una viejita seca fuma que fuma cigarros liados en hoja sin hablar palabra. Dentro de la pieza se mueven bultos enlutados. Lucen las velas del velorio, pero la viejita en un rincón fuma que fuma, sin hablar palabra la pobre viejita seca.

—¡Muerto! ¡Muerto!

Dos niñas rubias y un niño rubio, completamente desnudo el niño —con alitas de papel haría un angelito de iglesia—, en medio de la calle, en la tierra suelta, juegan bulli-ciosamente, ¡al pum pum! Un pedazo de lata imita un revól-ver y los niños se persiguen, se apuntan y disparan:

—¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Por la puerta entornada unos ojos moribundos pretenden vigilar a los niños que se regocijan en la calle: una madre que al mismo tiempo vela a su marido y vigila a sus hijos.

—¡Muerto! ¡Muerto! —es la quejumbre sostenida, pegajosa, que se arrastra por el barrio entero.

—¡Pum! ¡Pum! ¡Te aputé! —ríen en la calle abierta los tres angelitos rubios, huérfanos en la tierra. Huérfanos.

—¡Pum! ¡Pum!

—¡Te aputé!

A medio día aparece una carretela cargada con hombres. En ese momento se están peleando a piedras, más por vía de travesura que por otra cosa, cerca de la fábrica un grupo de trabajadores que andan bebidos.

Al ver la carretela, como si obedecieran a una voz de mando dicha en secreto, todas las piedras convergen a la carretela.

A los gritos que reclaman auxilio avanza un piquete de soldados desde la fábrica; pero instantáneamente los asaltantes de la carretela se dispersan, no sin haber alcanzado antes a cortar los arneses y a poner en libertad a los caballos que, asustados ante la libertad inesperada, corren hacia el campo abierto relinchando.

El trabajo de la fábrica se ha suspendido y el personal permanece acuartelado. Se dice que se teme un ataque de un momento a otro. Se ven los largos capotes azules de los jefes que caminan apresuradamente y dan órdenes tonantes.

La calle queda vacía de hombres. En grupos, siempre a la vista unos de otros, se van hacia el centro.

Los muchachos intentamos seguirlos, pero se nos corre a piedras como se corre a los quiltros.

Don Pedro y Lucía nos aconsejan que pasemos el resto de la tarde jugando en los sitios. Nos reunimos en casa de Perucho y logro extasiarme en la contemplación de Lucía que, blanca toda, teje en el corredor asoleado. La miro intensamente y Lucía no dice nada.

Al anoecer traen las noticias del centro: en la Alameda ha sido horroroso. Parece que el Cristo y Pedro el Tomador y otros cuantos matarifes han quedado con la guata al sol. Heroica fue la resistencia de los cuadrinos: se les dividió entre las patas de los caballos blandiendo la cuchilla limpia y sabia. Muchos caballos estrellaron a sus jinetes en las aceras o los aplastaron al caer, abierto el vientre.

—Yo vi al Cristo —dice Ossa el talabartero—. Lo vi dejarse caer antes de ser ensartado por las lanzas. Se formó un gran

tumulto, una tracalada espantosa: las mujeres topaban con su pecho los fusiles amenazantes: las descargas cerradas desgranaron la muchedumbre tal que desgranaron un choclo maduro. Al Cristo deben haberlo hecho pedazos, ¡harto que les dio qué hacer!

—Si lo han matao no hay otra cosa que vengarlo —dice tranquilo y casi dulcemente el Fosforito, un cuadrino pequeño, coloradote, enjuto, borracho y malero.

Todo el mundo sabe lo que eso significa.

—No, Fosforito —dice en súplica el gordo don Pedro—. La venganza...

—No se apure, don Pedro. Ayer la gente le dio el bajo a dos oficiales. Han muerto miles de obreros y todo está bien igual en el mundo.

—Pero vengarse a sangre fría...

—Un paco más, un paco menos, don Pedro. Ayer un grupo quiso defenderse al pie de la estatua de San Martín, pero fue contra na. Los sesos quedaron chorriando entre las grandes letras de gloria. Al pie de la estatua no quedó ni uno para contar el cuento. Y el tal San Martín no se le dio na. Continuó corriendo en su caballo verde que no se mueve, con la bandera verde en alto y con la virgencita verde pará en la punta de l'asta. ¡Todo por la pura arveja!

Entrada la noche no se puede dejar de cumplir la orden impartida por la Guardia de Honor:

—¡Todo el mundo a sus casas! ¡Nadie salga a la calle!

Nos encerramos y cae la noche pesadamente, en un silencio ancho como el mundo.

Ño Flojera salta las murallas del conventillo y viene a contarnos cosas.

—Señora Rosario, anoche usted salvó a esos muchachos.

Mi buena madre mira a Ño Flojera con simpatía amplia.

—¿Para qué hablar de eso? Lo siento por los muchachos. Están condenados a vivir como perros, perseguidos ahora y mañana. No tienen remedio. Nacieron hombres desgraciadamente para ellos. ¿Y dónde están?

—¡Qué se yo! Me han apretado la mano y me han dicho: «¡Camarada!». Se han ido igual que llegaron. Son estudiantes. ¡Y por mi vida que son valientes! Jugaron con los Guardias de Honor. En la misma boca de los fusiles gritaban: «¡Allá, allá!». Era un reír peligros en las propias narices de la muerte. Ya ve cuánta bala disparada sin asunto en este barrio.

—¿Y los muertos? ¿Y los pobres chiquillos sin padres ya?

—En la Alameda habría sido peor. Ahora hay que salvar la huelga.

—No me gustan las huelgas, Ño Flojera. Hay gente que toda la vida se lo pasa en huelga. ¿Por qué estuvo haciendo el flojo tanto tiempo, Ño Flojera?

—Señora Rosario, ¡yo no he sido nunca flojo! ¡Es que uno a veces se descorazona!

Mi buena madre hace una gran risa comprensiva.

—También sé de eso, Ño Flojera. Cuando uno se descorazona, ¡es porque encuentra una alegría grande en descorazonarse! Pero la gracia esa no se puede hacer por toda la vida. Un día, un año. Aventar la pena, Ño Flojera, como se avienta el trigo, ¡ese es el más duro y el más alegre deber del pobre! Un pobre que de serlo se ponga triste es más mejor que se mate. Ponerse a gritar el hambre por las calles puede ser al principio un medio de llamar en cristiano a los hombres

que rebasan, pero hablar eternamente en hambre es una vergüenza.

Llegan los diarios a nuestro barrio, los grandes y los pequeños diarios. Los diarios obreros traen unos monos que representan «el triunfo de la causa». Pero la prensa sería proclama en títulos que «la Patria se ha salvado y que los chilenos, los buenos chilenos caídos en su defensa, vivirán imperecederamente en el recuerdo inmarcesible de las generaciones».

Los diarios pequeños endilgan vibrantes argumentos y hacen un análisis dialéctico de la huelga, y constatan, constatan, constatan.

Los muchachos nos hastiamos. ¿Para eso murió tanta gente? Se diluye aquella aventura del juegucito al ¡pum, pum! que hicieron los hombres, y sólo queda en nuestra memoria la certidumbre de que nosotros fuimos los héroes, los paladines de la gran huelga de aquel año. Los hombres son cobardotes y amigos de hacer aparatos: no supieron nunca a quién mataban ni a quién debían matar. Nosotros no: nos fuimos derechamente a los faroles. Y al cegarlos, claro: al cegarlos nos creamos una penosa idea de los hombres que se arrebañan: forman una sola boñiga que se puede pisotear a discreción. Los hombres son todos una pandilla de cobardes. Para hacer alguna cosa tienen que reunirse previamente en un rebaño, en una sala cerrada o en las plazas abiertas con un afán de tontos de alarmar a todo el mundo sobre lo que pretenden hacer.

Los chiquillos no, y no: hacen lo que debe hacerse en el momento necesario. Decididamente los hombres en rebaño son una pura porquería.

## XIV

El buen futrecito de Arriaza sigue año a año haciendo sollozos en su violín, y sigue como desde un principio ignorándolo todo, preguntándolo todo como si los chiquillos fueran en verdad los maestros.

El señor director está un poco más negro y un tanto más gordo: parece un barril de asfalto desduelado. El ladrido de sus gritos sigue igual: ni siquiera se la ha ocurrido enfermarse de la garganta.

Mallea y Montero, preocupados: uno de los relojes y el otro de sacar hombres; siguen con el dedal en el ojo derecho el uno y con los puños cerrados haciendo finteos el otro.

Ahora Arriaza ha conseguido que tres de nosotros pasemos al Liceo. Y para despedirnos se hace la fiesta escolar inevitable.

Nos honra con su presencia el señor visitador: chiquitito, igualito que antes, y hasta se pudiera decir que más joven.

Ya no están las señoras severas que nos aconsejaran limpiarnos *esø*:

—¡Pero no con las mangas, no, no!

Ni está tampoco el caballerazo que nos aturdiera con aquel refrán:

—¡Hijo soy del pueblo!

El visitador, con el suave tono de años atrás, nos habla del mismo símbolo:

—¡Las trompetas de Jericó son los maestros!

Saca y muestra el mismo reloj amarillo. Y se confunde todo con los aplausos y trata de esconderse.

La bandera de Chile sigue haciendo de telón de fondo y sigue su estrella solitaria señalando nuestro norte.

Arriaza, un poco más pálido que antes —ahora tose—, hace un discurso sobrio:

—Son los primeros de esta Escuela y de este barrio que abren camino. Después nos tocará a otros —dice sencillamente.

La gente está un poco enternecida, particularmente Flojera y mi buena madre: Perucho, Enrique y yo somos los vencedores.

El director está orgulloso y sonrío con una sonrisa en que pone toda su gran voluntad de trabajo. Sonrío en sostenido, sin cansarse.

Lucía, metida en el uniforme azul marino —¡y tanto que le sienta lo blanco!—, recita una poesía; la poesía nos resulta melosa y la señorita un poco melindrera. ¿Por qué cecea?

La vieja María, que está a mi lado, mueve la frutilla de su nariz en vaivén negativo:

—¡La poronga! —refunfuña.

Los hombres aplauden a Lucía más de la cuenta, sobre todo el señor Bisquer, algo gringo y algo viudo, Jefe de Maestranza de la fábrica.

Arriaza se desentendiendo de todo, y siempre enfundado en negro toca el violín de una manera que llega hasta muy adentro de uno en escalofríos.

Aparece un mocoso guatoncito con un martillo en la mano y en mangas de camisa, haciendo el obrero. El mandil amarrado a la cintura le queda largo y el niño guatoncito parece que está metido para toda la vida en una pollera coluda.

El mocoso es del curso del señor director. El barril de asfalto desduelado pasea en triunfo el carbón apagado de sus ojos feos.

Se encarama el niño en el tabladillo, hace una venia profunda y martillea el aire con el martillo que amenaza las cabezas –hasta parece que la gente se agacha–; a voz en grito y pegando pataditas en las tablas nos espeta de un tirón:

¡Nació pobre, pero honrado!  
¡No meció su pobre cuna  
la Diosa de la Fortuna  
cegada por la ambición!

Tanto coraje pone el mocoso en lo que grita y tanto se atropella que todo parece una cachetina, pero le hace gracia tanta que la gente le aplaude y le obliga a repetir, y el guatoncito repite con más fuerzas el simulacro de abofetear el mundo entero. Al final da una patada final y se pierde en la pollera del mandil al hacer una venia profunda, una inclinación arrancada de las estampas de *Las mil y una noches*. ¡Qué grande orgullo le negrea al director en la cara gorda y negra!

Enrique lee en un papel y dice la despedida de nosotros: la hemos hecho entre los tres. Al principio quisimos zaherir

al director, pero después nos convencimos de que el hombre no tiene la culpa de ser feo y que, por lo demás, es un ejemplo de trabajador infatigable.

Enrique lee su papel con voz clara y pausada, sin hacer gestos.

Se hace un silencio atento: parece que toda aquella gente se preguntara quién es aquel joven alto que como si estuviera conversando lee claramente las palabras conocidas de todos.

Desfila en sus palabras el barrio entero: las personas, las casas, los árboles, los maestros y la Escuela, los niños y los libros, los perros y los volantines.

Arriaza está emocionado vivamente: está más pálido y como encerrado en su alma grande. No quiso saber qué podríamos decir nosotros y se opuso a las pretensiones del director, que *necesitaba* conocer *el discurso*.

Enrique hace una promesa en epifonemas cristalinos:

—Estudiaremos afanosamente para sentirnos cada día más hijos auténticos de este barrio pobre. Más hijos de la calle nuestra. Y de esta Escuela. Y de estos maestros. ¡Para no olvidar nunca lo que somos!

Lucía apaga un poco la ardiente esmeralda de sus ojos y parece ruborizada. Su primer año en la Normal —ella lo sabe porque se lo he dicho— le dio ciertos humos.

Pasamos dos años en el Liceo un poco postergados, sin llegar a la intimidad con nadie: los muchachos tienen ciertas arrogancias de caballeritos. Atravesamos media ciudad a pie cuatro veces al día.

Enrique sale de una gran facilidad de palabra: hace señalados trabajos escritos e inventa cuentos de niños con ham-

bre, de jergones que sirven de cuna a los niños sin madre, de la pena de los conventillos. Y el pobre se ve obligado a apartarse de nosotros para seguir los estudios de la Escuela de Agricultura.

Flojera dice que el porvenir del mundo está en la tierra y que su hijo debe ser agricultor. En vano alega Enrique su preferencia por el corazonazo de Arriaza y por su profesión.

—¡No hay corazón más grande que el de la tierra, hijo!

Perucho no quiere ser otra cosa que comerciante: sueña con grandes establecimientos de cecinas.

Pero don Pedro lo mete de cabeza en la Escuela de Artes y Oficios.

Me quedo solo al principio de las vacaciones, cuando ya los otros han accedido a la voluntad paterna.

No quisieron hacerme caso, y mi plan era tan sencillo: de Valparaíso —¿por qué no?— un gran buque nos llevaría hasta el mismo Japón, y después rodar y rodar tierras: ir al Asia juntos los tres, amalgamados en un solo hermano vagabundo, y poner en todo un poquitín de amor patrio. Hacer grandes cosas: llegar a sentarse en la última altura del Himalaya, cerquita del cielo, y extender unas servilletas como se hace en el Parque para el 18 de setiembre. Y desde arriba decir «¡salud!» al mundo, y reírse con toda el alma del mundo de los dolores y de las alegrías del mundo, todo hecho debajito de la gran risa de Dios.

Nadie me hace caso y me quedo solo, tan solo que no me puedo apartar de mí mismo.

Mi buena madre está entregada a sus trabajos. La vieja María hace de empleada de confianza y mete la frutilla de su nariz en todas partes. La vieja María se deshace en dar órdenes a unas diez mujeres que lavan afanosamente ropas de soldados. De las artesas espumosas sube un olor a soldado en marcha.

En las noches las mujeres canturrean hasta tarde mientras la estufa se enrojece y chirrian las planchas al contacto de los dedos ensalivados.

Mi Ñato está flojo, acaso ya por viejo; regalón y gordo, manqueando se me queda atrás cuando, solos ahora como dos únicos hermanos en el mundo, nos internamos en los largos caminos que ahora más que en ocasión alguna me hacen señas con los copitos de los álamos desde la lejanía.

La mayoría de los muchachos son ya trabajadores, ligadas sus vidas a los pitos disciplinados de las fábricas.

La Refinería de Azúcar abre en Franklin esquina de San Ignacio la boca enorme de cuatro portalones rojos, antigua entrada de los carritos de sangre que llegaban a dormir a la Empresa. Se extiende la Refinería hasta la línea férrea y abarca gran parte del cachureo.

Una enorme chimenea se levanta al cielo y no para día ni noche de fumar el humo negro que en la altura se confunde con el humo de la Fábrica de Vidrios.

Estas industrias y las curtiembres de los alrededores, el Matadero y la Fábrica de Cartuchos, tragan para siempre en sus fauces a los muchachos de mi generación, a la gleba en que nos amasó el Destino.

En la calle igual, tierra y basuras, hormiguean los animalitos que aún no alcanzan a ser niños: gatean embadurnados

de mugre, berrean. Afirmados en las murallas reverberantes dan pasitos y gorjean la alegría borracha del primer paso.

Todos en semi desnudez, las piernecitas gordas haciendo arrugas de grasa firme, la guatita hinchada haciendo un tambor; fuerza y salud de la tierra es la carne brava de la plebe. De la plebe que en la miseria de la urbanización aún tiene trabajo y se harta.

Solo en medio de la calle frente al mundo, con todos los caminos del mundo cerrados para mí.

Nieve a pelotones la tristeza de mi soledad.

La fiebre me centellea en los ojos, en círculos frenéticos.

Lucía ha salido a la puerta. En vacaciones vuelve a ser el angelito blanco. Siento un gran frescor al verla, como si se hubiera levantado un vientecito sureño.

Me acerco. Ahora no es tan fresco estar a su lado: la presiento en mujer con una borrachera de todos los sentidos.

Ella –tan ajena a mis ansias– me repite la tonta canción:

–Juan de Dios, hay que seguir estudiando.

Le cojo las manos y estrujo sus dedos.

–¡Luci!

–¡Pero estás enfermo, Juan! ¡Quemas como una brasa!

–¡Qué te importa de mí!

–Nadie comprende a nadie –su mirada resbala por la calle mísera–. ¿Por qué no miras fuera de ti mismo?

Me domina una rabia oscura, y hago mi primer teatro:

–¡Ojalá me muriera! No quiero estudiar, no quiero ser nada.

Abro mis manos desesperadas en un gesto ridículo, igual que todos los grandes gestos.

—¿De qué me sirve estudiar? Ya no quiero ser hombre. ¿Por qué no cantas, Luci? ¿Las señoritas no cantan? Porque vas a ser una maestra, Luci. ¿Esas mujeres no cantan? ¿Te queda estrecho el barrio, verdad? Una señorita, tú. Por eso te aborrezco. ¡Para que lo sepas!

—¡Mocoso! —mima Lucía—. ¡Lo que dices!

—Señorita, yo no soy un mocoso.

—¿Señorita? Tontín: Luci.

—¡Tú sí que eres una mocosa! Yo no, ninguno de nosotros. Sabemos sentir de la manera que es nuestra y que tú... no comprendes. Cuando se trabaja se deja de ser niño. Yo trabajaré, iré a trabajar a cualquiera parte, lejos. ¡No quiero verte!

Lucía me palpa la frente.

—Ardes. Pobrecito.

—Yo no quiero tu lástima, Luci. Trabajaré en cualquier cosa para hundirme más. El año pasado trabajé en la Fábrica de Vidrios de noche, de hachero. Lo hice a escondidas, pero cuando mi madre me vio todo tiznado se rió y me dejó hacer. No quise que me vieras. Las vacaciones las trabajé íntegras. No quise que me vieras, por no verte. ¡Qué te va a gustar a ti un tiznado!

—Nadie comprende a nadie, Juan de Dios.

Su mirada resbala por la calle mísera.

—Es lindo trabajar en la Fábrica de Vidrios: del horno inmenso con una caña de fierro sacan una bola de vidrio hecho una pasta roja. Con un restriego de la mano la caña da

vueltas sobre un aparato, y la pasta roja es como sobada ahí, como si se quisiera hacer pan de vidrio. Una mujer pone una totora húmeda en el molde abierto, el hombre sopla en la caña hinchando los carrillos, levanta la caña, humea la totora y sale una botella; la acerca a un cajón lleno de carboncillo y entonces uno la toma con una palita que es como una poruña cerrada, y corre hacia el horno grande, donde las botellas concluyen de cocerse. En la noche las botellitas pegadas a la caña semejan brasas que bailotean. Eso me gusta, ya que no puedo ser maquinista de tren. Quizás si sería mejor marinerero. Soplaré toda la vida en la caña de hacer botellas hasta echar a volar el alma.

Y sin transición le pregunto en un reto:

—¿Y cuándo te casas?

—Nadie comprende a nadie, mi pobre Juan de Dios.

Posó sus brazos en mi cuello y me miró muy hondo.

Llemeó mi fiebre en el fondo de sus ojos que me acogieron, y el cristalino espejo de su alma me retuvo y me vi retratado, vivo, dentro de ella, hecho carne y espíritu de ella. Apriisionado para siempre en su pensamiento. Para toda la vida. Fatalmente. Me acurruqué en sus brazos hasta hacerme una plumita insignificante, temeroso de que me llevara el viento.

—¡Luci! ¡Qué ansias de ser hombre!

La fiebre me abrasa y hablo ya casi en delirio:

—¡Luci! ¡Huir contigo o matarte!

Veo nítidamente a Luci soslayando la esquina, la manita sobre los ojos toda blanca, prendida del colorido ardiente de los volantines que la revuelven locamente, cerquita de las nubes.

—Ir por todo el mundo, Luci. Huyendo de todo el mundo. Embriagado de todo su ser, adentrada en mi ser, vitalizándome como el aire, deliro:

—Y hacerte sufrir, y sufrir juntos hasta reírnos. Y una noche cualquiera hundirnos juntos en el mar. ¡Y que nadie supiera nunca nada! Y también unos copihues de sangre en tu garganta, floridos mis dedos de tu sangre. Vivir tanto que toda alegría fuera como esta tristeza de amarte. Toda la felicidad del mundo en nosotros, hasta hundirnos juntos en el mar y que nadie supiera nunca nada.

Fiebre, fiebre.

Frente al conventillo, en la tierra caliente, dos trapitos sucios juegan un extraño juego: el chiquitín galopa en el estómago de la pequeña. Galopa el galope que ha entrevisto correr en los jergones.

En la noche el pensamiento afiebrado no me deja dormir. Me aplasta la desesperación de reconocer que siendo ya un hombre no puedo, tal como están arregladas las cosas en el mundo, hacer otra cosa que aparentar seguir siendo un niño inocente.

¿Y todas mis ansias mías y las de todos los muchachos del mundo?

Me atormenta la certidumbre de que Lucía no se casará nunca.

¿Qué va a ser de ella? ¿Qué de todas las muchachas del mundo?

Los grandes ojos verdes de Lucía, y el encanto de su boca y la seda de sus manos, ¿han de ser sólo un tormento más para ella misma?

Los remolinitos de luz blanca giran vertiginosamente desde el fondo de mi cabeza enloquecida: el mundo todo, a todo lo largo y a todo lo ancho, es nada más que un remolinito de luz blanca, de blanca luz de artificio. Una sola pirotecnia de los cuatro confines del mundo.

Fiebre, fiebre.

¿Y no tendrá nunca un hijo parido de ella misma, florida toda entera en un florecimiento gozoso y desgarrante?

La opulencia de su vida plena, ¿está condenada a la esterilidad y a la absoluta negación de la vida? Y si fuere capaz de pelear su propio destino, ¿cómo la ha de estigmatizar el mundo!

—¡Putá! ¡Putá!

No puede ser. ¿Qué hombre que la vea, si es hombre, no le ha de rendir el homenaje de quedar prendido a su vientre?

—¡Luci! ¡Luci!

¿Y ella atravesará la vida sin ver, ausente de la vida?

No puede ser, no puede haber sido, no podrá ser. Vivirá su vida, fatalmente.

Y la veo: dueña de sí misma, llenando la clase alegre ante cincuenta niñitas parleras, ¡cincuenta delantales blancos! La veo oficiando su alta misión alegremente. Alegremente,

porque ha de estar segura de que el Amor, el amor de hoy y el de mañana –y el que llegue después de mañana– la espera.

Fiebre, fiebre.

¡Qué felicidad la de ser un maquinista de tren!

Un maquinista de tren. Correr y correr y, de regreso desde el fondo del país, correr y correr con más ánimo para llegar a la casita blanca. Y blanca la buena compañera en su delantal. Y blancos los mantelitos de lona de harina. Y lavarse bien el tizne después de haber tizado la boca y el delantal de la mujercita. Y al otro día salir a correr otra vez, y traer a la mujercita manojos de copihues del sur, rojos como el fogón de la máquina.

Y toda la gente nuestra estaría muy vieja y muy contenta.

Fiebre, fiebre.

El Ñato estaría enterado al pie del naranjo. (De puro viejo y de puro regalón se habría quedado dormido en mis rodillas para siempre.)

La tumba de mi Ñato al pie del naranjo. Una cruz pintadita de blanco y una rejita, como en el cementerio, en el ladito de los pobres. Y con mis manos yo haría que la carne de mi perro se transformara en violetas. Igual que en el cementerio, en el rinconcito de los pobres. «Aquí yace mi Hermano, muerto en tal fecha».

Y después muchos, pero muchos mocosos, tantos como Dios quisiera: valientes, voluntariosos, blandos, incapaces de cortar la cola a las lagartijas. Y por sobre todo Lucía, madre de mis hijos y, más que todo, indudablemente, la madrecita

mía. Eso es. Más que nada. Una madre para mí. El mundo está lleno de mujeres, por eso es lindo, por eso es triste. Buscar la madrecita mía en cada nombre, presentirla en cada mujer y amar, amar con un corazonazo humilde. Y ser, de hombre, nada más que un niño valiente y voluntarioso. ¿Por qué no podría yo, tizado y todo, grandote y todo, con bigotes y todo, ser el niño regalón de mi largo ensueño?

–Mamaíta.

Y el barrio nuestro sería atropellado por la ciudad. Al conventillo lo emperegarían de cité: pavimentos, luz eléctrica; blanco el mundo, incandescente de luz eléctrica. Pero nosotros defenderíamos nuestro mundo, nuestra calle, los faroles y nuestro farolero. Es una locura correr por el mundo. Me quedaré en mi calle.

Fiebre, fiebre.

–Luci, los copihues. La máquina no se cansa, corre, corre como un caballito bueno. Los años también han de correr, pero que sólo corran para mí hasta lograme un cuerpazo de hombre, Luci. Los años han de florecer en mi carne y en mis huesos. Mi alma estará toda la vida, Luci... aquí mismo, en este mismo momento. Que Arriaza siga haciendo llorar el violín. Él tiene la culpa. Yo lo quiero. Pero él no tiene ánimos para ser feliz. Su palidez, y su tos, y sus treinta y tantos años, ¿lo habrán envejecido demasiado a prisa? ¿Alma noble la de ese hombre triste! ¿No habrá tenido nunca una gran pasión de la carne? ¿O una gran pasión de la carne lo habrá consumido hasta los huesos? Pero Arriaza vive para los demás, para entregarse todo entero. ¿Serán así los monjes? ¿Los maestros verdaderos serán como Arriaza?

Fiebre, fiebre.

El mundo se ha vuelto loco: árboles que bailan una danza viva de llamas, caballos alados que cruzan veloces el aire rojo, gatos atigrados que mayan endiablados, perros enfurecidos que se quiebran los dientes en la carlanca ardida, peléandose con furia de hombres en guerra; y palomas que se arrullan en un frescor de alas, enormes toros que braman en un potrero verde, y vacas dóciles y estremecidas en un espasmo de toda la tierra; fugaces mujeres desnudas en el agua alegre bajo los sauces, los largos cabellos sueltos, y por todas partes centelleantes los verdes ojos de Lucía.

Los ojos verdes. Naufragar en ellos como se naufraga en el mar. Miles y miles, millones y millones de estrellitas verdes. El mundo es un remolinito vertiginoso, todo esmeralda.

Fiebre.

Y después la noche, una noche eterna. Un espeso y acre sopor de años y años. La muerte, y la Nada en la Nada.

Cuando abro los ojos mi buena madre está junto a la cómoda, revisando unos papeles, y hay una lucecita de vela a los pies del Señor de la Buena Esperanza. Se acerca mi buena madre con paso leve. Al verme con los ojos abiertos sonrío tiernamente.

—El Señor de la Buena Esperanza te ha salvado, Juan de Dios.

—¿Juan de Dios?

Vuelve a la cómoda y se acoda frente al policromo de aquel manso señor de hábitos inflados en las caderas, como si usara polisón.

—Está bien, caballerito mío —musita—. Has hecho un nuevo milagro, mi buen señor.

Socarrona, hace una sonrisa ancha de toda la boca, y dice con la cristalina ingenuidad de su alma clara:

—Eres un buen muchacho, caballerito mío. Pero tienes tu qué.

Ahora me cuenta.

—Has delirado tanto. El doctor Monroy dijo que te podía agarrar una enfermedad... en latín, en griego: un nombre enrevesado, pero muy de temer. Pero ya el Señor de la Buena Esperanza hizo el milagro. ¿Qué diablos de líos tienes con unas máquinas y unos copihues?

Apoya, livianita, su mano enérgica en mi frente. Y me mira con alma de madre.

Después, con un tono de confianza, en una comprensión recóndita, sus palabras me envuelven en suavidad de velos diáfanos:

—Lucía acaba de salir.

Cierro los ojos como desvanecido.

—Mira, te ha cuidado como una madre.

La miro largamente con un agradecimiento de perro.

Coge del velador una botellita con un líquido lechoso y algo rubial, la agita y lo hace espuma, me da la pócima y me aletargo: al principio, entre pétalos blancos; después sobreviene una noche negra como en un cajón cerrado.

En mi frente ahora juegan unas mariposas de seda, y oigo distintamente la voz amada que dice:

–Yo tengo un niño. Soy de mi niño mío.

Siento a los pies, sobre la colcha, las manos de mi perro, que ha de estar mirándome, esperándome. Llega hasta mí el ajetreo de las mujeres que lavan en el sitio.

Mi buena madre habla con alguien, y dice:

–Bueno, mujer. ¡Hará la Primera Comunión!

Gangosea un fervor:

–¡Que Dios te oiga!

Esa misma voz me ha llamado:

–¡Lucifer!

Temo abrir los ojos. Con miedo murmuro:

–Luci.

–Calladito.

Por el alma de mis ojos abiertos e inmóviles me penetra el alma abierta de Lucía, y se queda en mí, y su alma es mi alma de ayer, de hoy y de mañana.

Beso largamente las manos de mi amada y ella me deja hacer. Los grandes ojos verdes, bruñidos en lágrimas.

–Linda, linda.

Mi perro alegra sus ojos viejos y lame la colcha.

¿Para qué hablar?

Inclinada, alisándome los cabellos, Lucía es una niña. La misma que fue la alegría del barrio, la predestinada a ennobecer todo lo que mire.

Inmovilizados mis grandes ojos absortos pugno por no

llorar a gritos esta loca alegría de saber que todo lo sabe, y lo comprende y lo acoge en su alma.

Y son los labios de Lucía los que perfuman mi frente en un beso presentido a través de toda una vida nunca acunada. Huye y se diluye la infancia, y la juventud estalla como una flor de granado, abierta y entregada a todos los vientos.

Ahora siento una pena inmensa. ¿Qué podré darle yo?

—¡Mi pobrecita chiquilla!

Trato de incorporarme en la cama, pero ella me sujeta por los hombros y se teje el abrazo. Se ha cumplido la voluntad de Dios.

Sollozo y me bañan las lágrimas fáciles y alegres, el rostro flaco.

Me besa las lágrimas y canta lo que no es un canto, sino el primer ro-ro de cuna:

Yo tengo un niño,  
yo tengo un niño  
mío, mío.  
Soy de mi niño  
mío.  
Soy de mi niño  
mío, mío.

La embrujada voz de madre y de amante muere en mis labios ávidos.

—Mi pobrecita, ¡yo te mataría!

Detiene sus caricias y —como si hablara con un hombre fuerte y triunfador capaz de pelearla a todo lo nacido, como

si ella también fuera capaz de pelear el amor de *su* hombre—solemniza, mirándome al fondo del cerebro:

—¡Y yo también!

Corre brava la sangre por las venas azules, y es todo como una canción a la vida triunfante. El mundo es claro y límpido, y hay una posibilidad en cada cosa, y una misma y grande alegría en todo, y todo es bueno y límpido.

—Luci... Estudiaré para ser digno de ti. ¿Qué quieres que sea?

¡Qué fácil conquistar el mundo en ese momento!

—Igual que yo. Iguales en todo.

Los nervios se me enroscan dolorosamente y mis sentimientos se van apelotonando como una mala gleba. La miro largamente y soy todo entero un solo rictus de fatalidad. Un hombre malo se agita en mi entraña y emponzoña el aire.

—¿Igual que Arriaza, no? ¡Yo he de ser un monito que te lo recuerde!

Lucía me mira con sorpresa, plena de serenidad:

—Igual a nadie, Juan de Dios. Igual a ti mismo y diferente de todo el mundo. Pero no te exaltes. Eres un atadito de nervios y estás muy débil.

Me río claramente, alegremente, triunfalmente. La triste figurita de Arriaza, dado totalmente a su violín, se va alejando como en un largo camino hasta perderse esfumado en lo más lejano del mundo. Parece una hormiguita insignificante que hiciera el artista y el triste.

—No. Yo seré cualquier cosa menos de esa clase deslavada de artistas triste. ¡Cómo pelearía yo lo mío, la mujer mía, sus besos, sus ojos!

Me río alegremente en una risa que me hace dueño del mundo.

—Mujercita linda, ¡nunca he estado más robusto! Tengo fuerzas para llevarte en brazos, y contigo en brazos conquistar la tierra. Ir contigo por todo el mundo. Un año aquí y después un salto. Ir, nada más que ir y nunca llegar a meta alguna. Y en todas partes habrá niños y escuelas. ¿Andaremos por todo el mundo, Luci?

—Juan...

Lucía está solemne y deja caer sus palabras como una sentencia irrevocable:

—Ya nada ni nadie podrá apartarnos. ¡Iré por todos los caminos, y después —¿qué angustia la oprime?—, después de mí... siempre iré prendida a tu alma así como tú quieres. Por todos los caminos. Iré prendida a tu alma para sostener y alentar tu almita de niño triste en todos los caminos. Siempre. Siempre.

¿Por qué llora?

Y los dos, los tres con mi perro indudablemente, nosotros tres lloramos suavemente, lloramos sin dolor en un gran desahogo de no sé qué pena inmensa.

## XV

—Yo no salgo a la calle en esta facha, mi buen amigo.

Arriaza es ya mi amigo, un grande amigo que lo sabe todo, que todo lo comprende, que no dice nada.

La enfermedad me estiró los huesos y ya soy todo un hombre, alto y delgado: blanca de color la cara, una que otra peca, y soy —como el gringo— algo cargado de espaldas.

Arriaza lo ha hecho todo, y ya estoy empaquetado.

¿Qué cosa más que un paquete puedo ser en esta facha?

Ya estoy empaquetado, embalado, listo para ir a la Escuela Normal. Todo yo —¡el palomilla!— no soy más que una cosa acorde con el Prospecto, un petimetre hecho a lienza según modelo.

—Yo no soy capaz de salir a la calle en esta facha —insisto—. ¡Me recuerda demasiado la fachenda del cochero particular!

Se ríen de mí.

Perucho y Enrique me abrazan.

También Perucho tiene su uniforme: gorra de marino y capa de oficial de artillería. Sólo Enrique, el que se va a la Escuela de Agricultura, viste como la gente, con la decencia de la multitud.

Mi cortedad les mueve a risa. Pero yo me río de ellos, porque es ridículo que se me haya emperifollado de monigote para echarme siete llaves en ese encierro de la Escuela Normal.

Mi buena madre y el gordo don Pedro me encuentran magnífico.

Lucía me acompaña a reír y se mira conmigo al espejo, auzadamente, inocentemente.

María, más roja ahora la frutilla maromera de su nariz, dice tonterías:

—¡La poronga que te dejan pasar las chiquillas! ¡Pa cuando haya pajaritos nuevos!

Mi perro me olfatea y, como si fuera un normalista identificado ya conmigo —¡hermano al fin!—, guarda compostura, circunspecto.

Me encaro con todos —¡con todo mi barrio!— y declaro muy formal:

—Bien capaz que soy de salir a la calle con este luto, embetunado como un par de zapatos. Y todavía me encuentro capaz de llevar el tongo en la mano. Y hasta soy capaz de hacerlo calañés, así —y le doy un golpe de filo al hongo, y la cosa semeja ahora una pelota hendida por la mitad—. Pero yo no soy capaz de salir a la calle con el tongo en la cabeza, con la cabeza de cotín al hombro, y todavía con el violín colgando como un ataúd. ¡No soy capaz!

Mi buena madre, deslumbrada, sonrío con la sonrisa de su alma enorme. Y dice chabacana:

—Hijuna, ¡pareces un caballero!

Pero yo no quiero serlo: no quiero ser tan desgraciado. ¿Renegar de mí mismo?

—Mi buena madre.

Pero Flojera me bambolea en un abrazo grande, comprensivo de todo mi martirio: